



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### **Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### **About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

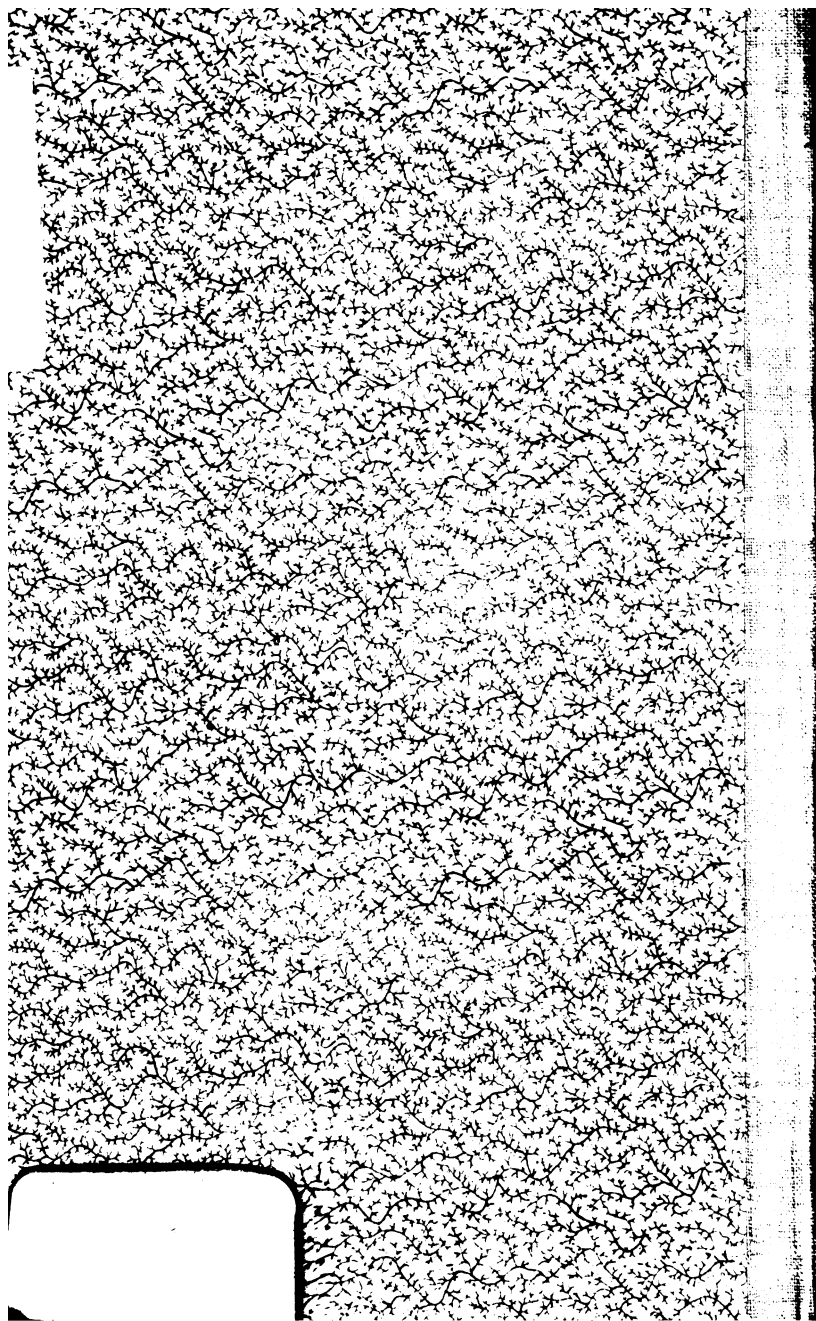
Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

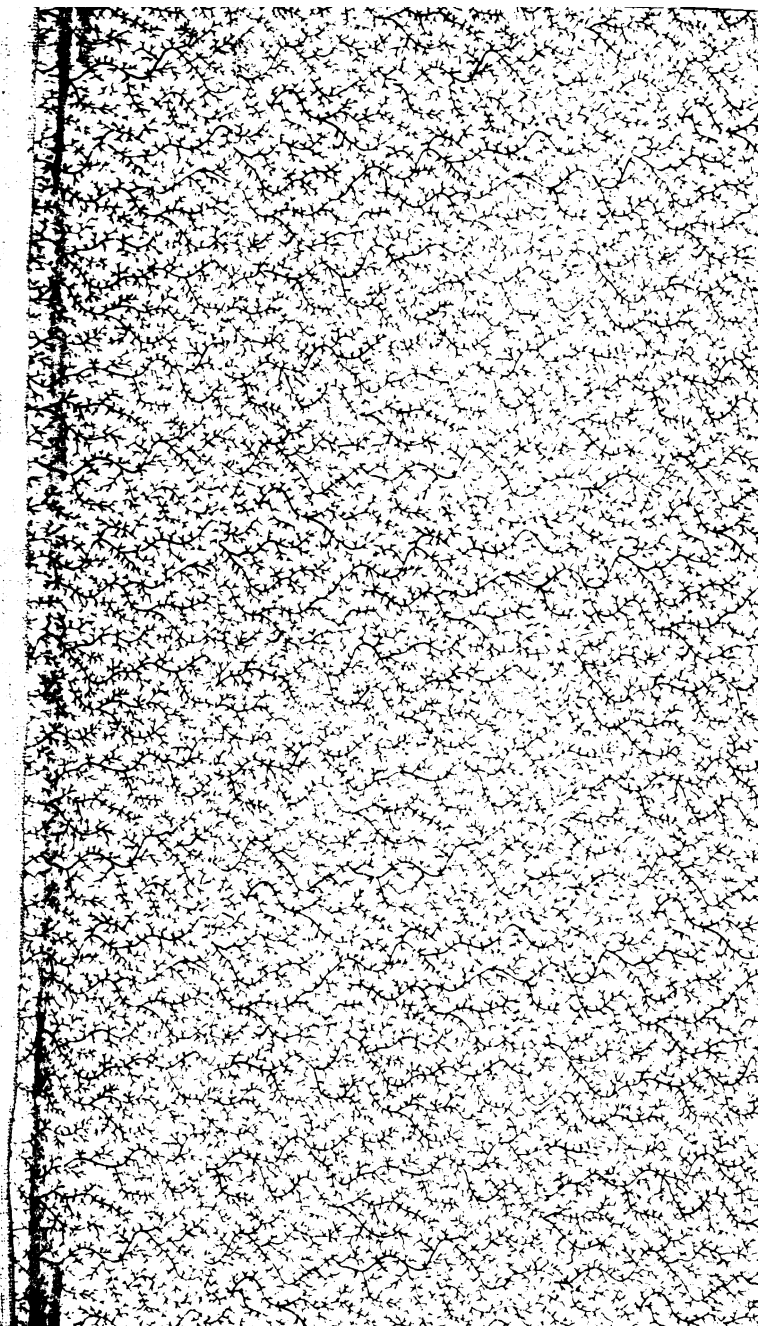
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

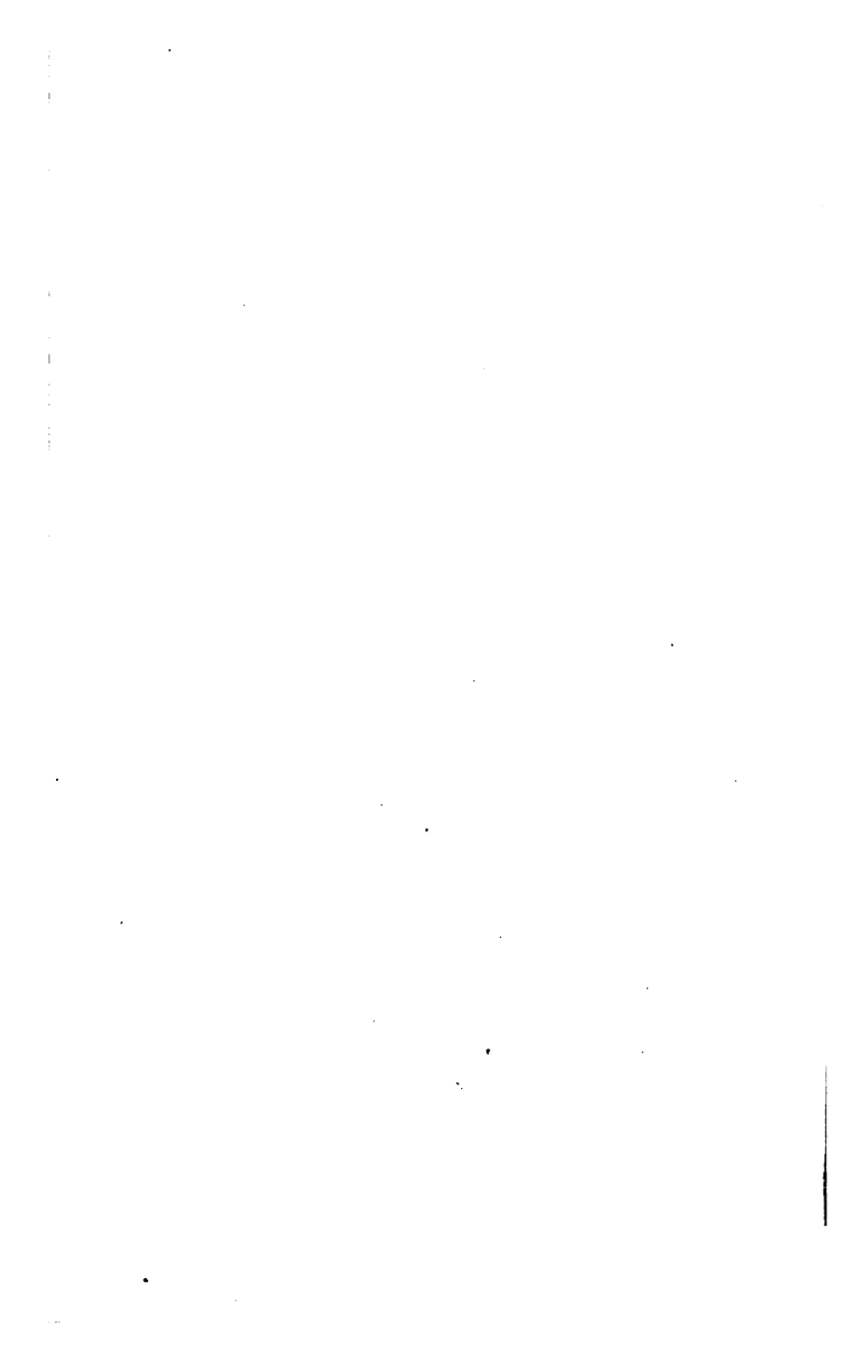
## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

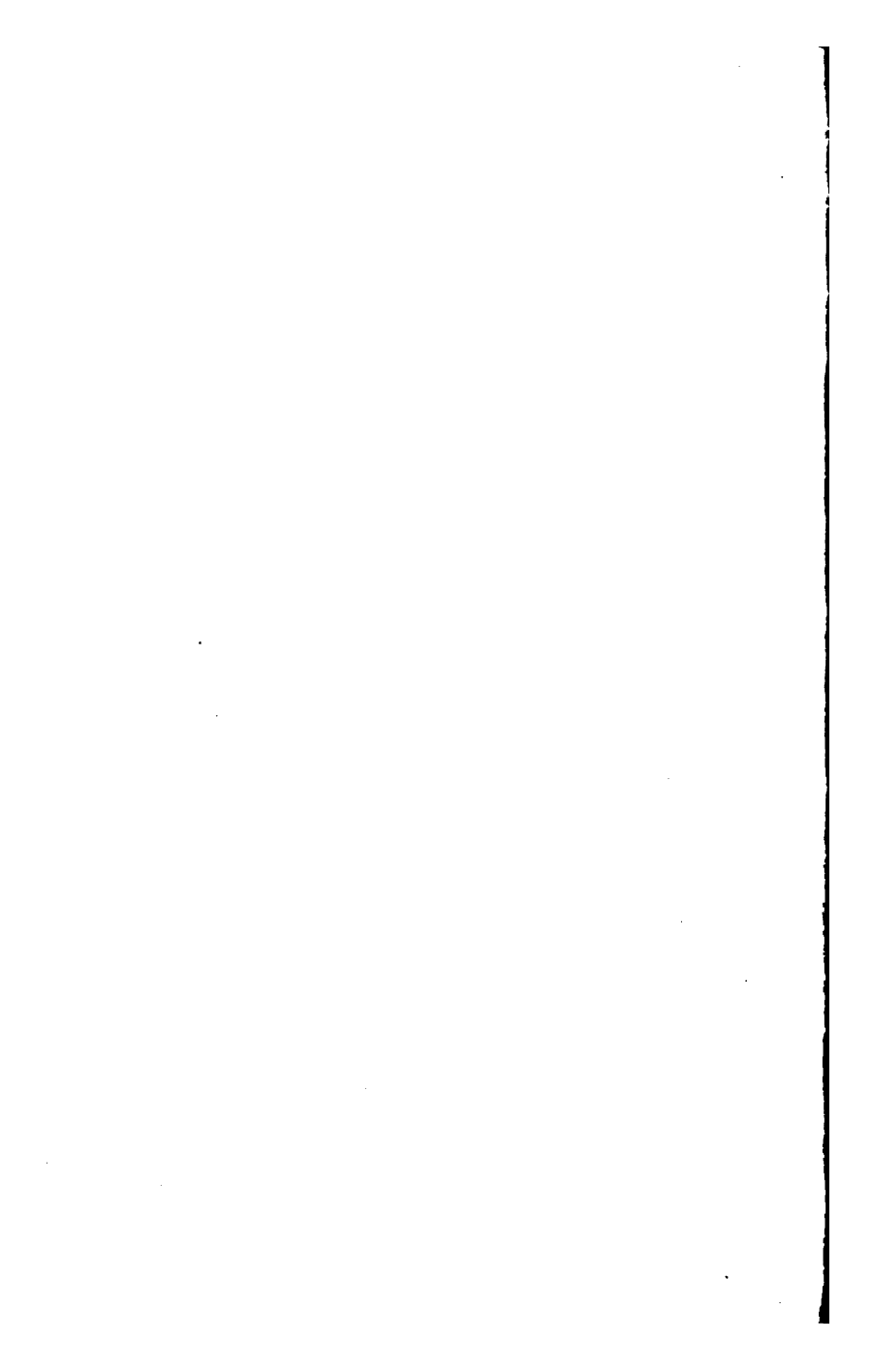
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>











SALVADOR MANERO. - EDITOR.

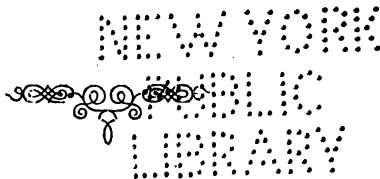
*Vol. 1 A*  
*129*

UN NIDO  
DE  
PALOMAS.

NOVELA ORIGINAL

ESCRITA POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.



BARCELONA.

SALVADOR MANERO,

Plaza del Teatro, 7.  
Ronda, 128.

MADRID.

A. DE SAN MARTIN,

Puerta del Sol, 6.  
Carretas, 39.

1877.

*dt.*



THE NEW YORK  
PUBLIC LIBRARY  
419315  
ASTOR, LENOX AND  
TILDEN FOUNDATIONS.  
R 1908 L

~~~~~  
ES PROPIEDAD.  
~~~~~

NOY 1908  
419315  
R 1908 L

PHILBRICK JUL. 08 35 CTS.

RICARDO



LIBRARY



ARRODILLADA MARÍA JUNTO AL SOFÁ.

## I.

### UNA COMIDA DE HOMBRES SOLOS.

La villa de Madrid, vista desde provincia, aparece bulliciosa siempre y agitada, atronada por el ruido de los carruajes y vendedores, y cruzada por millares de transeuntes, entre los cuales no hacen poco papel las graciosas modistas y las oficialas de los almacenes de flores y de modas.

El provinciano y mucho mas aun la provinciana, ve en Madrid el ideal de lo bello, quizá por la sola razón de verle desde lejos: cree á todas sus mujeres elegantes, á todos los hombres que habitan en él modelos de galantería; piensa que los mejores actores son los ajustados en sus teatros, y es, en fin, muy vulgar y aun muy natural, este dicho:

*Desde Madrid al cielo.*

Pero el madrileño, ó la persona que ha vivido algunos años en Madrid, le ve tal cual es, con toda su fealdad y con todas sus bellezas: reniega del ruido de los carruajes, si su fortuna no le permite gastarlo; le impacientan los gritos de los vendedores y experimenta todas las molestias de que está libre el pacífico y escondido habitante de provincia.

Por otra parte, hay en Madrid calles solitarias, ó por mejor decir, desiertas, barrios estraviados y habitados solamente por pobres gentes, cuyos escasos haberes les impiden pagar los precios exorbitantes que cuestan las habitaciones en los parajes céntricos de la córte.

Estas gentes tienen todas las molestias de Madrid, sin conocer ninguno de sus goces: sufren el ruido de los carruajes, quizá sin subir en su vida á ninguno: ven las hermosas tiendas sin comprar otra cosa que trajes muy modestos: les desgarran los criados de casas grandes los vestidos con sus cestas, y por lo regular tienen que servirse á sí mismos; y están sujetos, en fin, á toda clase de incomodidades, además de arrastrar una existencia llena de trabajos y privaciones de toda especie.

La clase alta es la que vive en Madrid rodeada de placeres: la juventud, sobre todo, ve deslizarse sus días en medio de fiestas continuas, con especialidad durante los meses de invierno.

En 1848 era, sin embargo, mas monótona la vida en la buena sociedad madrileña: no se sucedían los bailes con tanta rapidez: no había *thés*, ese delicioso pretexto de comer, reír y bailar; y los jóvenes tenían con mas frecuencia comidas de hombres solos en las que únicamente eran admitidos algunos casados; pero jóvenes tambien, alegres y despreocupados.

En la noche del 11 de enero de 1848, y á eso de las diez, terminaba una comida de esta clase en casa del conde D... el cual no pasaba de los treinta y dos años y estaba

casado con una mujer encantadora.

Se supone que la condesa estaba muy lejos del sitio en que tenia lugar el banquete: la mesa, cubierta de una rica vajilla de plata, centelleaba á la luz de muchas bugías, colocadas en candelabros de oro, haciendo brillar el cristal de roca y los vasos del Japon, que contenian enormes ramilletes de flores, á pesar del escesimo frio de la estacion.

Era el último servicio el que, en el momento de penetrar mis lectores en el comedor, cubria la mesa; nueve eran los convidados, y cada uno tenia detrás un criado, vestido de rigurosa etiqueta y con la servilleta en el brazo: cuatro criados mas daban vueltas sin cesar, llevando las copas de diferentes vinos, que nombraban al servirlos.

La animacion habia llegado á su último grado: cuatro de los comensales eran casados: los otros cinco solteros.

Algunos se habian visto en aquella comida por la vez primera, pues entre ellos habia artistas y militares, aun- que puede asegurarse que todos eran *notabilidades* ó *eminencias*.

En cuanto al traje de cada uno, habia reinado la mas completa libertad: habia quien se habia entregado á todos los caprichos de su imaginacion y quien estaba vestido con la mas extrema sencillez.

Prolijo seria describir á todos los convidados, y no es mi ánimo tampoco darlos á conocer á mis lectores en su totalidad: así, pues, me limitaré á hablarles de los mas

dignos de llamar la atención.

Ocupaba la cabecera el príncipe de Cellemare, gran señor toscano que se hallaba en Madrid por casualidad, pues estaba viajando por toda España: no pasaba de los veintiseis años, y unía á una gran belleza un carácter alegre y dulce á la vez y una instrucción variada y profunda.

Rico además, de una manera régia, era magnífico en todo: vestía un traje negro, y su tez, trigueña y pálida, estaba animada por la azulada blancura de su corbata.

Eran sus facciones dulces y varoniles á la vez: sus espléndidos ojos negros parecían haber robado su fuego al sol de Italia: espesos bucles de cabellos, negros como el ébano, guarnecian su frente, cortada enérgicamente por dos cejas aterciopeladas y suaves: sus labios de púrpura hacían resaltar el nácar bruñido de sus dientes, y sus manos, afiladas y blancas, eran de una belleza soberana.

Ocupaba su derecha el marqués de la Oliva, joven rubio, de figura delicada y nerviosa, y que no pasaba de los veinticuatro años.

Este estaba vestido con un gusto esquisito y muy adecuado á su figura: su pantalon, de *saten* gris perla, caía sobre un zapato de charol muy bajo, que dejaba ver una rica media de seda calada; un chaleco de terciopelo partido, con dibujo á la Pompadour en carmesí y cerrado con botones de rubíes, se escotaba sobre una camisa bordada de una riqueza y prodigalidad maravillosas, cerrada en el pecho por tres diamantes; su corbata blanca hacia resal-

tar el blanco mate de sus mejillas, y el azul subido de sus ojos guarnecidos de largas pestañas de seda oscura y afelpada.

El marqués de la Oliva era tan hermoso como el príncipe, aunque su belleza tenía un carácter mucho mas delicado: gruesos bucles de cabellos castaños claros se agrupaban en sus sienas de una pureza y blancura encantadoras: asemejábase su boca á una rosa á medio abrir, y su largo y sedoso bigote rubio se ensortijaba en sus pálidas mejillas con una gracia esquisita.

Las manos y los piés del marqués eran de una rara perfeccion: su voz encantaba el oido; su mirada hacia ver un mundo de sensibilidad; su sonrisa habia robado muchos corazones que habian pasado por inespugnables.

No obstante, examinando con cuidado á aquel jóven, se advertia en toda su fisonomía cierta expresion de astucia refinada, de desconfianza y de falsedad: su mirada, muchas veces oblicua, no era franca jamás: en las mas fútiles disputas con sus amigos se le veia sonreir amablemente, al mismo tiempo que sus blancas y afiladas manos se crispaban por una contraccion nervjosa y contenida.

Pero todas estas señales de un carácter rencoroso y falso podia conocerlas únicamente un observador muy diestro y sobre todo muy imparcial, cosa difícil tratándose del marqués de la Oliva, pues tenia el arte envidiable de cautivar todas las voluntades.

En el momento en que le doy á conocer á mis lectores,



hablaba el marqués alegremente con su vecino de la derecha, pues el de la izquierda era el príncipe de Cellenmare.

Era aquel un joven de veinticinco años, de estatura mediana, aire grave y melancólico y cabellos negros: sus ojos, de una graciosa magnitud estaban rodeados de un ancho círculo oscuro veteado de azul, signo seguro de una enfermedad moral ó de graves dolencias físicas: sus facciones eran delicadas, acaso con esceso: sus cabellos se rizaban naturalmente en gruesos y lustrosos anillos: su boca era pequeña y triste y su frente ancha é inteligente, aunque llevando ya la huella indeleble de borrascosas pasiones.

Este joven, hijo segundo de uno de esos títulos de provincia, que conservan aun muchas de las prerogativas de los señores feudales, llevaba impreso en todas sus facciones un carácter de orgullo y de desden imposible de describir.

Seguía en Madrid la carrera del foro: gastaba sin tasa, pues su opulento padre adoraba en él, y se le conocía solo entre sus amigos por su nombre de pila y el primero de sus numerosos y nobilísimos apellidos.

Llamábase Fernando de Silva.

Los demás convidados, esceptuando el conde, dueño de la casa, se reducian á dos militares de alta graduacion, aunque vestidos sencillamente de paisano; á un secretario de embajada, joven simpático y agradable, y á dos pintores de gran talento y reputacion, modelos uno de

belleza artística y otro de artísticas originalidades.

Ya he dicho que el conde no pasaba de los treinta y dos años: su elevada estatura era flexible y llena de gracia: su rostro hermoso, apasionado y respirando siempre felicidad y animación, estaba rodeado de hermosos cabellos castaños; sus ojos oscuros brillaban de alegría, de malicia, y se advertía en ellos ese talento cáustico y atrevido, que tan difícilmente se hermana con una buena y esmerada educación: vestía con suma sencillez, pero con esquisito gusto.

Su rico pantalón negro caía sobre una elegante media de seda negra calada que hacía una armonía perfecta con sus zapatos muy bajos, de charol, adornados con diminutas hebillas de oro mate.

Su frac, azul oscuro, con botones de oro liso, estaba abrochado en el pecho y dejaba ver una sencilla corbata blanca, la parte inferior de un chaleco de piqué enteramente liso y la pechera de una esquisita camisa rizada á la inglesa é igual á los puños que, sujetos con botones de oro y semejantes á una ola de espumosa batista, rodeaban sus manos, de una blancura deslumbradora y de una hermosura perfecta.

En suma, los nueve hombres sentados en torno de aquella mesa, presentaban de lleno los tipos más acabados de belleza, de gracia y de distinción, de esa distinción mesurada y noble que los franceses creen de su exclusiva propiedad y que se encuentra más perfecta, más digna y más completa en España.

El conde hacía los honores de su mesa, si bien con aquella franqueza que debe reinar en una comida de hombres solos, con la mayor gracia y amabilidad, y observando, no las reglas establecidas por la costumbre, sino siguiendo las inspiraciones de su buen gusto y de su carácter amable y vivo á la par.

Apoderándose de una cuchara de oro él mismo sirvió las gelatinas con la desenvoltura y destreza mas estremadas: ordenó á los criados que llenasen las copas con vino de Chipre, y en seguida les despidió encargándoles que preparasen el café en su sala de fumar.

## II.

### LA RAMILLETERA.

No bien hubieron salido los criados la animacion se aumentó en la mesa y la conversacion se hizo mucho mas íntima y cordial.

—A fé mia, dijo el príncipe de Cellemare con su sonoro acento italiano, que este último servicio de su mesa de usted, conde, ha de ser testigo de grandes confiancias.

El marqués de la Oliva frunció sus bellas cejas al oír la palabra confiancias: sin embargo, sonrió graciosamente y repuso:

—En efecto, señores; nada hay mas á propósito para escitar la confianza que la vista del último servicio en una comida de buenos amigos: se reservan para este caso

los vinos mas espirituosos, los criados se retiran, y los labios dejan escapar, sin quererlo ó sin saberlo siquiera, las penas y las alegrías.

—Penas! ¿quién de ustedes, señores, tiene penas? exclamó alegremente uno de los dos hijos de Marte.

—¿Quién será tan dichoso que le falten? preguntó á su vez el hermoso pintor con una mirada melancólica.

—Yo soy ese dichoso mortal, Alfredo, repuso el jóven coronel, dejando ruidosamente sobre la mesa su copa vacía: no sé lo que es el dolor: perdí á mis padres estando aun en la cuna: mi tutor, á quien no amaba, me puso en un colegio desde el dia en que cumplí cinco años, y luego pasé al militar, de donde salí muy contento con mi charretera: pronto tuvo dos: como no necesitaba medrar, porque era muy rico, me ascendieron, pues ya se sabe que la fortuna busca á la fortuna: mis pergaminos me han valido bastante en mi carrera, y aquí me tienen ustedes á los veinte y ocho años coronel y libre como el aire.

—Pero, amigo mio, dijo el conde, la modestia de usted es tan grande, como bello y jovial su carácter: ¿por qué atribuye usted á su cuna los adelantos en su carrera? ¿Se ha olvidado ya del brazo que le rompieron en una accion tan reñida como peligrosa?

—Ni un instante me dolió mi herida, conde; y aun puedo asegurar á usted que me pareció deliciosa cuando me dieron esta magnífica placa de diamantes: todos los que poseo de mi madre me parecen menos bellos que estos.

Y el jóven, al decir estas palabras, mostró con orgullo

la gran placa de Carlos III que llevaba junto á su corazón.

—¿Y ese balazo que tiene usted en el pecho?

—Me sirvió para conquistar dos hermosos galones de oro, cuando aun contaba muy pocos años.

—Veo, Eduardo, que con ese carácter habrá sido siempre dichoso, dijo el joven diplomático: tiene usted razon: el que se empeña en ver la vida negra, negra la verá siempre á pesar de todo: y el que quiera verla rosada, halla pocas nubes en el horizonte de la suya.

—Usted ha dicho *pocas*, pero no ha dicho ninguna, amigo mio, repuso el príncipe.

—En efecto, ¿quién ve el cielo de su existencia sin ninguna sombra? el carácter podrá amenguar lo sombrío de las nubes y la imaginacion influye no poco para disiparlas con las matices de las ilusiones; pero no logrará correr los eternos nublados del alma para que luzca en todo su esplendor el sol de la dicha. Nuestro amigo Eduardo debe haber sufrido contrariedades tambien por mas que él se empeñe en negarlo ó que ya las haya olvidado.

—¿Contrariedades yo? jamás! contestó el coronel, quedándose pensativo y recapacitando al parecer; pero un instante despues alzó la frente, sacudió sus hermosos cabellos con una espresion enérgica de orgullosa alegría, y repitió:

—Lo aseguro, señores: siempre he sido feliz.

—¿Tambien en asuntos de amor? preguntaron á un tiempo dos ó tres de los convidados.

—Respecto al amor, amigos míos, aunque creo que no

le conozco bien y no soy capaz de una jactancia necia, sin embargo, diré á ustedes que ninguna mujer ha despreciado hasta hoy mis homenajes.

—¿Ninguna? piénselo usted bien; dijo el otro militar amenazando á su amigo con el dedo.

Este reflexionó de nuevo y exclamó:

—Ninguna.

—Pocos habrá entre nosotros que puedan decir otro tanto, observó el marqués de la Oliva con tono un poco burlon.

—Yo considero á usted con sobrado mérito, marqués, para que se cuente en el número de los desgraciados en amor; dijo el coronel con una política perfectamente fina, pero al través de la cual se descubría mucha entereza.

—Pues se engaña usted, repuso el marqués: hay pocos con tan mala suerte como yo.

—Será usted muy ambicioso.

—No lo crea usted: podía convencerle de lo contrario si le contase cierta aventura que me trae loco.

—Que la cuente! gritaron en coro todos los convidados.

—Allá va, pues; aunque les advierto que hago con ella un papel poco agradable.

—Vamos, vamos: nada de exordios; la aventura!

—Empiezo: ¿conocen ustedes la calle de San Bernardino?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—Ni yo.

—Me lo figuraba: es una calle por la cual no habrán pasado en su vida y que está casi en las afueras de Madrid.

—Ah!... sí, junto á la plazuela de Afligidos.

—Al grano! al grano!

—Hace ocho dias estaba yo sentado junto á la puerta del café de Levante que, como ustedes saben, está situado en la calle de Alcalá: acababa de almorzar, y la agradable temperatura que reinaba en el café, comparada con el intenso frio que se sentía en la calle, me había hecho caer en ese *dolce far niente* que precede al sueño.

De repente la aguda voz de una ramilletera me sacó de mi letargo, gritando con su agudo tiple:

—Ramitos de camelias! qué bonitos!

—Y luego dirán, interrumpió con ironía el jóven jurisconsulto, que en Madrid no hay flores!

Al oír la voz del abogado, de timbre sonoro y metálico, aunque velado un tanto, todos los convidados alzaron la cabeza como sorprendidos.

Era que aquella voz no se parecía á las demás: cualquiera diría que venía de una larga distancia á la manera que esos ecos melodiosos, si bien apagados, que nos sorprenden en el campo y que pudieran llamarse la voz de la naturaleza

La voz del jóven jurisconsulto tenía el poder de conmover y cautivar siempre.

—En Madrid hay flores todo el año, contestó el narrador: las lindas ramilleteras las compran en las estufas ó invernaderos y forman con ellas bonitos y frescos rami-

lletes, que venden despues á muy subido precio en las puertas de los teatros.

Nada mas gracioso que el contraste que ofrecen en este tiempo las calles cubiertas de helada nieve con esas hermosas muchachas de ojos negros y espesas trenzas de azabache, que se sitúan al pié de la escalera de los teatros con su canastillo de ramos, orlados de papel calado y fino como un encaje.

Yo alargué la cabeza para mirar á la ramilletera de que hablo: era una de esas lindas muchachas que parecen criadas entre las flores y que, como ellas, tienen tanta gracia y frescura: llevaba un traje de lana de colores vivos y bastante corto, un pañuelo de merino blanco con grandes ramos que hacía resaltar el brillo de sus grandes ojos negros y el sonrosado de sus redondas mejillas, y un delantalillo de seda azul.

Su blanca y redonda garganta estaba ceñida de corales y sostenía en las manos un lindo canastillo de mimbres finos y blancos, lleno de ramilletes.

—Niña, te los compro todos, dije á aquella hermosa muchacha que no parecía pasar de los diez y ocho años.

—Que aproveche, caballero, contestó con un mohín, lleno de esa gracia picante, propia solo de las hijas de Madrid.

—¿No quieres vendérmelos?

—Ay, señor! está demasiado flaco para que pueda tener el dinero que valen mis flores.

Y se puso á gritar en seguida:



—Ramitos de camelias! qué bonitos!

Iba á hablar de nuevo á la ramilletera cuando ví pararse delante de ella á otra jóven que embargó toda mi atencion.

Jamás habia yo visto ni espero volver á ver una tan divina aparicion.

Su estatura, que no pasaba de mediana, podia tacharse quizá de demasiado esbelta: el óvalo prolongado de su rostro estaba coronado por una graciosa frente, que parecia como oprimida entre dos espesas y apretadas fajas de cabellos rubios.

Sombreados por dos cejas de color de castaña y de una finura admirable, brillaban sus grandes y rasgados ojos color de pizarra: su boca rosada y sonriente, su linda nariz y su barba, terminada por un precioso hoyuelo, acababan de dar á su fisonomía toda la pureza y espresion de una vírgen de la escuela flamenca.

Su traje, mas que modesto, era pobre: á pesar del rigoroso frio que hacia llevaba un vestido muy usado de lanilla oscura y un pañuelo schal de ínfimo precio: su cabeza de ángel, guarnecida de espesas trenzas, ostentaba toda su hermosura á través de un humilde velo de tul.

No obstante, su cuello y sus mangas, lisas y de puño vuelto, eran de una blancura deslumbradora: sus diminutas manos estaban encerradas en unos guantecitos de color gris en muy buen uso todavía, y su largo traje no impedia del todo ver la tercera parte de un pié, calzado esmeradamente con una botita de saten negro.

Cuando se detuvo delante de la vendedora de flores, sus hermosos ojos pintaron toda la alegría propia de sus diez y siete años.

Cerca de ella se había parado también una niña como de catorce, contrahecha y humildemente vestida, que la acompañaba.

—¿Cuánto pide usted por este ramo? preguntó la hermosa joven tomando el más bonito que había en la canastilla de la ramilleteira y dirigiéndose á esta.

—Cuarenta reales, contestó la vendedora, mirando con desden el pobre traje de la joven.

Ella bajó la cabeza con una mezcla de rubor y de tristeza: dejó el ramillete en la canastilla y separóse algunos pasos.

—¿Viene usted á divertirse manoseando flores que no ha de comprar? chilló la ramilleteira con desvergüenza.

—Son demasiado caras para mí, contestó la joven, cuyas blancas mejillas se vistieron de un color de rosa muy vivo.

—¿Y no puede ofrecer nada? vaya con la señorita vergonzante que se enamora de las camelias en enero!

—Son tan hermosas!... murmuró la joven sin perder nada de su dulce moderación, son tan bellas que me cautivaron!... pero perdóneme usted... no tengo dinero para comprarlas.

Dos gruesas lágrimas brotaron de sus ojos al pronunciar estas palabras.

En cuanto á la ramilleteira, la miró con mucha admi-

racion, y luego endulzando su voz dijo á la jóven con esa nobleza que tantas veces se encuentra en el pueblo y que es innata en él:

—Vaya que yo tambien tengo un geniazo... ya lo dice mi Curro, y buenos moquetes me da por él; genio y figura hasta la sepultura; en fin, ¿cuánto ofrece usted por las camelias?

—Todo cuanto tengo... diez reales.

—Por Dios, señorital ese es todo el dinero que nos han dado en la tienda, dijo la muchacha jorobada acercándose á la jóven.

—Eso es demasiado poco, repuso la ramilletera volviendo á su mal humor.

—No tengo mas... y deseo me perdone usted por haberla entretenido tanto rato.

Al decir estas palabras la jóven volvió á llevar el pañuelo á los ojos para enjugar una lágrima rebelde y echó á andar.

La ramilletera la siguió con la vista: mas apenas habia dado veinte pasos echó á correr en pos de ella; yo la seguí tambien y ví que alcanzó á la jorobadita que iba detrás de la jóven y la tocó en el hombro.

—Escucha, le dijo haciéndola detener.

—No puedo, porque mi señorita va sola delante.

—Únicamente es para preguntarte una cosa: ¿cómo se llama esa señorita?

—María de la Gloria.

—La gloria tiene ella en su cara. ¿Y dónde vive?

—En la calle de San Bernardino, núm. 3. ¿Pero á qué viene?...

—No te importa: toma esos dos reales por haber contestado á mis dos preguntas y corre á alcanzar á tu señorita.

La muchachuela, llena de alegría, echó á correr para alcanzar á su jóven ama, mas no sin dar á conocer antes en el aire conque guardó los dos reales, que esta era la mayor cantidad que había poseído en su vida.

La ramillettera al volver á su sitio, tenia que pasar por mi lado: detúvela por un brazo y la dije:

—Espérame aquí una hora y no vendas el ramillete que tanto ha gustado á esa jóven, pues me lo quedo yo.

Y sin esperar su respuesta me puse en seguimiento de la hermosa niña.

Mas en vano, no la encontré: entonces me dirigí á la calle de San Bernardino.

La casa, señalada con el núm. 3, tenia una apariencia humildísima: la puerta, que era en extremo reducida, estaba cerrada y sobre ella se veian dos balconcitos de madera, con vidrios pequeños y emplomados.

El uno estaba cerrado; el otro tenia una de las hojas abiertas y me pareció descubrir hácia el interior la sombra de una mujer; pero como no habia portero en la casa, á quien sondear, me contenté con mirar durante media hora los balcones y me fuí desesperado en busca de la ramillettera, que acabó de arreglar mi mal humor.

—¿Pues como?...

—Porque se había marchado.

—¿Y no ha vuelto usted? preguntó Fernando de Silva, mirando profundamente al marqués.

—¿Cómo no? ¿por quien me toma usted? exclamó este con arrogancia.

—Le tomo por un... novicio en casos de amor, respondió el joven abogado haciendo en sus palabras una insultante y significativa detencion.

El marqués se mordió los labios, finos y sonrosados como los de una mujer hasta, hacerse saltar sangre.

—Yo estoy cierto, dijo el hermoso pintor tratando de contener la ira que radiaba en los ojos del marqués; yo estoy cierto de que nuestro amigo ha vuelto todos los días.

—Y yo, añadió el coronel.

—Dejemos ya esa cuestion, señores, y hablemos de otra cosa, dijo el joven diplomático. ¿Quién de ustedes ha sido presentado á la bailarina francesa que acaba de llegar?

—Yo, dijo el pintor extravagante.

—Y yo, añadió Cellemare.

—¿Y qué les parece?

—Regular: tiene lo que todas las francesas; buena tez, ojos grandes, pero sin viveza ni espresion, piés mayúsculos y carnosos, y enormes manos.

—A mí me parece encantadora, observó el conde.

—¡Cómo! ¿La ha visto usted, conde? exclamó Silva.

—Sí, querido: ¿qué le admira en esto?

—Es que á la verdad es de admirar que vaya usted á ver bailarinas teniendo la dicha de ser esposo de Clotilde de Guzman!

—Bah! de cierto que usted la ha visto tambien.

—No lo negaré.

—Entonces ¿por qué se admira de que yo haya querido ser presentado á Mlle. Pomerine? Creo que tambien es usted casado...

—Me vence usted con ese argumento, dijo á media voz Fernando de Silva, apoyando la megilla en su diestra y sonriendo con alguna amargura.

—Cómo! ¿Es casado Silva? preguntaron admirados el príncipe de Cellemare y el coronel.

—Casado, señores, repitió el abogado, decidido ya á arrostrar la tempestad: casado, como creo que lo son tambien estos dos señores.

Fernando señaló, al decir estas palabras, al otro militar compañero del coronel y al joven diplomático.

—Ja, ja, ja! exclamó el marqués: ¿con que son ustedes cuatro de la cofradía? Qué reservado lo tenían!

—¿Hay alguno que se jacte sin necesidad de pertenecer al santo estado? preguntó el conde D... con aquella sonrisa rara mezclada de malicia y de sensibilidad que le era habitual.

—Usted solo podía ser el que se vanagloriase de esto, dijo el diplomático mirando rencorosamente al abogado, que habia descubierto lo que él creia ignorado.

—Ea, señores, á tomar el café! gritó el conde al ver

el mal aspecto que tomaba la discusion.

Levantóse, se asió del brazo de Fernando y siguiéndoles todos pasaron á la sala de fumar.

### III.

#### LA SALA DE FUMAR.

La estancia brillantemente iluminada en que se hallaba preparado el café para los convidados, era una verdadera maravilla de lujo refinado y de voluptuosa comodidad.

Las paredes estaban vestidas de tela de seda carmesí con lijeros dibujos de un carmesí mas subido, armonizando perfectamente con la alfombra, que era de los mismos colores y de un grueso tejido.

Sobre la tapicería habia una preciosa estantería de palo santo cerrada con cristales, y colocados simétricamente; en las diversas separaciones de que constaba, se veian, en grandes bandejas de plata mate, todas las clases de tabaco conocidas, desde el perfumado habano hasta los gruesos tronchos de hoja negra.

Las bandejas tenian en el centro las armas del conde en plata abrigantada.

El espacio que quedaba desde la estantería hasta el techo de la habitacion estaba lleno de armas de todas clases, de todas formas y de todas naciones.

En el centro y en una mesa redonda y cubierta con

un tapete de terciopelo carmesí, en cuyo centro estaban bordadas con seda las armas del conde, se veía un candelabro de filigrana de oro cargado de bugías, y en algunas bandejillas, de oro también y de diminuto tamaño, había mechas de papel perfumado.

Una sola ventana había en el aposento, y el lienzo de pared en que se abría estaba ocupado por una inmensa cantidad de pipas de diferentes clases y tamaños.

En la gran mesa del centro estaba dispuesto el servicio del café, de plata mate: el aromado Moka hervía en magníficas cafeteras de plata, en cuyo centro serpenteaban las azuladas llamas del espíritu de vino.

Cuatro lacayitos con libreas galoneadas y rizados cabellos estaban en pié esperando á los convidados para servir el café.

No bien estos ocuparon sus asientos empezó á humear el líquido en las tazas, y prepararon las pipas para los que las pidieron con preferencia á los habanos.

En seguida uno de aquellos cuatro diminutos servidores encendió el candelabro con una agilidad extraordinaria y se retiró discretamente con sus compañeros hácia la ventana.

—Es usted, en verdad, bien dichoso, conde; dijo el jovial coronel dirigiéndose al dueño de la casa: tiene usted una casa *confortable*, una bella figura y puede hacer la vida que corresponde á su clase, lo cual nunca me ha permitido mi carrera militar.

—Pues todavía no conocen ustedes, señores, hasta que



estremo es feliz el conde, dijo uno de los pintores; aun no saben que su esposa es un ángel de hermosura y de virtud, y que es padre de dos hermosísimas criaturas.

—No es usted sincero ahora, querido, repuso el conde con aquella gracia vivaz que le era tan natural: usted es enemigo encarnizado del matrimonio.

—¿Y por qué lo es, amigo mio? exclamó el coronel: por lo que yo lo soy tambien; porque solo he visto, esceptuando el de usted, matrimonios infelices, casi siempre por la mala educacion, ó por la falta de tacto y de sensibilidad de las mujeres: porque conozco muchos pobres maridos, que en vez de hallar en su casa un puerto de paz hallan en ella el teatro de una espantosa guerra: porque las mujeres, en mi concepto, son el azote, el verdugo del hombre.

—Es posible caballero, que hable usted así! exclamó con indignacion el noble y entusiasta príncipe de Cellenmare.

—¿Y por qué no, caballero? Aquí no hay ninguna mujer que nos oiga y puedo decir lo que siento sin faltar á las leyes de la galantería.

—Mas el que de ese modo habla de las mujeres, se espone á que crea quien le escucha que jamás ha sabido hacerse amar de ellas.

—La opinion de usted, príncipe, en esta ocasion, es la de un hombre digno y sensato, dijo el conde: los que, como usted, han visto hoy por primera vez á Eduardo, creerán que es muy poco afortunado con las mujeres y que sus ideas son el resultado de un mezquino espíritu de ven-

ganza: y sin embargo, yo que le conozco desde hace algun tiempo, sé aun sin haberle tratado con grande intimidad, que su carácter es tan noble como caballeroso é incapaz de denigrar á la parte mas bella del género humano, y que esta hermosa mitad de nosotros mismos le ha tratado siempre con sobrada indulgencia.

—Tengo un placer en creer á usted, conde, dijo Celle-mare, y su opinion con respecto á este caballero me hace mucho bien: lo confieso, señores, prosiguió el príncipe alzando la frente con dulce altivez: á pesar de mis veintiseis años conservo todas las ilusiones de mis diez y siete años.

—Feliz usted! murmuró suspirando el coronel.

—¿Por qué dice usted eso? exclamó el conde con calor: ¿á qué viene el manifestarse cruel y positivista cuando no lo es? ¿No le ha sonreído á usted siempre la fortuna? La sensibilidad de usted está intacta, y por decirlo así, conserva aun toda su frescura, puesto que ha sufrido muy poco: quizá jamás ha amado usted, y lo que juzga hastío del corazon es que el corazon no ha despertado todavía.

—Mucho tarda, pues, en hacerlo porque tengo ya veintiocho años!

—¿Y quién le ha dicho, continuó el conde, que el corazon tiene una época fija para despertar? hombres conozco, cuyo corazon está ya helado por la nieve de los años, y que todavía no ha llegado á sentir! Muchos hay que se hacen la ilusion de amar, porque lo desean así, y no aman porque se empeñan en creerlo... y no falta quien baja al

sepulcro sin haber conocido el primer amor, aunque muestra agobiado de vejez, y por mas que haya consumido tres partes de su vida en aventuras licenciosas y en frívolos galanteos!

—Pero entonces, señores, ¿cómo puede conocerse el amor? ¿cómo se distingue de la apariencia, la realidad de su existencia?

—¿Qué ha sentido usted, cuando ha creído estar enamorado?

—Un extremo desasosiego y un constante malestar.

—¿Siempre?

—Siempre, sí.

—¡Nunca ha amado usted, pues! exclamó el príncipe con su entusiasmo habitual.

—¿Lo cree usted así?

—Estoy seguro de ello: el verdadero amor no hace sufrir! Derramã, por el contrario, una dulce y completa tranquilidad en el alma y hace ver la existencia de un modo que no se había visto antes de sentirlo: el mundo se ensancha á nuestros ojos y toda la naturaleza se embellece!

—Bien se conoce, caballero, que es usted de un país donde todo es poesía, dijo el jóven abogado, que desde la cuestion matrimonial había guardado un obstinado silencio.

—Yo llevo la poesía en el alma, amigo mio, repuso Cellemare; y luego, clavando la profunda mirada de sus brillantes y hermosos ojos en Fernando, añadió:

—Y usted también; usted por más que intente negarlo, lleva en su alma la bellísima y encantadora flor que llaman poesía y cuya aroma embalsama la senda de la vida.

—Está usted equivocado, príncipe, dijo riendo el conde: el pobre Fernando halla el mundo muy amargo.

A pesar de la irónica sonrisa con que el conde acompañó estas palabras, el príncipe de Cellemare miró á Fernando con marcado interés y con cierta tristeza que difundió por todo su semblante como una nube de profundo y tiernísimo sentimiento.

—Desgraciado! murmuró en voz baja: ¿será posible que á su edad halle ya amarga la vida?

—Yo proclamo á usted, príncipe, por el hombre más feliz de la tierra! gritó el coronel usando ya aquella familiaridad que es inevitable entre dos personas de relevantes cualidades desde la primera vez que se ven: sí, añadió, le creo á usted aun más feliz que el conde, porque tiene todas las ilusiones de un niño y toda la libertad de un hombre, en tanto que él está asediado por los cuidados de la familia.

—Feliz el que tiene esos dulces cuidados! dijo el príncipe: felices los que tienen esposa ó hijos! Yo, desde que perdí á mi madre, estoy siempre triste y me veo solo en la tierra.

—¿Por qué no se casa usted? preguntó uno de los pintores: su carácter me parece formado únicamente para las dulces afecciones de la familia.

—Tiene usted razon, caballero, contestó el príncipe; pero ha solo un año que perdí á mi madre, y he estado diez meses encerrado en mi palacio de Verona, ocupado únicamente en llorar tan irreparable pérdida: dos hace que viajo anhelando distrarme de un dolor que habia llegado á alterar profundamente mi salud: durante la vida de aquella santa mujer, su cuidado me rodeaba de tanta ternura que mi corazon estaba satisfecho y nada mas pedia á Dios sino que me la conservase.

—Mas, usted debe conocer el amor cuando tan divinamente la pinta, dijo el diplomático.

—No he hecho mas que adivinarle, repuso el príncipe, porque las almas buenas le presienten aunque estén rodeadas de otros afectos mas tranquilos; pero desde que me falta la ternura de mi madre, lo ansío.

—¿Luego, será posible que elija usted esposa en nuestro suelo? preguntó el conde sonriendo.

—¿Y por qué no? contestó el príncipe: las verdaderas mujeres solo se hallan en esta hermosa España: en Francia, en Inglaterra, en Alemania son mas instruidas, pero la educacion que reciben tiene algo de masculino: en España las mujeres son todas corazon, y su única ciencia se cifra en saber ser buenas esposas y buenas madres.

—¿En qué consiste, pues, repuso el coronel, que yo solo he encontrado esposas infieles é hijas desobedientes á sus padres, y esto por el menor de mis caprichos? Yo, príncipe, únicamente hallo amor en la mujer; pero nunca he encontrado en ella ni la prudente reserva que es el

aliciente y el sosten del amor, ni la suave modestia que le mantiene dulce y puro como el alabastro á los perfumes: he hallado en ellas mucha pasion, mucho abandono, mucha confianza en mi amor; pero tales torrentes de ternura embriagan el corazon durante algun tiempo, y luego acaban por hastiarle: así yo me he hastiado de todas las mujeres en muy breve tiempo y ni una sola he visto á la cual hubiera querido hacer dueña de mi mano y de mi corazon y deseado confiarle mi honra.

—¿Qué mujeres ha tratado usted pues? exclamó el conde cuyas mejillas se encendieron con una generosa indignacion.

—¿Yo, querido? De todas clases: desde la pobre bordadora que va á los almacenes, acompañada de su madre, á devolver la labor que ha concluido durante el día, hasta la encopetada duquesa que sale en su carruaje, tendida como en su lecho y abrigada con perfumadas pieles de Astracan; y cuente usted que, entre esos dos extremos han figurado mujeres encantadoras de la clase media, de esa clase que tiene todos los delicados instintos de la elevada y todas las privaciones de la pobre, y cuyas mujeres suelen estar dotadas, por lo mismo, de tanta resignacion como nobleza y gracias.

—Yo sostengo, pues, gritó el conde levantándose iracundo de la mesa, yo sostengo que todas esas mujeres debian tener algun motivo excepcional para perder con usted esa dignidad innata en la mujer y, sobre todo en la mujer española! Yo sostengo que usted, con tanta do-

blez como poca nobleza, ha buscado desgraciadas, cuya educacion ha sido muy fatal, mujeres maltratadas por sus padres ó por sus esposos, ó jóvenes hambrientas y miserables.

—Conde!... exclamó el coronel levantándose tambien colérico y con los ojos brillantes.

—En todo caso es una desgracia para Eduardo el no haber hallado una sola mujer digna; dijo el diplomático anhelando calmar aquella cuestion que se hacia mas séria que la de los matrimonios.

—Si no estuviese usted en mi casa, coronel, continuó el conde en cuyo pecho rugia una sorda cólera, si no se hallase usted aquí y si no nos uniese hace siete años una íntima y cordial amistad, diria á usted que es indigno de un hombre que lleva espada el hablar así de las mujeres.

—Delo usted por dicho, repuso el coronel.

—No tal, exclamó el conde sentándose otra vez y poniendo la mano sobre su pecho como si quisiera sofocar la ira que hervia en él: no lo he dicho: lo que sí digo es que las mujeres, á quienes ha hecho creer que las amaba usted, le han amado por su parte con demasiada pasion, y que es lástima que la resistencia de alguna de ellas no le haya enseñado á respetar al sexo en general.

—Y yo sostengo que en las mujeres no hay mas que dos extremos: una feroz virtud, arisca, áspera y grosera para conservar su posicion social si, siendo casada, tiene un marido muy rico, ó si es soltera, para encontrar un esposo mas rico que su padre; y un cínico abandono, una

ternura empalagosa y monótona en su estremosa igualdad; un olvido completo de toda dignidad y de todos los deberes.

—¿Quién de ustedes señores, es de la opinion del coronel? preguntó el príncipe de Cellemare dirigiéndose á los convidados. ¿Quién duda de la virtud de la mujer, de su modestia y de la nobleza de su corazon?

—Yo, dijo el marqués de la Oliva.

—Y yo mas que nadie, añadió Fernando.

—Sois tres fiscales contra seis defensores, dijo el príncipe con una sonrisa dulce y melancólica á la par, y es causa ganada; no obstante, y para llevarme yo solo la gloria del vencimiento, quiero hablar algo de mi madre, lo cual creo que bastará para convencer á ustedes.

—Por mi parte, deseo mucho convencerme de que la mujer es buena, dijo el jóven abogado con aquella gravedad severa que le era tan habitual y que formaba tan singular contraste con la delicadeza de sus facciones.

—Yo estoy cierto de que todos los razonamientos de ustedes no alcanzan á variar la opinion que tengo acerca de la mujer, observó el coronel.

—Eso será que la opinion de usted le es provechosa, y quiere conservarla, dijo el conde.

—No lo niego, repuso aquel: ella me exime de muchas atenciones con el sexo bello y, sobre todo, me libra de hacer ningun sacrificio.

—Lo mismo digo; añadió el marqués.

—¿Tiene usted madre? preguntó el príncipe dirigién-



dose á este.

—Murió al darme á luz.

—Entonces disculpo á usted, pobre jóven, porque, lo mismo que el coronel, han carecido del afecto mas puro y santo de la vida, de ese afecto que forma el corazon y le hace sensible.

Yo sí la he tenido hasta hace un año, continuó el príncipe: perdí á mi padre á los seis de mi edad y durante los otros veinte que cuento de existencia, mi madre ha sido la que ha rodeado mi vida de la solicitud mas tierna.

Aquella santa madre empezó á hacerme respetar la virtud y la debilidad de la mujer, hablándome continuamente de la Virgen, ese dulce amor de los italianos: bien pronto me apasioné yo de una hermosa Madonna, colocada en una galería de mi casa, y á sus piés pasaba orando con mi madre la última hora del dia; luego colocaba yo en un jarron de alabastro que habia á sus piés un fresco ramo de rosas, encendia mi madre una lámpara de plata y nos íbamos, ella llorosa y enternecida y yo pensativo y silencioso.

Era que todas las tardes oia á mi madre orar á los piés de la Madonna por el eterno descanso del alma de su esposo, recomendándola á aquella imágen, llena de una belleza celestial, y mi tierna inteligencia empezaba á comprender cuanto de dulce, benéfico y amoroso hay en ese débil ser que llamamos mujer.

Mi madre no quiso colocar entre ella y yo á una aya que la descansase en las tareas de mi educacion; dotada

de una instruccion variada y profunda, ella me enseñó á leer, á escribir, á dibujar, la música, la historia, la geografía, el español, el francés, el inglés: para las demás materias que se me enseñaban iban á casa los maestros y daba las lecciones á la vista y bajo la inspeccion de mi madre.

Ella me enseñó todas las fórmulas de la oracion que usa la iglesia católica y muchas otras que su corazon sensible y poético sabia inventar.

Ella era la compañera de todos mis juegos y diversiones; solo tenia treinta y seis años cuando yo contaba veinte y era para mí la madre mas tierna y previsora y la mas indulgente y cariñosa hermana.

Cuando alguna leve dolencia me obligaba á acostarme temprano, mi madre colocaba delante de mi lecho su veladorcito de sándalo y nácar, ponía sobre él una lámpara de bronce y tomando un libro leía con voz dulce y reposada para distraerme.

No puedo espresar á ustedes el encanto que adquirian en su boca los versos de nuestros mejores poetas. El Dante y el Ariosto, leídos por mi madre, me han hecho pasar las horas mas dulces y bellas que puede soñar la humana fantasía.

A las doce dejaba el libro, cruzaba las manos y me decía:

—Recemos, hijo mio, por el eterno descanso de tu padre, por los pobres náufragos, por los huérfanos y por todos los que sufren.

Nada he visto despues mas hermoso que el cuadro que ofrecia la princesa mi madre, de rodillas, vestida con su larga bata de muselina blanca y rezando lenta y suavemente con su voz dulce y sonora como el canto de una alondra: caían sus largos cabellos negros reunidos en dos hermosas trenzas por su espalda, y en su semblante radiaba una luz celestial.

Luego me abrazaba y se retiraba á su habitacion.

De este modo pasé yo hasta los veinte años, sin deseos culpables, sin ambicion y sin pasiones; sin embargo, yo vivia en el mundo de la inteligencia, pensaba, sentia, era feliz y derramaba en torno mio innumerables beneficios.

Mi primer amor á esta edad le obtuvo una de esas mujeres que son el oprobio de su sexo, y que, si no encadenó mi corazon, dominó al menos mis sentidos de un modo absoluto: aquella pasion grosera y material, tuvo, no obstante, gran influencia en mi método de vida: jugué mucho y perdí enormemente: los banquetes, las orgías, las fiestas ocupaban todo mi tiempo, y durante tres años bajé rápidamente hasta lo último de esa pendiente espantosa, sima de tantos jóvenes, abismos de tantas esperanzas.

Mi madre no empleó conmigo ninguno de los medios que regularmente se usan en casos análogos: no me dirigió amargas reconvenciones ni reprensiones duras: calló, pero se hizo mas piadosa y mas retirada: cuando yo volvía al amanecer de mis escandalosas cenas y de mis prolongadas orgías, la hallaba en el salon bordando ó leyendo á la luz de su lámpara.

—¿Por qué no te has acostado, madre mía? le decía abrazándola.

—¿Podría yo dormirte sin besar tu frente, Honorio? me contestaba.

—Ah, madre mía! cuán culpable soy en abandonar tu lado! le decía yo dominado por el remordimiento.

—Tú te encuentras mejor, sin duda, entre tus amigos que conmigo, contestaba abrazándome de nuevo; y sin darme tiempo para responderla, añadía:

—Vete á descansar, hijo mío: la felicidad de tu madre depende de que la ames siempre, mas su ternura no te faltará jamás aunque le niegues tu amor.

Yo me separaba de ella acusándome de ingrato y jurando separarme de la fatal mujer que así me hacia faltar á todos mis deberes; mas al día siguiente volvía á encontrar á mis compañeros de desórden y todas mis buenas resoluciones venían á tierra.

De súbito cayó mi madre enferma: la melancolía de su soledad, sus largas noches de vela esperándome y el pesar de ver mi conducta, minaron su salud, ya muy delicada, y se apoderó de ella una fiebre lenta y peligrosa.

Yo me situé á la cabecera de su lecho, que no abandoné hasta que el riesgo cesó por completo: mas al volver á buscar á la mujer á quien amaba, hallé que me había sido infiel por un hombre que me era muy inferior.

Desde entonces volví á consagrarme á la princesa, pero en mi corazón no quedó amargura, sino una profunda tristeza: no había conocido el verdadero amor, porque

aquella mujer me dominaba sin que yo la estimase y sin que ella me profesase tampoco el afecto mas leve.

Así pues, comprendí que habia en el mundo mujeres muy despreciables; pero tenia muy arraigada en mi alma la conciencia de la virtud de mi madre, de su nobleza, de su dulzura y de su valor, para dejar de venerar en ella á todas las mujeres que se le pareciesen.

Tres años hacia que habia vuelto á su amor, cuando la perdí: su muerte no fué violenta: durmióse en su lecho, jóven aun, hermosa, sublime y dulce como siempre: sus grandes ojos negros quedaron entreabiertos y velados entre las rizadas franjas de sus pestañas: cruzaron sus manos de alabastro sobre su pecho y le formaron un almohadon con sus bellísimas trenzas de ébano.

Luego la acostaron en el panteon de la familia y en el mismo sepulcro de mármol blanco en que descansaba mi padre, quedando encerrados con ella todos los restos de la alegría de mi juventud.

#### IV.

##### CLOTILDE.

Calló el príncipe y ninguno de los bulliciosos y des- preocupados jóvenes que le rodeaban se atrevió á añadir una sola palabra á las últimas de su historia: tal poder tiene el sentimiento que en algunos instantes se trasmite á las almas mas frias.

Las fisonomías de Fernando de Silva y del marqués de la Oliva permanecieron durante toda la narracion del príncipe impasibles ó burlonas; mas al llegar á la última parte de ella, la de Fernando se trasformó un tanto, perdiendo algo de su tension los músculos de su semblante.

Es verdad que aquella historia habia sido contada con tanto sentimiento y elocuencia que no hubiera podido dejar de conmover al corazon mas duro: por eso los rostros de todos los convidados espresaban una conmocion profunda ó un tierno interés.

Uno solo habia conservado su sonrisa amable y la alegre expresion de su semblante, sin que su corazon se alterase en lo mas mínimo; este era el marqués de la Oliva, cuya alma, helada y egoista, no podia conmoverse por nada, puesto que lejos de recibir sensaciones, se embotaban en ella como en una plancha de mármol.

—A la verdad, caballero, la pintura que ha hecho usted de su santa y hermosa madre, me ha conmovido profundamente, dijo el coronel rompiendo el primero el silencio y presentando su mano al príncipe que la estrechó cordialmente entre las suyas: si yo hallase una mujer parecida á la princesa de Cellemare aseguro á Vd. que me casaria al instante.

—Yo tambien me casaré el dia en que encuentre una mujer parecida á mi buena madre, dijo el príncipe llevando á sus ojos su pañuelo de azulada batista para enjugar una lágrima que no se habia ruborizado de dejar asomar á sus hermosas pupilas. Sí, continuó con fuego, sea noble

ó plebeya, rica ó pobre, yo haré mi esposa á la mujer que posea las adorables cualidades de aquella santa: ¡oh! si supieran ustedes con cuanto orgullo se recuerda siempre una madre como la mía, y cuanto se sufre con la memoria de los dolores que se le han hecho padecer. El que ha debido el sér á una de esas mujeres ángeles, honra y ama á las mujeres en general; mas para partir su destino no puede contentarse con medianías: ama un ideal y si no encuentra su realizacion en la tierra vive solitario y muere jóven y devorado por la tristeza.

—Al oír á usted, príncipe, me parece escuchar al desventurado Tasso; dijo el diplomático contemplando con admiracion á aquel hombre tan fuerte, de una belleza tan enérgica y apasionada y que se espresaba con tanto candor y sensibilidad.

—Yo me hago la ilusion de estar hablando con el gran poeta, desde que tuve la dicha de ver aquí al príncipe, añadió el hermoso pintor: jamás he encontrado un hombre mas parecido á los retratos que nos han quedado del Cisne de Sorrento.

—¿De veras? exclamaron con admiracion algunos de los convidados.

—Nada es mas cierto, contestó el pintor; y luego dirigiéndose al príncipe continuó:

Si quiere usted honrar mi taller, caballero, antes de dejar á Madrid, le enseñaré un retrato del Tasso, y se reconocerá usted en él.

—Muchas veces me lo han dicho, repuso Honorio con

dulce gravedad: mi madre, sobre todo, me repetía abrazándome, que yo era el verdadero retrato del infeliz amante de Eleonora, y atribuía tan extraordinaria semejanza á lo mucho que había leído sus obras mientras me llevaba en su seno.

Honorio dijo estas palabras con la mayor sencillez y sin parecer envanecerse en lo mas mínimo por su rara y exquisita belleza; luego volviéndose al pintor, añadió alargándole la mano:

—No puedo expresar á usted, caballero, cuánto estimo la amable invitacion que me hace de visitar su taller, lo cual verificaré con el mayor placer dentro de dos dias.

Inclinóse el pintor, estrechando con una especie de ternura respetuosa la mano del príncipe, é iba á responder, cuando un criado anunció abriendo la puerta de par en par:

—La señora condesa.

Los convidados se levantaron presurosos volviéndose con curiosidad hácia la puerta, en cuyo umbral se había detenido la condesa un tanto confusa.

El conde se levantó y fué á darla el brazo, entrando con ella en la sala de fumar, y cediéndola su sillón con la misma galantería que pudiera emplear el mas rendido amante.

Entre tanto todos los convidados miraban á la condesa con la mas viva admiracion, mientras ella ruborizada de verse allí, no se atrevia á levantar los ojos.

Me aprovecharé de su confusion para hacer de ella una



lijera pintura.

Clotilde de Guzman, llegaba apenas á los veinte años, y conservaba todo el tímido decoro de la primera juventud, á pesar de ser una de las damas mas elegantes de Madrid.

Su estatura, algo mas que mediana, era admirablemente proporcionada, flexible y llena de gracia: su tez trigüeña y un tanto pálida, estaba animada por dos hermosos y rasgados ojos oscuros, guarnecidos de largas pestañas negras, y coronados por arqueadas cejas del mismo color.

Terminaba el gracioso óvalo de su rostro una hermosa frente, pura y tranquila como la de una niña, y la hacian mas agradable una boca fresca y diminuta y una lindísima nariz.

Su traje y adorno realzaban su graciosa y dulce belleza de un modo admirable, indicando al mismo tiempo que iba á salir.

Llevaba un vestido de terciopelo color de cereza y un prendido de gasa blanca bordada de plata, que armonizaba divinamente con las espesas trenzas de sus cabellos castaños, y con el leve sonrosado de sus mejillas.

Su traje, escotado lo bastante para que tuviese una forma elegante, pero no tanto que hiciese alarde de una inmodestia que degrada á la mujer, dejaba ver su hechicera garganta y sus hombros, blancos como el marfil bruñido.

Un lindo aderezo de rubíes y diamantes, guantes blan-

cos, que ocultaban la tercera parte de sus brazos encañadores, y un ramillete de camelias y violetas que tenía en la mano, completaban tan distinguido atavío.

—Yo te creía ya en el teatro, querida mía, dijo el conde para animar á su esposa.

—Espero á la duquesa, contestó la jóven alzando en efecto los ojos, y he querido verte para...

Interrumpióse la condesa al decir estas palabras. Había fijado la vista por casualidad en Fernando de Silva y quedó como fascinada con la boca entreabierta y las mejillas pálidas.

—Fernando... aquí! murmuró sin separar del jóven sus extraviados ojos, y con voz tan ahogada que solo su esposo, que se hallaba á su lado, pudo percibirla.

Todos los convidados quedaron absortos mirando á la condesa; luego siguieron la direccion de su ansiosa mirada y fueron á fijar las suyas en Fernando de Silva, que permanecía impassible é irónico como siempre.

Descompusiéronse de un modo horrible las facciones del conde; y su fisonomía, tan serena de ordinario, se revistió de una espresion feroz: mas por un esfuerzo sobrehumano é incomprendible, logró serenarse: acercóse á su esposa y tomó sus manos.

—Dios mio, Clotilde! exclamó con voz dulce; tranquilízate... en efecto, la semejanza es tristemente peligrosa y no podía yo suponer que entrases aquí.

Luego, volviéndose á los convidados, y sin dejar de sostener á la condesa que estaba casi inanimada, conti-

ruó señalando á Silva:

—Este caballero es la imagen viva de un hermano de mi esposa que se ahogó en un naufragio...

La condesa dejó escapar un grito lastimero y quedó rígida y privada de sentido en los brazos de su marido.

—Ya ha llegado la señora duquesa, dijo un criado apareciendo en el umbral de la sala.

—Dígale usted que la señora va al instante, repuso el conde con voz segura y reposada.

Luego, inclinándose hácia el oído de su esposa con muestras de la solicitud mas tierna, le dijo con voz casi imperceptible, pero con acento tan enérgico que vibró hasta lo íntimo del corazón de la condesa.

—Tenga usted valor!... finja como yo, ó témalo usted todo de mí!

La desdichada abrió los ojos y clavó en su marido una mirada dulce y sumisa.

—La duquesa te espera, mi querida Clotilde, continuó el conde con cariño, haz un esfuerzo; ve al teatro y esto te distraerá.

Levantóse la jóven y movió los labios como si quisiera hablar; mas no produjeron ningun sonido.

—Sé lo que ibas á decirme; que vaya á buscarte al teatro para conducirte á la embajada inglesa, ¿no es así? dijo el conde con dulzura: está bien; no faltaré; dentro de una hora.

Nada respondió Clotilde; saludó en silencio á los convidados, y salió con su esposo que la acompañó hasta la

puerta.

Luego el conde volvió con sus amigos.

—¿Sabe usted conde, que, como ha dicho muy bien el coronel, no conocía la mayor de sus dichas? observó el príncipe: su esposa de usted es un tesoro de belleza y de gracia.

—Y un modelo de virtud y de dulzura, añadió el diplomático; tiene el alma mas encantadora que he visto y el talento mas natural y mas sencillo, por decirlo así. Además, como han oído ustedes antes, ha dado al conde dos hermosos niños gemelos para que nada falte á su felicidad.

—Es muy completa, en efecto, dijo el conde cuya fisonomía parecía respirar una dicha tranquila.

—Le dejamos á usted, conde, dijo el coronel; ha ofrecido usted á su esposa que irá al Circo dentro de una hora, y ese tiempo lo necesita para vestirse.

—No lo crea usted, querido; la embajadora de Inglaterra, de quien mi mujer es íntima amiga, recibe de confianza.

—A pesar de todo no puede usted perder un minuto, repuso el príncipe, y yo soy el que primero va á dejar á usted.

Al decir estas palabras, estrechó la mano del conde, y salió despues de saludar á los demás concurrentes y de reiterar al pintor la promesa de ir á visitar su taller dentro de dos dias.

Todos los demás se despidieron en seguida del conde, y

salieron en pos de Cellemare.

No obstante, Fernando y el marqués de la Oliva quedaron los últimos, aunque por bien diferentes razones.

El marqués miró á Silva como diciéndole que le esperaba; mas este le contestó con otra mirada llena de altivez.

Sin embargo, el marqués permaneció inmóvil.

Entonces Fernando se aproximó al conde y le alargó la mano, que este oprimió con violencia, clavando al mismo tiempo en el semblante de Silva una mirada llena de ódio.

—Le comprendo á usted, dijo en voz baja para evitar ser oído del marqués: mañana á las ocho de la noche espéreme usted aquí.

En aquel momento el marqués que aparentaba mirar las pipas que guarnecian los lienzos de pared cercanos á la ventana, se volvió clavando en el conde y en Silva una mirada escrutadora: pero ya no pudo descubrir la expresion iracunda del esposo de Clotilde, ni la amarga sumision del abogado; pues ambos habian revestido de nuevo sus semblantes de aquella apacible indiferencia que es la máscara de la sociedad.

—Cuando usted guste, querido Cárlos, dijo Fernando dirigiéndose al marqués.

—Agradezco á usted en el alma, amigo mio, el que me haya proporcionado la ocasion de ofrecer mi afecto al señor Silva, dijo á su vez el conde, hablando con el marqués: nunca se me ha hecho una presentacion que me haya sido mas agradable.

—Yo le agradezco tambien tan lisonjeras frases por Silva y por mí, contestó el marqués con aquella sonrisa tan dulce y seductora en la apariencia; pero que en realidad estaba preñada de maldades.

Ambos amigos volvieron á estrechar las manos del conde que les acompañó hasta la puerta con la sonrisa en los labios.

Mas así que hubieron desaparecido, se apoyó en un sillón, cubrió su rostro con ambas manos, y prorumpió en roncós sollozos.

El hombre de mundo habia triunfado de su dolor en medio de la sociedad.

El esposo, el padre, cedia ahora á aquel dolor inmenso, asolador, que producen solo las heridas de la honra, y que es el verdugo de todas las ilusiones y de toda la felicidad de la vida.

Durante algunos minutos el conde permaneció en aquella postura que indicaba sobradamente la desesperacion de su alma; luego, sin descubrirse el rostro como si le abrumase su propia vergüenza, se dejó caer en uno de los asientos que sus convidados habian ocupado en derredor de la mesa de fumar.

—Yo soy, murmuró entre ahogados gemidos, yo soy el hombre que ayer se juzgaba el mas feliz del mundo! Yo tenia una fé ciega, una fé ardiente en la virtud y en el amor de la compañera de mi vida! Yo era envidiado de todos, y á todos podia decir con el orgullo en la frente y la sonrisa en los labios: ved ahí en ese ángel de hermosu-

ra á la santa madre de mis hijos!... Y hoy... hoy... toda mi ventura se la ha tragado el infierno, y solo veo en derredor mio tinieblas y muerte!...

El conde como horrorizado de sus propias palabras, separó las manos del rostro, miró en torno suyo con desencajados ojos; nadie hubiera conocido en aquel hombre, sombrío y desfigurado por la mas honda desesperacion, al conde D... dos horas antes tan alegre, tan hermoso y tan feliz.

—¿Desde cuándo se me está engañando? se preguntó á sí mismo levantándose y cruzando á largos pasos la estancia: ¿desde cuándo se conocen? ¿desde cuándo se aman? ¿cómo la he visto tranquila y feliz en los dos años que vive á mi lado, albergando la voraz pasion que ese hombre parece inspirarla? Porque no hay duda, no, su nombre se escapó de los labios de Clotilde con un acento de amor! yo la ví perder el color, temblar y mirarle como fascinada... yo conté con ávidos ojos cada una de las palpitaciones de su corazon, y ví que se le queria salir del pecho... Oh! cuánto debe amarle... cuánto!... Desgraciado... desgraciado de mí! Desgraciados de vosotros, hijos míos! pobres hijos míos!

El conde permaneció sollozando durante algunos segundos: poco á poco sus gemidos se fueron apagando y cesaron del todo: entonces se levantó, arregló con la mano sus hermosos y desordenados cabellos, pasó por la frente cubierta de sudor su pañuelo de batista, y salió cerrando la puerta.

Dirigióse al cuarto de su mujer en el cual estaba Avelina, la primera de sus camareras, encendiendo las bujías, pues la condesa ya no podia tardar en volver del teatro.

—Acaba pronto y márchate, dijo el conde dejándose caer en un sillón dorado de los muchos que se veían diseminados en aquella elegante estancia.

Avelina le miró asombrada; pero demasiado acostumbrada á la prudencia, á esa prudencia que en los criados de casas grandes suple á la buena educacion, acabó de encender los candelabros y salió, cerrando sin ruido la puerta.

## V.

### LA ÓPERA.

Retrocedamos un poco, si te place, lector mio, y vamos á ver de qué modo pasó Clotilde en el teatro el tiempo que su esposo ocupó en su casa entregado á la desesperacion mas amarga.

Cuando ella y la duquesa entraron en el palco, todos los lentes se fijaron en ambas.

La duquesa de Rio-Claro era una de las mujeres mas á la moda de Madrid, una de esas mujeres sin edad y que, á despecho de los años, aparecen siempre espirituales, coquetas y graciosas.

Aparentaba treinta años, aunque sus enemigos, que



no eran pocos, sostenían que pasaba ya de los cuarenta.

Por lo demás, Juana, duquesa de Río-Claro, no era hermosa ni denotaba que lo hubiera sido jamás; pero poseía ese encanto, esa gracia muelle y descuidada, ese arte de embellecerse, esa coquetería provocadora y digna al mismo tiempo, que por mas que los franceses quieren atribuírsela á sus mujeres solo se encuentra en las damas españolas.

No sabré explicarte, lector mio, cuánta impaciencia me causa el ver el afán con que se quiere imitar en nuestra patria todo lo que hacen los franceses: si los que caen en tan ridícula manía se detuviesen á observar un poco, verían que casi todo lo bueno que aquellos tienen está tomado de nuestras costumbres, de nuestras tradiciones, de nuestra particular y digna educación, y que les damos una importancia que no merece copiando sus futilidades al mismo tiempo que ellos se desviven por imitarnos.

Tienen, sin embargo, mas astucia que nosotros, porque ellos nos copian en lo bueno y afectan despreciarnos, al mismo tiempo que nosotros nos vamos maleando con sus escentricidades, profesándoles, porque nos las dejan apreciar, mucho agradecimiento.

En cuanto á las mujeres, jamás tendrá nada que ver la dama española con la *madame* francesa: ni en la parte moral ni en la física se puede encontrar la menor analogía, recayendo toda la ventaja de tan absurda comparación en favor de nuestras damas.

La duquesa, sin embargo, era una de esas mujeres to-

da arte, como generalmente se dice; pero es fuerza conceder que su arte consistia en aparecer realmente encantadora.

Apenas hubiérais podido espresar lo que os agradaba en ella, pero si hubiérais podido asegurar que os hechizaba todo: su tez blanca era pálida y tersa como el nácar; sus ojos de un color verdoso como cambiantes azules, eran dulces, alegres y llenos de viveza, hermanando estas tres espresiones, tan distintas entre sí y tan irresistibles todas: su boca, algo grande, era en extremo fresca y hermosa y estaba guarnecida de una preciosa y diminuta dentadura, que enseñaba continuamente por la frecuencia con que se reía.

La duquesa tenia el cabello algo escaso, y para disimular esta falta le llevaba cortado á la altura del cuello y rizado graciosamente como las antiguas romanas. De este modo su estrecha frente parecia hermosísima; guarnecida de anillos lustrosos de un rubio oscuro y un tanto encendido.

La estatura de Juana era pequeña y sus formas redondas, lo que le daba una apariencia encantadora de juventud y de frescura: nada mas bonito y seductor que sus torneados brazos y su garganta redonda y trasparente como el cristal cuajado.

Llevaba un traje de raso azul guarnecido de encajes blancos: un ramo de rosas blancas sujetaba la berta en el pecho, y otros dos iguales recogian las mangas cerca del hombro: ceñia su rizada cabeza una corona de las mis-

mas flores, y lucia un soberbio aderezo de perlas de gran tamaño.

Clotilde era mucho mas hermosa que la duquesa; pero su aire de inocencia y sus cándidos veinte años no perjudicaban en nada á la seductora coquetería de Juana y menos aquella noche en que la condesa parecia abrumada por un profundo pesar.

Algunos jóvenes de la alta sociedad ocupaban un palco bajo, enfrente de las dos amigas.

—¡Qué dos mujeres tan bellísimas! exclamó el marqués D'Arnonville, jóven francés casado con una española, y que hablaba bastante mal el hermoso idioma de Cervantes.

—Lo son en efecto, contestó otro jovencito que no pasaba de diez y siete años, y que ya lucia en uno de los ojales de su frac la cruz de San Juan.

—¡Parecen francesas! continuó D'Arnonville con esa fatuidad nacional tan propia de nuestros vecinos.

—No diga usted disparates, querido, repuso con irónica sonrisa el príncipe de Cellemare, que entrando en aquel instante en el palco habia oido las palabras del marqués; sé de quien habla, continuó el príncipe tomando asiento, y le afirmo que no se asemejan en nada ni á las francesas ni á las mujeres de ninguna nacion; son españolas y nada mas.

—¡Qué aire de tristeza tiene esta noche la condesa! dijo el jóven conde de la Bárcena, que era uno de los concurrentes, dirigiéndose á Cellemare; jamás la he visto así.

—Es que esta noche la ha afectado dolorosamente un acontecimiento imprevisto, contestó el príncipe.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Como que la ocurrencia ha tenido lugar delante de mí.

—¿Visita usted su casa, príncipe? dijo D'Arnonville con interés.

—Sí, estimo mucho al conde su esposo, aunque hace poco tiempo que fui presentado á él.

—¿Seria usted tan bueno que quisiera presentarme á la condesa?

—Ya he dicho que solo visito á su esposo.

—Es usted poco complaciente, repuso D'Arnonville, disimulando su contrariedad bajo una amable sonrisa; pero, añadió, ¿no podriamos saber el acontecimiento que ha desazonado á la condesa esta noche?

—Sí, por cierto: el marqués de la Oliva ha presentado en su casa á un jóven abogado muy conocido en la buena sociedad de Madrid: á Fernando de Silva.

—Le conozco en efecto, dijo el jovencito con ese aire de petulancia del niño que se empeña en ser hombre.

Los demás se contentaron con hacer un signo afirmativo.

—Pues bien, continuó el príncipe; la condesa que creia que las personas que habian comido con su esposo se habian retirado ya, entró en su habitacion á decirle no sé qué, y se turbó en extremo al hallarse entre ocho ó diez hombres desconocidos todos para ella.

—No lo dudo, dijo el francés; se dice que sus costumbres son en extremo inocentes y que vive bastante retirada.

—Pues bien, apenas había podido vencer su hechicero rubor y se preparaba á hablar, fijó los ojos en Silva, y la palabra espiró en sus labios dolorosamente contraídos por un agudo dolor.

—Es extraño! murmuró el conde de la Bárcena.

—No es extraño, repuso el príncipe; la condesa cayó desmayada, y el conde nos dijo que aquel trastorno provenía de la dolorosa impresion que había producido á su esposa la vista de Silva, quien se parece mucho á un hermano de la condesa que se ahogó en el mar.

—Un hermano de la condesa! repitió asombrado el conde de la Bárcena: Clotilde no ha tenido jamás ningun hermano.

Demudóse el espresivo rostro de Cellemare al oír estas palabras, conociendo que, sin quererlo, había abierto una herida mortal en el honor de Clotilde.

—¿Qué dice usted? exclamaron todos los concurrentes con ese afan odioso que la sociedad emplea para descubrir los dolores mas ocultos: ¿no ha tenido hermanos la bella condesa?

—Ninguno; la condesa es hija única.

—Pues entonces algun misterio debe ocultarse tras el desmayo! exclamaron burlescamente los circunstantes.

—Ese Silva será sin duda algun amante temerario, que por ver á la condesa lo habrá querido arriesgar todo.

—Eso no es creíble, señores, dijo con seriedad el conde de la Bárcena; Clotilde es amiga íntima de mi hermana y conozco su virtud.

Cellemare clavó una mirada de agradecimiento en el joven conde, y después, dando á sus ojos una significativa expresión, dijo:

—¿Quién sabe si sería algún hermano natural ese hombre que se ahogó?

—En efecto, repuso el conde, que comprendió la expresión de los ojos de Cellemare: ahora recuerdo que el duque de B... su padre, tenía un hijo natural que era un gallardo marino y á quien ella amaba mucho: mas, como entre nosotros, los hijos que no tienen derechos legítimos á la casa ó á los títulos de la misma, entran por poco, me había olvidado de él.

En aquel instante apareció el marqués de la Oliva en el palco que ocupaba Clotilde, y esta se volvió sobresaltada. Cubrióse su rostro de intensa palidez y casi instantáneamente se vistieron sus facciones de un encendido carmin.

Afortunadamente para la pobre condesa, el telon se levantó en aquel instante, y los jóvenes del palco de enfrente se volvieron hácia el escenario sin echar de ver la agitacion que la dominaba.

Cantaba aquella noche una de las artistas mas eminentes que han pisado nuestra escena, y la misma duquesa de Río-Claro, que ordinariamente jamás volvía ni por distraccion los ojos al escenario, fijó entonces toda su

atencion en él.

Mas la pobre Clotilde no vió siquiera que el telon se habia levantado: una indescriptible espresion de enojo y de desprecio se pintaba en sus bellas facciones, haciendo un doloroso contraste con los suaves contornos de su rostro.

El marqués de la Oliva ostentaba un aire triunfante: dió la mano sonriendo dulcemente á la duquesa, inclinóse con un respeto lleno de ironía delante de Clotilde, y tomó asiento á su lado, colocándose un poco á su espalda.

El príncipe de Cellemare, que atraído por un interés tan noble como irresistible, no quitaba los ojos del palco de la condesa, la vió temblar y vió tambien que el rojo color que cubria sus mejillas se hacia mas arrebatado.

—¿Qué tiene usted esta noche, condesa? preguntó en voz baja el marqués de la Oliva, tomando para hacer esta sencilla pregunta el aire mas á propósito para que el público creyese que dirigia á Clotilde alguna atrevida galantería.

—Tengo, caballero, una indignacion que no sé describir al ver á usted cerca de mí, respondió Clotilde tambien en voz baja y contenida.

—¿Qué he hecho á usted, pues?

—¿Y tiene usted la osadía de preguntármelo?

—¿Acaso la he ofendido presentando en su casa á su antiguo amante? preguntó el marqués con aire zumbon.

—Es usted un infame! fué todo lo que Clotilde, sofocada por el llanto, pudo contestar.

—¿No me ha despreciado usted? ¿No se ha burlado de

mi amor? dijo el marqués siempre en voz baja: ¿pensaba usted, continuó, que yo me resignaría con sus desprecios y que la dejaría en libertad? pues no lo espere usted, señora! todo cuanto he podido hacer ha sido tratar de olvidarla: no lo he conseguido, y ahora necesito... ó que me ame usted... ó vengarme!

—¿Pero qué venganza ha de tomar usted de mí, caballero? y además, ¿qué le he hecho? ¿cómo quiere usted que le ame si ya no soy libre?

—Sin ser libre ama usted aun mucho á Fernando de Silva.

—Miente usted, exclamó Clotilde olvidando ya toda moderacion y alzando la frente con orgullo: no amo mas que á mi marido... Si temblé al verle, si perdí el color, es que el recuerdo de lo que le había amado se alzó en mi alma poderoso y fuerte, evocado de repente por la infame alevosía de usted.

—¿Llama usted alevosía á que haya presentado en su casa al señor Silva? ¿qué sabia yo de esos lazos que habian unido á ustedes? El esposo de usted me convidó á comer estando yo con Fernando de Silva, y este, que poco antes le había sido presentado por mí, fué incluido tambien en el convite: ¿qué hay de alevoso en todo esto?

—Usted sabia algo de nuestras relaciones de hace tres años, caballero! exclamó Clotilde con profunda conviccion. Oh! prosiguió, conozco á usted bien, y sé que nunca hace nada sin una torcida intencion, y que cada una de sus acciones es una maldad calculada de antemano.



—Y bien, sí, sabía, porque Fernando me lo había confiado, que su primero y único amor había sido una joven llamada Clotilde, hija del duque de B... mas aseguro á usted que al presentarle en su casa no me acordaba ni del nombre de usted ni del de su padre; pero demos aquí punto á esta conversacion, que me parece molesta á usted, condesa, dijo el marqués levantándose y apoyándose con familiaridad en el respaldo del asiento de Clotilde; ya sabe usted que la amo; y á le he dicho que he tratado en vano de olvidar á usted: necesito, pues, que me ame, ó voy á descubrir á su esposo que Fernando de Silva ha sido su amante desde que usted se casó.

—Pero eso es una calumnia abominable! exclamó la infeliz joven palideciendo de nuevo y juntando las manos con terror; yo no he visto á Fernando desde dos meses antes de casarme hasta hoy! él me abandonó... él rompió cobardemente y solo por orgullo los lazos de nuestro amor bajo el pretexto de que jamás podría unirse á mí, por la desigualdad de nuestras fortunas; y yo ahora amo sinceramente á mi marido, al padre de mis hijos!

—Lo creo; pero nada de eso puede hacerme desistir de mi empeño, Clotilde: ó paga usted mi amor, ó envío esta noche misma esta carta á su esposo.

—Pero ¿qué le dice usted en ella? Dios mío! exclamó Clotilde llena de terror y echándose hácia atrás como si la fuera á morder una serpiente.

—Poca casa: que sostiene usted relaciones criminales con Silva, lo cual creerá fácilmente, pues la escena de es-

ta noche le ha afectado mas de lo que usted puede pensar.

—Yo le diré la verdad.

—¿Qué importa la verdad algunas veces, y sobre todo, cuando la mentira es manejada por un hombre tan diestro como yo? ¿de qué modo se borra la huella de la primera sospecha en el corazon de un hombre amante y honrado como el conde? Señora, usted es aun casi una niña, y demasiado pura é inocente para comprender la profunda huella, la herida mortal que ha dejado su desmayo de hace poco en el corazon de su esposo! Desde hoy se acabó su confianza, la tranquilidad de su alma y la paz de su corazon! Puede usted hacerle creer que desde que se casó con él no ha visto á Fernando... aunque le será difícil por la estrema libertad en que su confiado cariño ha dejado á usted... pero persuadirle de que no le ama usted, le será imposible, porque usted no sabria persuadir con una mentira.

—¿Luego cree usted que le amo?... murmuró con terror la inocente jóven.

—Que si le ama usted!... borbotó el marqués cerrando los puños con furor; en su alma, señora, imperará siempre ese primer amor; cifró usted en él todas las esperanzas de su vida y no es posible que vuelva á querer otra vez: en almas como la de usted no hay mas que un solo amor; los demás son pálidos reflejos del primero... eso lo sabe el conde tan bien como yo, y desde hoy sabe así mismo para su tormento, que usted ha sentido antes de conocerle esa primera y única pasion.

—¿Qué tiene usted, querida? dijo la duquesa que, vol-

viéndose casualmente, advirtió el extremo abatimiento de Clotilde.

—La condesa se siente mal, contestó el marqués al ver que la pobre jóven no podía levantar la frente que tenia caida sobre el pecho: si me lo permite usted, duquesa, la acompañaré á su casa en mi coche.

—Es muy justo, dijo Juana distraida y sin separar sus lentes del palco que ocupaba poco antes el príncipe de Cellemare; pero, añadió, estoy mirando que hace una hora que ha salido de su palco ese hermoso toscano, que segun dicen es un príncipe, y no ha vuelto á parecer.

—¿Es usted tambien de sus apasionados? preguntó el marqués anhelando entretener á Juana para que no advirtiese el estado de la condesa.

—Sí por cierto, contestó jovialmente la duquesa; se parece tanto al Tasso, que una mujer con pretensiones de pintora como yo, debe admirarle.

—¿Quiere usted la paz? preguntó el marqués á Clotilde en voz baja.

Esta no contestó: la desdichada nada oía: creia ver un abismo abierto ante sus piés que la iba á tragar.

El marqués dejó brillar en sus azules ojos un gozo cruel, y repitió:

—¿Quiere usted la paz?

—Hijos míos, mis pobres hijos! murmuró Clotilde entre un seco y dolorido sollozo.

—Por ellos al menos, acepte usted la paz.

—Hijos míos! repitió la condesa con el corazón lacera-

do por el mismo pensamiento que en aquel instante destrozaba el de su esposo.

—Veo que quiere usted la guerra, continuó el marqués con feroz dureza; pero, añadió, mire usted que la lucha será muy desigual, y que perecerá usted en ella; señora, usted es demasiado buena é inocente, yo soy un malvado! y para que mis armas sean mas poderosas, nadie, á no ser usted, me conoce por tal.

—Déjeme usted ya! exclamó Clotilde levantándose con ímpetu y lanzándose á la puerta sin pensar siquiera en que estaba allí la duquesa.

—Permítame usted, señora, que la acompañe á su casa, dijo á esta sazón el príncipe que de pié en el umbral casi la recibió en sus brazos.

—Caballero, exclamó el marqués rojo de cólera; esta señora había aceptado ya mi coche y mi compañía.

—Miente usted, repuso Cellemare con voz fuerte y sonora.

El marqués levantó la mano para descargar un bofetón sobre el que le hacía tal injuria, pues su maldad no era cobarde: mas el príncipe le sujetó el brazo con una rapidez y una fuerza extraordinarias, y continuó sonriendo con serenidad:

—Le doy por recibido: envíe usted al conde esa carta que tiene preparada para él, y en seguida aguardeme usted aquí en la plaza del Rey, pues así que deje á la condesa en su casa volveré... para matarle.

Tomó al decir esto la helada mano de Clotilde y la co-

locó en su brazo: mas esta accion, que hubiera podido calificarse de atrevida, estaba escusada en aquella ocasion por el excesivo abatimiento de la jóven, y por la gracia y mesura con que la acompañó.

En seguida bajaron la escalera; el coche de Cellemare esperaba á la puerta, pues Clotilde habia venido con la duquesa y no tenia el suyo.

Cellemare ayudó á la condesa á subir al carruaje, subió él despues y dijo al cochero:

—Al palacio del señor conde D....

Estas palabras terminaron, al parecer, el agonizante estuper de Clotilde, quien rompió en amargo llanto.

—Animo, señorial exclamó el príncipe: hoy he visto á usted por la vez primera; pero me intereso vivamente por su dicha y por la de su esposo que es mi amigo: así que llegue usted á su casa, créame usted, cuéntele con franqueza toda su vida pasada: ábrale su corazon: nadie puede alentar á usted como él, y en nadie hallará usted un amigo mas generoso.

—¡Pero esa carta!... esa carta!... murmuró con agonía la condesa.

—No pude quitársela á ese malvado, porque lo primero era salvar á usted del escándalo que empezaba á causar su agitacion: toda la concurrencia que llenaba el teatro, habia reparado ya en el estado de usted; no obstante, ¡si yo pudiera evitar que llegase!...

Y el príncipe se lanzó á uno de los cristales del coche, le abrió y gritó al cochero:

—Pon al trote los caballos.

El cochero obedeció y los soberbios animales sacaron mil chispas del pavimento con sus herrados cascos.

En aquel momento, otro coche á galope, pasó rozando con el del príncipe.

Este lanzó una exclamacion de dolor, al mismo tiempo que la condesa reconociendo la librea verde del marqués de la Oliva, murmuró señalando aquel coche con profundo terror:

—Ahí va la carta! ahí va!...

En efecto, á través de los cristales se veia á un criado del marqués, que en pié en el fondo del coche, miraba ávidamente hácia la calle.

Cuando pasó el carruaje junto al del príncipe, el criado se asomó á la ventanilla y gritó:

—A escape!

—A escape! gritó el príncipe á su vez.

Ambos carruajes partieron como dos flechas, sin cuidarse de las multas que, para tales casos, tiene impuestas la autoridad.

Ambos volaban como llevados por el viento: mas el del marqués llevaba algunos pasos de delantera.

Hubo un instante en que el del príncipe consiguió alcanzarle: mas el tiro del marqués de la Oliva era tan fogoso y valiente, que bien pronto le aventajó de nuevo.

Detúvose, sin embargo, al empezar la calle del Sordo, que era donde estaba situado el palacio del conde: y en el mismo instante saltó al suelo el criado que hemos visto

en el fondo del coche, echando á correr hácia el palacio.

Los pobres caballos cubiertos de espuma y de sudor, respiraron con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando el carruaje del príncipe paró á la puerta del palacio, ya habia entrado en él el mensajero.

En el anchuroso patio esperaba un chico haraposo de esos que pululan por todas partes en Madrid vendiendo fósforos y billetes de lotería.

Así que vió la librea verde del criado, se lanzó á él.

—Venga la carta y los cuartos, dijo.

—Sube la carta y ven á encontrarme al coche que estará parado á la entrada de la calle, dijo el lacayo.

El muchacho tomó la carta y el criado desapareció.

El príncipe, ocupado en ayudar á apearse á la condesa, que estaba en extremo quebrantada, no vió, á pesar del cuidado con que sus miradas registraron el patio y el vestíbulo, no vió, digo, otra persona al rededor, que un muchachuelo haraposo apoyado contra la puerta, y que le dijo con voz doliente:

—Una limosnita, señor, por Dios!

Cellemare echó una moneda de plata en la ennegrecida mano del chico y dijo al oido de Clotilde:

—Animo, señora! el coche se ha detenido por no sé qué accidente: quizá se ha roto: el portador de la carta debe estar dentro de él, y ahora juro á usted que la carta no llegará: tenga usted valor y adios.

Nada contestó Clotilde: subió lentamente la escalera y se dirigió á su habitacion, cuya puerta le abrió Avelina.

Mas no bien se hubo vuelto á cerrar, no bien sus do-  
cipientes ojos se tendieron por la habitacion, lanzó un grito  
de angustia y de terror.

En pié, junto á la chimenea, pálido, inmóvil, rígido y  
severo habia columbrado á su esposo.

Aquel grito desolado, que se habia arrancado del pe-  
cho de Clotilde, fué á terminar á los piés del conde, donde  
cayó suplicante y temblorosa.

## VI.

## PÁGINAS DEL CORAZON.

Una espantosa llama se encendió en los ojos del conde  
y fulguró durante algunos segundos: era la ira que ardia  
en su corazon como el cráter de un volcan.

Hubo un instante en que levantó su puño crispado  
sobre la cabeza de su esposa como si hubiera querido ani-  
quilarla.

Pero aquella mano volvió á caer sin tocar la hermosa  
cabeza que habia amenazado: apagóse el fuego de los ojos  
del conde y las facciones de este tomaron cierto carácter  
de amarga serenidad.

Guardó silencio por espacio de algunos instantes, co-  
mo si hubiera querido ahogar completamente los rastros  
de un furor indigno y agresivo, y luego dijo á su esposa  
con voz firme:

—Levántese usted.



La pobre joven obedeció y permaneció delante de él inmóvil, y con la cabeza doblada sobre el pecho.

Durante algun tiempo volvió á reinar el silencio.

Clotilde no tenia palabras.

Su marido buscaba sin encontrar las que necesitaba, y no podia separar sus ojos de aquella mujer que le parecia mas bella, mas joven, mas encantadora que nunca.

A pesar de su enojo, el abatimiento de Clotilde, aquel abatimiento, que, si probaba su crimen, probaba tambien hasta qué extremo desconocia el arte del disimulo, le enternecia profundamente, disipando á su pesar las negras nubes que invadian su alma.

Mas aquella emocion no duró largo rato: bien pronto el recuerdo de su perdida felicidad, las memorias de sus pasadas ilusiones volvieron á encender en su alma un furor que le devoraba y hacia hervir toda su sangre.

Pudo empero volverse á dominar, y dijo á Clotilde señalándole un sillón:

—Siéntese usted.

Esta obedeció, paciente y muda, la segunda órden como habia obedecido la primera; pero su conmocion, producida por la difícil posicion en que se encontraba y su espanto, originado por la excesiva timidez y blandura de su carácter, se habian un tanto disipado, y al ocupar el asiento pudo fijar en el semblante de su marido sus dulces ojos.

Aquellas nobles facciones, aquella mirada, cuya bondad tenia tan conocida, acabaron de estirpar de su alma

las sombras del terror y llevaron la serenidad á su ánimo.

Los afectos profundos y legítimos son otros tantos consoladores del alma.

—Augusto, dijo Clotilde mirando á su marido con alguna emoción, pero también con aquella tranquilidad que emana de la conciencia; te doy gracias por haberte anticipado á mis deseos esperándome aquí. Yo deseaba mucho explicarte lo que ha sucedido poco há, y tú sin duda adivinándolo has venido á encontrarme para oír esta explicación.

—La espero, señora: repuso el conde friamente.

—Oyeme, pues, Augusto; continuó la condesa juntando sus manos con una gracia llena de encanto y sencillez; óyeme y cree lo que te diga, porque nunca he sabido mentir: mi sola culpa consiste en haberte callado mis primeros é inocentes amores; pero mi padre me mandó que así lo hiciera creyendo en su orgullo que me degradaba confesándote que había amado á un jóven sin títulos de nobleza y sin fortuna.

—¡Luego le ha amado usted! exclamó el conde sordamente.

—¿A qué negarlo? contestó Clotilde sin reparar en la expresión que habían tomado las facciones de su marido, y ocupada solo en recordar todas las circunstancias de sus adolescentes amores; sí, continuó elevando al cielo sus rasgados ojos, á través de cuya húmeda llama, se veía radiar toda la ternura de sus recuerdos: sí, Augusto; yo creo que le amé, puesto que por él desobedecía á mi

padre, y le veía cada noche á través de las rejas de mi cuarto.

Pero Fernando no era de mi clase y hubiera sido imposible además que mi padre hubiera permitido que me casara con él, no habiendo cumplido yo todavía diez y seis años.

—¿Dónde le conoció usted? preguntó el conde dominándose porque deseaba saberlo todo y conocía que su esposa perdía el hilo de su narracion, dejándose llevar del entusiasmo de sus recuerdos.

—Le conocí en Valencia, contestó Clotilde: yo vivía con mi padre en la ciudad, cerca de la cual radica como sabes, casi todo el patrimonio de mi madre, oriunda de aquel país: Fernando vivía con su familia en Segorbe, pequeña ciudad del mismo reino.

Una mañana de estío salí yo de Valencia con mi padre para dar un paseo á caballo: Fernando había salido con el suyo del Grao, donde á la sazón se hallaba, con el mismo objeto; nos encontramos en el camino... ¡jamás, exclamó la jóven interrumpiéndose con sublime inocencia, jamás he visto despues una mirada que pueda compararse á la que me dirigió Fernando!... palpité mi corazón con una fuerza inusitada y mis mejillas se encendieron y estubo á punto de caer desvanecida de mi caballo!

Detúvose la jóven un instante pasando por su frente, enrojecida con el calor de los recuerdos, su mano blanca como el alabastro.

El desdichado esposo se desgarró el pecho hundiendo

en él sus dedos crispados por el dolor.

Aquel hombre veía desvanecerse todos sus sueños de ventura, todas sus esperanzas de felicidad.

La única mujer á quien había amado, la única á quien podía amar, la madre de sus hijos, le abría su corazón por vez primera, mostrándole henchido de otro amor y desgarrando con cada palabra una de sus más queridas y gratas ilusiones.

¿Qué importaba que ella misma ignorase la existencia de aquel amor? ¿Qué importaba que su inocencia le impidiese conocer su extensión, si no era por eso menos grande, menos fogoso?

Jamás hasta entonces se había revelado el alma de Clotilde: su excelente y un tanto mística educación, su hermosa índole y la dulzura de sus sentimientos le habían impedido mostrar toda su energía y toda la pasión que era capaz de contener: su vida en los dos años que llevaba de matrimonio, se había deslizado sin luchas, tranquila y apacible: el acero no había chocado con el imán, y el infeliz esposo conocía por primera vez cuánto podía sentir aquella virgen y rica naturaleza y cuanta pasión era capaz de contener aquel corazón tan bueno y sensible.

El llanto amargo de la desesperación acudió á sus ojos: pero se dió prisa á tragarlo antes de que asomase, y esperó con aparente calma á que su esposa continuase.

Esta lo hizo así:

—Desde aquel día Fernando siguió todos mis pasos:

procuró hacerse presentar en mi casa; pero mi padre, á cuya perspicacia no se escapaba lo que pasaba en su corazón, se negó á recibirle y cortó de golpe y sin consideracion alguna las relaciones corteses, pero frias, que habia sostenido con el padre de Fernando.

Yo no tenia madre y por eso su vigilancia era tan celosa y tan severa. Fernando vió cerrados todos los caminos que podian acercarle á mí y tuvo que contentarse con hablarme cada noche por la ventana de mi cuarto, que daba á una calle solitaria: yo no sé como habia logrado interesar á Agueda, mi nodriza, que dormia en mi misma habitacion, y en cuyo celo tenia mi padre una illimitada confianza.

—¡Pasó usted, pues, por todos los trámites de la seducion mas vulgar! exclamó amargamente el conde. Y qué, ¡señoral! ¿no halla usted una sola circunstancia atenuante que decirme? ¿Hubo solo lo que siempre, es decir, criados sobornados y coloquios al aire libre por la noche?

Clotilde no contestó: la pobre niña conocia que alguna cosa horrible pasaba en el alma de su marido, mas solo era su instinto el que se lo avisaba, y únicamente pedia darse cuenta de un presentimiento.

En cuanto al conde, dominóse de nuevo y dijo con aspereza:

—¡Prosiga usted!

—Augusto, repuso con dulzura la condesa, tú no querás que mienta, ¿no es verdad? Si te incomoda mi narracion, callaré... ¡pero seria tan feliz contándotelo todo!

¡quedaria mi corazon descargado de un peso tan enorme!  
—¡Prosiga usted! repitió impasible en la apariencia el conde.

La jóven cruzó sencillamente sus manos sobre las rodillas y su móvil fisonomía, que habia reflejado durante algunos instantes una profunda afliccion, se tornó de nuevo tranquila, apacible, casi sonriente.

Parecia imposible que aquella jóven, casi adolescente, fuese la pobre y abatida criatura que sucumbia á su dolor poco antes en el fondo del palco en el teatro del Circo.

No era estraña semejante transformacion: en el alma pura de Clotilde el cumplimiento de un deber era el mayor de todos los placeres y ella creia cumplir con uno muy sagrado abriendo á su esposo por entero su corazon.

Entretanto en el alma fogosa del conde se alzaba una tremenda tempestad y su corazon se agitaba en un piélagos de fuego que le devoraba.

Clotilde fijó en el semblante de su marido sus hermosos ojos y continuó de esta manera:

—Los calores del estío se aumentaron y al mismo tiempo la falta de sueño, pues pasaba las noches enteras hablando con Fernando á pesar de Agueda que asistia siempre á nuestras entrevistas: la falta de sueño, digo, y el rigor de la estacion, alteraron mi salud de un modo tan sensible, que mi padre consultó á los médicos mas afa-  
mados de Valencia, quienes declararon unánimemente que estaba amenazada de una enfermedad de pecho.

Aconsejéronme los paseos á caballo, y Fernando, á

quien avisé de lo que ocurría, me propuso salir todas las mañanas acompañada de Antonio, el hijo de mi nodriza; él debía esperarme en la alameda en una plazoleta rodeada de bancos de piedra y sombreada por grandes árboles, y allí tendríamos libertad para hablarnos, pues Antonio estaba ganando por él.

Yo consentí en todo: Fernando tenía sobre mí un poder irresistible: privada de mi madre, á quien no había conocido, y acostumbrada á los modales ásperos de mi padre, que si bien me amaba, jamás me lo daba á conocer, la ternura y las dulces palabras de Fernando me fascinaban como un encanto poderoso y hasta entonces desconocido.

Todas las mañanas, al dar las cuatro, me vestía Agueda: Antonio tenía en el patio dos caballos del diestro: saltaba yo sobre el uno y él me seguía en el otro.

Dirigíamonos al sitio indicado donde ya nos esperaba Fernando, que había atado su caballo al delgado tronco de un álamo.

Antonio se separaba algunos pasos ó iba á aguardarnos á un pueblecillo inmediato, y nosotros pasábamos tres horas que nos parecían tres instantes.

Además nos veíamos por la noche: Fernando no quería renunciar á ningún medio de hablarme, mas su natural tristeza se iba aumentando día por día, y uno le dirigí algunas preguntas acerca de la sombría expresión de su semblante.

—Clotilde, me contestó tomando mi mano, tengo or-

gullo y sufro mucho al pensar que solo puedo verte á hurtadillas y ocultándome como un malhechor.

Calló esperando mi respuesta, pero yo no supe darle ninguna.

—¿Quieres casarte conmigo? me preguntó tras algunos instantes de vacilacion.

—¿Qué es eso de casarse? repuso ásperamente mi nodriza acercándose á nosotros: sepa usted, señor de Silva, que jamás podrá usted casarse con esta niña. Hola! No faltaba mas! ¿Son estos los fines de usted? ¿Lo que yo creia una inocente aficion de niños no era otra cosa por parte de usted que un ambicioso cálculo? ¿Le han enamorado á usted sus tres millones de dote, eh? Pero yo avisaré al señor duque, quien espantará á usted de buena manera!

Luego me separó con violencia de la ventana y la cerró de golpe.

—No llores, hija mia, continuó: ese hombre no te quiere: es un hombron sin delicadeza... yo no había sospechado que él tuviese codicia hasta ayer que oí una conversacion entre dos señores que habia en la sala... porque toda la ciudad sabe vuestras relaciones: aquellos dos señores, á quienes no conozco, hablaban pestes del señor Silva, diciendo que queria hacer olvidar lo oscuro de su nacimiento y su plebeya fortuna atrapándote para su esposa... desde entonces dije yo para mi sayo: sí... fresco está se las tiene que haber conmigo!... Yo... ya se vé... como te quiero tanto, solo traté de darte gusto permitiendo que te hablase en mi presencia y á través de la reja... pensé



que era hijo del conde F... de Segorbe, como me dijo el bribon de su criado; pero ahora, ni su sombra se arrimará á las paredes de esta casa.

En efecto, prosiguió Clotilde á cuyos bellos y rasgados ojos asomó una lágrima que se suspendió de sus largas pestañas como un diamante; en efecto! desde aquel día, no pude volver á ver á Fernando!... Agueda me espiaba con un celo cruel... y por mas que le escribí, creo que mis cartas no llegaban á sus manos: sin embargo, un dia que sentada yo junto á la reja de mi cuarto, testigo de nuestras promesas de amor, lloraba traspasado mi corazón por la amargura de los recuerdos, sentí deslizarse una mano en la canastilla de labor que habia puesto á mi lado y de la cual aun no habia tomado mi bordado.

Levanté la cabeza y ví huir á lo léjos al criado de Fernando.

Loca, delirante, me lancé á la canastilla y saqué con mano temblorosa un billete que leí con ánsia y que estaba concebido en estos términos:

«Clotilde: es en vano que se moleste usted escribiéndome cartas que no he de leer, y que no miro siquiera: conozco hoy lo que mi locura no me dejó conocer antes: que es usted superior á mi en nacimiento y en fortuna, y que esta desigualdad pone á nuestro amor una barrera insuperable.

»Olvídeme usted, pues: dé usted su amor á un hombre que sea igual á usted, que yo por mi parte buscaré una mujer cuya cuna y riquezas no escedan á las mías.»

Clotilde recitó esta carta con voz trémula y con las mejillas encendidas: conocíase que aquel recuerdo le despedazaba el corazón y que sufría terriblemente al evocarlo.

El conde devoró con su homicida ansiedad estos síntomas tan fatales para sus esperanzas; y pensó, en tanto que se hundía las uñas en el pecho, hasta qué punto había quedado grabado aquel billete en la memoria de su esposa.

Esta continuó con su dulce candidez:

—Mucho me hizo llorar este billete! Yo amaba aun á Fernando de Silva, y estos renglones venían á arrebatarme mi última esperanza; no obstante, cansada de llorar, el orgullo recobró su imperio y me propuse olvidar al ingrato que en tan poco tenía mi amor.

Empezaba ya á conseguirlo cuando nos conocimos, Augusto: me amaste, y tu cariño cerró para siempre en mi alma las llagas de aquella desgraciada pasión.

Con qué alegría acepté tu mano, y que feliz he sido junto á tí!

Interrumpióse Clotilde al pronunciar estas palabras y fijó sus hermosos ojos en el semblante de su esposo, espíandole la primera señal de ternura y de perdón; pero el conde permaneció sombrío y mudo.

Ella prosiguió con menos seguridad:

—Ya te he referido, Augusto, todo cuanto ha sucedido; soy inocente, pues desde que vivo á tu lado hasta hoy no he vuelto á ver á ese hombre: su vista me ha recordado otros tiempos y me ha causado una honda sensación;

pero ¿puede una pobre criatura, como yo, dominar los impulsos del corazón?

—Luego, señora, repuso el conde amargamente; ¿luego el corazón de usted es del señor Silva? Bella esperanza de felicidad me ofrece usted para el porvenir!

—Por Dios, Augusto, por Dios, no interpretes así mis palabras! ¿Qué más puedo hacer que decirte cuanto siento? Y aunque yo le amara, aunque tu, con tu experiencia vieres ese amor en el fondo de mi alma, ¿quién me protegería contra mí propia, si tu me desamparases? ¿Qué sería entonces de mí? Ah! exclamó Clotilde torciendo con fuerza sus blancas manos al ver la amarga impasibilidad del semblante de su marido; ah! si en mi emoción ha habido crimen, castiga por ella al infame que ha arrojado á Fernando en tu camino y en el mio, solo por vengarse de los desprecios con que correspondo á su horrible amor!

Estas palabras conmovieron un tanto al conde, quien se acercó á Clotilde y preguntó con ansiedad:

—¿De quién quiere usted hablar, señora?

—Del marqués de la Oliva: oh, Augusto! si le hubieras oído esta noche en el teatro, hubieras comprendido hasta qué punto desea ese hombre vengarse de mí!

—¿Pero qué le ha hecho usted?

—Desdeñar sus declaraciones de amor y reconvenirle por su atrevimiento: por eso no ha cesado de buscar un motivo para perderme en tu ánimo: ha podido averiguar por fin mis relaciones de soltera con Silva, y te le ha presentado con la esperanza de que, viéndole yo, sucediese

lo que no podía menos de suceder; que mi conmoción me vendiese y te hiciese creer que le amaba!

—Basta, señora! interrumpió Augusto con voz de trueno: nada quiero saber de lo que concierne á usted, calle ya y escuche lo que tengo que decirle.

—Pero... Dios mío!

—Usted no me ama ni me ha amado nunca: el afecto de usted hácia mí no pasa de una agradecida amistad por los cuidados de que la he rodeado... no me interrumpa usted, Clotilde; no me ama usted, se lo repito: en alma como la de usted, el primer cariño es el que dispone de la existencia y usted no puede olvidar jamás á Fernando de Silva!

—¿Quién se lo ha dicho á usted? gritó Clotilde levantándose con el cabello esparcido y la actitud desesperada. ¿Quién le ha dicho que yo no amo á usted, que amo yo á ese hombre?

—Mi orgullo: el orgullo, Clotilde, es el verdugo de usted, aunque desgraciadamente tiene muy poca entrada en su alma: el orgullo del hombre á quien usted amaba hizo á usted infeliz, pues le obligó á renunciar cobardemente á su mano: el orgullo del hombre que amaba á usted le inspira una valentía que también le obliga á renunciar á usted.

—¿Qué quiere usted decir, Dios mío? Me vuelve usted loca!... exclamó la condesa con profundo terror.

El conde fijó en su esposa una mirada menos dura, conmovido por su acento y actitud: los tres años de felici-

dad que había disfrutado al lado de Clotilde, el apasionado amor que esta tenía á sus hijos, su ternura y el cuidado que la infeliz jóven había puesto desde que se había unido á él, en embellecer su vida, todas estas consideraciones se agolparon á su memoria, y un rayo de alegría brotó en su alma enlutada de negras sombras.

Hallaba una posibilidad de perdonar, y para almas como la de Augusto, conceder un generoso perdón es la mayor de las felicidades y el mas grande de los placeres.

Augusto dió un paso hácia su esposa, y ya estendia sus manos para estrechar contra su pecho la abatida cabeza de Clotilde, cuando se abrió la puerta y entró un lacayo llevando una carta en una bandejilla de plata.

—Para el señor conde; dijo el servidor presentando la salvilla á su amo.

Este tomó la carta y rompió el sello, en tanto que Clotilde lanzaba un grito desgarrador y el criado salía cerrando tras sí la puerta.

## VII.

### LAZOS ROTOS.

En el sello de lacre que el conde acababa de romper, no se veía blason alguno ni aun iniciales.

La condesa había ocultado el rostro entre las manos con profundo abatimiento, mientras que su esposo recorría la carta con ávidos ojos.

Era un anónimo; uno de esos infames escritos, que en nuestro ilustrado y luminoso siglo circulan por todas partes y se deslizan en el seno de muchas familias honradas, dejando el veneno de la destrucción y hasta la desesperación que conduce á la muerte.

Aquel odioso billete decía así:

«Una amiga fiel y que tiene en mucho el honor de usted le avisa, señor conde, que está empañado con una mancha indeleble: su esposa tuvo amores antes de casarse, con un joven llamado Fernando de Silva: el matrimonio de aquella con usted no interrumpió sus relaciones, y por fin Silva ha encontrado medio, de acuerdo con la esposa de usted, de hacerse presentar en su casa; el marqués de la Oliva, sin saberlo, ha servido de instrumento en esta intriga.

»Haga de este aviso el uso que quiera; pero cualquiera que este sea, la persona que escribe á usted cree deber manifestarle para su consuelo, que las relaciones de la condesa con Silva han sido tan secretas y tan decorosas, por decir así, que al menos han evitado á usted el ridículo del escándalo.

»Muchas pruebas de los amores de Clotilde con Fernando pudiera dar á usted la persona que esto escribe; pero no quiere mortificarle con evidencias, sino despertar únicamente en su alma una sospecha que le haga mas cauteloso y corte todo escándalo para lo sucesivo.—UNA AMIGA.»

El desdichado esposo acabó de leer este papel y lo es-

trujó entre sus crispadas manos con una fuerza convulsiva.

Luego se acercó á la condesa con aire severo, pero firme, y que anunciaba una resolución irrevocable, que se pintaba también en su ancha frente y en la mirada brillante de sus ojos.

—Señora, dijo con acento frío y sonoro, desde hoy somos extraños el uno para el otro; vivirá usted en sus habitaciones con sus hijos, á quienes no quiero volver á ver.

Clotilde alzó la cabeza y miró atónita á su marido: había oído el eco de su voz, pero no había comprendido ninguna de sus palabras.

—Para no dar pasto á las habillitas del mundo, continuó el conde, acompañaré á usted alguna vez al teatro y á los salones en que antes nos veían, pues no quiero que haya en nuestra vida ninguna mudanza ostensible; mas en el interior de nuestra casa, se lo repito á usted, seremos extraños el uno para el otro.

La condesa pareció penetrar entonces el sentido de estas palabras, porque lanzándose sobre la carta que el conde había arrojado al suelo, la tomó y desarrugándola leyó su contenido.

—Es decir, exclamó amargamente, que porque ese hombre ha querido vengarse calumniándome, reniega usted de mí, de la madre de sus hijos!

—Reniego de usted y de ellos, señora; es cierto.

—¿Pero no ve usted, á donde alcanza esa carta? ¿no conoce usted de quién es?

—No, señora.

—La ha escrito el marqués de la Oliva.

—Estoy cierto de que se equivoca usted, esa letra es de mujer.

—El es capaz de haberla falsificado. Oh, Augusto! prosiguió la desgraciada jóven, Augusto! ¿será posible que me abandone usted á ese hombre, usted á quien amo tanto? Poco ha que el príncipe de Cellemare tuvo que librarme de los insultos del marqués... él fué quien oyó las insolentes amenazas que me hizo en el teatro, quien me acompañó aquí, y quien al despedirse me aconsejó que refriese á usted cuanto habia mediado entre Silva y yo.

—Siempre ha de tener usted ese nombre aborrecido entre los labios, señoral

—Es preciso nombrarle; por desgracia, Augusto... es preciso... tambien á mí me quema ese nombre los labios, y quisiera no tener que pronunciarle jamás. Pero ¿qué quiere usted que haga, Dios mio? Augusto, crea usted en mi virtud, en mi amor, en mi honradez!... Augusto... fie usted en mí y nunca volverá á oír de mi boca ese nombre!

Calló la condesa quebrantada por su profundo dolor y se apoyó desfallecida en una silla.

Pero el semblante de su esposo no espresó ni el dulce sentimiento de la piedad, ni siquiera el interés mas leve: tenia razon; el orgullo se habia posesionado de su alma, herida por la creencia de que Clotilde amaba á Fernando de Silva.

Así, pues, en vez de conmoveirse con las palabras de la



jóven, se acercó á ella y le dijo:

—Prevengo á usted, para evitar en lo sucesivo escenas dramáticas de esta clase, que voy á hacer la vida de marido disipado.

—Usted! gritó Clotilde levantando su bella cabeza como si hubiera atravesado por sus sienes un dardo de fuego.

—Yo, respondió el conde con su terrible calma: voy á jugar, á pasar fuera de casa las noches.

—No! no lo hará usted, exclamó la condesa.

—Lo haré, señora: si la vista de mi disipacion le hace daño, puede usted irse al lado de su padre.

—¿Pero qué le he hecho á usted? ¿De qué modo he podido merecer la horrible suerte que nos prepara usted, tanto á mí como á nuestros hijos?

Anublóse terriblemente la frente del conde, que apretó los puños y murmuró con voz sorda:

—Señora... si estima usted su vida y las suyas... no me nombre usted jamás á sus hijos!...

Y moderándose luego, en virtud de un poderoso esfuerzo de su voluntad, añadió:

—Aun amo á usted, por mi desgracia; y para olvidar que usted ama á otro y que esto lo sabe la persona que ha escrito este anónimo, no perdonaré medio alguno, se lo advierto: poco me importa que todo el resto del mundo lo ignore; ese hombre ó esa mujer lo saben, y basta para que yo desee mejor pasar por un marido ingrato y culpable, que por un marido víctima.

—¿Con qué va usted á castigarme por culpas imaginarias? observó la condesa con voz ahogada por las lágrimas.

—Señora, respondió Augusto, si llama usted castigo á una decision que la deja en plena libertad, no seré yo quien se lo impida; llámela usted como mas le agrade; pero culpe usted tan solo á la posicion escepcional en que la suerte nos ha colocado: usted será inocente... no quiero meterme á discutir en este punto: será usted inocente de voluntad; pero no lo es de pensamiento, y yo tengo la fatalidad de ser muy exigente y de no contentarme con medias tintas: he querido siempre todo ó nada, y, puesto que tengo que renunciar á una parte de su corazon, renuncio á todo sin pena.

El conde, al decir estas palabras, se dirigió á la puerta; mas Clotilde le cerró el paso, y tomándole las manos con fuerza, exclamó:

—Yo digo á usted, Augusto, que me calumnias indignamente, y que es usted muy culpable en empujarme así hácia la desesperacion: le prevengo que no es justo abandonar así á una pobre mujer, cuando ella viene á pedir á usted amparo, aunque esa mujer llevase en el fondo del corazon un amor culpable! mas yo sabré pagar á usted bien por mal, y le evitaré el que Dios pueda pedirle cuenta de mi vida y de mi honor... sí! porque quiero vivir para mis hijos, para sus hijos, quiero luchar contra la fatalidad de mi destino, y decir á usted algun dia: si amé, supe matar mi amor con el deber, pues el deber es el verdugo de todas las pasiones culpables: usted que

me hizo ver en el fondo de mi corazón una pasión cuya existencia ni siquiera sospechaba, para abandonarme después á sus ímpetus, á sus luchas, á sus dolores, venga á que le perdone, porque perdonarle ansía la pobre mujer á quien rechazó sin piedad.

Detúvose aquí Clotilde y en vano esperó la respuesta de su esposo: la funesta ceguera de este ni se había disipado, ni le había dejado conmoverse con las enérgicas y sentidas frases de la jóven.

—El porvenir me es completamente indiferente, señora, dijo; olvidaré el pasado, y en cuanto al presente solo existirá para mí en los placeres de toda clase, que desde hoy voy á procurarme: usted nada ha perdido á los ojos del mundo: haré como que no veo las galanterías del marqués de la Oliva; pero queda usted en completa libertad de corresponder á ellas: á los ojos de la sociedad seré un marido complaciente, ó, como dan en decir los necios, un marido *á la moda*; mas entre los dos quedan rotos todos los lazos que nos unian, y nada somos, nada podemos ser jamás el uno para el otro.

El conde, así que pronunció estas palabras, salió del cuarto de su esposa y se dirigió al suyo.

Clotilde apoyó sus manos contra el pecho y dejó escapar un hondo gemido.

Un instante después se levantó, dirigióse á una imagen de la Virgen, situada á los piés de su lecho, y oró hasta que la luz del alba vino á hacer palidecer el resplandor de las casi estinguidas bugías.

## VIII.

## EL DUELO.

Preciso es retroceder algun tanto, lector mío, y que nos traslademos al instante en que el príncipe de Cellemare volvió á buscar al marqués de la Oliva, despues de dejar á Clotilde en su casa.

Esperábale en efecto el marqués paseando lentamente bajo los árboles de la plaza del Rey, y en honor de su valentía debe decirse que pensaba menos en el peligro que iba á correr batiéndose con el príncipe, que en el efecto que su carta debía producir en el ánimo del conde.

Porque él estaba bien cierto de que su anónimo llegaría á su destino, aunque debiese costar la vida á su emisario.

Muchos meses hacia que el marqués solo veía ante sus ojos la imágen de Clotilde; la angelical virtud de esta jóven hacia tan gran contraste con su cinismo, que quizá de este mismo contraste nació la frenética pasion que el marqués le profesaba; pues una de las prerogativas de la virtud es ejercer una invencible atraccion aun en los seres mas depravados y perversos.

Por una aberracion de la naturaleza, el marqués de la Oliva estaba dotado de tanto talento como maldad, y de una percepcion y un tacto en extremo esquisitos: era capaz de apreciar todo lo que valía Clotilde y se quejaba con amargura de lo que él llamaba su feroz virtud.

Quizá no la hubiera amado tanto á ser ella menos pura y angelical! pero la misma dulzura y suavidad que cautivaban el ácre y amargo corazón del marqués, le servían para que abusase infamemente de estas celestiales cualidades, aterrando á la pobre jóven con las amenazas que le hacía proferir su exasperacion.

En tanto que Cellemare conducía á la condesa á su casa, pensaba el marqués con delicia en el efecto que su anónimo podría producir en el ánimo del conde.

—Ya está perdida, se decía, ya está perdida para ella esa felicidad doméstica de que tanto alarde hacía su imbecil marido: este ya no puede dudar de que una tercera persona sabe los amores de su mujer con Silva, y para distraerse de su desengaño correrá de placer en placer, rompiendo para siempre los lazos que le unían á Clotilde, pues conozco á esta demasiado bien para no estar cierto de que llegará á dejar de amar á su marido si va en busca de placeres degradantes.

Las reflexiones del marqués fueron interrumpidas por el ruido de unos pasos precipitados que se dirigían al sitio en que él estaba.

Era Cellemare, seguido de un criado que llevaba una magnífica caja de pistolas.

Al verlos, el marqués se detuvo: Cellemare hizo seña al criado de que dejara la caja sobre un banco de piedra de los que hay diseminados por la plaza, lo cual hizo el doméstico retirándose en seguida á una nueva seña de su amo.

—He hecho á usted la justicia de creer que no se movería de aquí, señor marqués, dijo Cellemare, y por eso traigo armas para los dos.

—¿Y sabe usted si estas armas me acomodan? preguntó el marqués con altivez.

—No me he detenido á pensarlo, contestó Cellemare con aquella calma mesurada y fría que le daba tanto ascendiente sobre cuantos le rodeaban.

—Permítame usted, sin embargo, que le diga que es muy extraño no se le haya ocurrido esta consideración. Una persona de mi condición no se bate sin testigos y con las armas que su contrario guste imponerle.

—Mi condición, señor marqués, es por lo menos tan elevada como la de usted, y advierta que no he dicho *mucho mas elevada* por modestia; pero, en este instante, su condición y la mía desaparecen: usted es un infame, que ha insultado á una mujer inocente é indefensa, abusando de la ausencia de su esposo: yo soy un hombre honrado que defiende á esa mujer y le pide cuenta de su conducta.

El marqués se mordió los labios hasta hacerse sangre.

El exceso de su rabia no le permitió pronunciar una palabra.

En aquel momento dieron las dos de la madrugada: el príncipe miró en derredor suyo para ver si el tránsito de las gentes podían estorbarle en su mortífero designio: nada se oía: concluida la función del teatro todos los espectadores se habían retirado á sus casas, y la plaza del

Rey estaba silenciosa y desierta.

Solamente se veía á un sereno, apoyado en un ángulo de la plaza: el príncipe se acercó á él, le dijo algunas palabras en voz baja, y al mismo tiempo se oyó un ruido metálico y leve.

El sereno se alejó prudentemente, y Cellemare volvió cerca del marqués que le esperaba inmóvil.

La luna llena enviaba sus rayos de plata sobre aquellos dos hombres que iban á tener un duelo á muerte.

De repente pareció á Cellemare oír ruido de pisadas y se dirigió hácia el sitio de donde partía el rumor.

Era producido por los pasos de un hombre, que venia embozado hasta los ojos en una larga capa y cuya frente se ocultaba bajo un sombrero de anchas alas.

Cellemare reconoció, sin embargo, su andar desembarazado y su elegante porte.

Por su parte el incógnito reconoció tambien á Cellemare.

—Ah! ¿es usted, príncipe? exclamó alegremente, ¿qué hace usted por aquí y á estas horas?

Otro que el príncipe hubiera quedado confuso al oír esta pregunta; pero el carácter de Cellemare era tan firme y su conducta tan noble en todas ocasiones, que no daban lugar nunca á la confusion.

—Conde, dijo, no me pregunte usted, porque no puedo contestarle: si quiere usted saber el objéto que me hace estar aquí á estas horas, tendrá usted que adivinarlo.

—¿Quizá un duelo?

—Podrá ser... pero usted ¿por qué se halla tambien en este sitio?

—Yo voy en busca de una aventura.

Al oír estas palabras, el príncipe miró atónito al esposo de Clotilde. Este continuó:

—¿Quién es el adversario de usted? ¿Tampoco me lo dirá usted?

—Perdóneme usted que le calle su nombre, repuso gravemente Cellemare.

—Es usted misterioso como una novela de Ana Radcliffe, querido; pero de nada sirve su reserva porque veo á su adversario y le he conocido: es el marqués de la Oliva.

—Pues hágame usted el favor de ser tan discreto como perspicaz, y á nadie diga lo que va á mediar entre él y yo.

El conde levantó la cabeza con altivez y preguntó al príncipe mirándole de hito en hito:

—Por quién me toma usted.

Luego añadió suavizando la voz y la mirada:

—¿Puedo saber por qué es el duelo?

—Por el honor de una mujer desgraciada y muy digna de ser feliz; pero hace ya bastante tiempo que estoy haciendo esperar al marqués y no quisiera que en esta ocasion me acusara de remiso.

—¿Es el duelo á primera sangre?

—Será á muerte.

—¿Luego la dama en cuestion no tiene padre, ni hermano, ni esposo?

—Tiene esposo y padre.



—Entonces es mucha generosidad la de usted, ó ama usted en extremo á esa dama para esponerse á perder la vida por ella, teniendo, como tiene, apoyos legítimos y naturales; pero ahí ya caigo, continuó el conde; el padre será demasiado viejo, y en cuanto al marido... ¿qué marido se bate ya? Caería sobre el cuitado que tal hiciese un ridículo eterno.

El conde pronunció estas palabras con una risa estridente y contenida, y luego, como si no pudiesen abrirse paso mas palabras á través de sus lábios, hizo á Cellemare un ademan de despedida y desapareció con lento paso.

El príncipe volvió cerca de su enemigo.

—Perdóneme usted, dijo: ha pasado por aquí el conde D... y he aprovechado la ocasion para hablarle de un asunto mio.

El marqués abrió la boca para preguntar si este asunto concernia á Clotilde; pero tenia sobrado conocimiento del mundo y sus exigencias para permitirse nombrar allí á la mujer, objeto de su contienda.

—Tiraremos á diez pasos, dijo Cellemare con una tranquilidad perfecta y presentando dos pistolas al marqués.

Este palideció porque conoció que, á tan corta distancia, era segura la muerte de entrambos; no obstante, tomó una pistola, se inclinó friamente y contó diez pasos volviéndose en seguida.

Ya le esperaba el príncipe: dispararon á un tiempo y las balas partieron silbando.

La del marqués pasó el hombro izquierdo de Celle-

mare.

La del príncipe quedó dentro del pecho del marqués.

Este se apoyó contra un árbol: en un banco inmediato habia quedado la caja de pistolas de Cellemare, que tenia otras dos cargadas.

El príncipe se acercó con paso firme á la caja y tomó las pistolas; alargó una al marqués y se quedó con otra en la mano, volviendo á separarse diez pasos.

El marqués seguia apoyado en el árbol con el brazo derecho, porque se desangraba, y con la mano izquierda volvió á apuntar al príncipe.

Mas los dos adversarios bajaron el brazo al ver la imponente figura del conde D... en medio de la distancia que los separaba, es decir, á cinco pasos de cada uno.

Hubo algunos instantes de silencio y de sorpresa, que fueron interrumpidos por el ruido pesado que hizo el cuerpo del marqués de la Oliva al caer al suelo.

Cellemare quiso correr hácia él; mas el conde le detuvo.

—No le mate usted; dijo con voz lenta y solemne, estendiendo su brazo hácia el marqués como si hubiera querido protegerle: las estúpidas leyes de la sociedad me impedian batirme con ese hombre que persigue é infama á mi mujer; mas no me prohiben vengarme de él de otra manera: do quiera iré en pos ó delante de él; haré abortar todas sus empresas; le robaré todos sus amores; le heriré en todas sus afecciones: vivamos con el mundo y segun debe vivirse en este siglo de las luces! En este siglo

que hace caer el ridículo sobre el marido que se bate por su honor y que le permite vengarse por todos los demás medios posibles!

El conde al concluir de pronunciar estas palabras, dió un silbido particular y dos hombres acudieron al instante: uno de ellos conducía del diestro al pobre y flaco caballo de un coche de alquiler, que el escuálido animal arrastraba con trabajo.

—Meta usted á ese hombre en el coche, dijo el conde dirigiéndose al lacayo suyo que servía de cochero.

Este, ayudado de su compañero, obedeció la orden.

—Ahora, continuó Augusto, llévenle ustedes á su casa; es el marqués de la Oliva: es probable que solo vuelva de su desmayo cuando un médico le haya prodigado los socorros de su ciencia: así, pues, entréguenle ustedes á Juan, su ayuda de cámara, guardando el mas absoluto silencio acerca de lo que acaba de ocurrir.

Los domésticos se inclinaron con sumision y en seguida echó á andar el coche llevando á los dos criados en el pescante.

El conde se volvió á Cellemare, que habia permanecido inmóvil y silencioso, y le alargó la mano.

—Gracias, noble corazon! murmuró con una mirada humedecida de lágrimas: si algo es en este valle de miserias el saber que hay un ser que pertenece á usted, yo soy suyo mientras tenga un soplo de vida: muy sombríos veo mis horizontes... Padre sin hijos, esposo sin esposa, la fatalidad me traza con su descarnada mano el camino

de mi existencia: mas aun veo en él una luz purísima que le ruego no apague! la de su amistad.

Cellemare estrechó, sin contestar, la mano de aquel hombre desventurado y ambos se separaron en direccion opuesta.

. . . . .  
Al día siguiente y á las ocho de la noche Fernando de Silva, fiel á la promesa que había hecho al conde, fué á verle á su casa.

Este le recibió con una política mesurada, que encubria el ódio mas ardiente y sangriento que jamás ha podido albergar el corazon de un hombre.

Al ver á Fernando, toda su pasada felicidad, todas sus muertas ilusiones se desplegaron como un delicioso y risueño panorama.

Mas este hermoso cuadro se cubrió muy pronto con el negro manto de la desesperacion y del desengaño.

Contúvole, empero, esa amarga sujecion del hombre del gran mundo que ha de parecer impasible ante todo.

Fernando de Silva le refirió lo mismo que Clotilde; mas pintó el amor que esta le había tenido con tanta vehemencia, dió á conocer tan claramente que el haber renunciado á ella había amargado su alma y le había precipitado en la vida de desórden que llevaba, y se manifestó aun sin saberlo, tan arrepentido por haberla perdido, que si el conde hubiera abrigado alguna duda acerca del amor que ambos jovenes se profesaban, hubiera desaparecido por completo.

Fernando, cuyo carácter era muy altivo é independiente, no ofreció al conde ahogar su amor hácia Clotilde; dióle á entender mas bien que estaba en su derecho sintiéndole y acariciándole como á su único bien.

La ira, los celos, el furor hervían en el alma ardiente del conde, en tanto que Silva hablaba; no obstante, el desgraciado hombre de mundo no pestañó ni perdió su aire cortés é indiferente.

Él, que hubiera dado toda su vida por poder ahogar á su enemigo entre sus manos!

Estrañas exigencias de la sociedad!

Cuando Silva se despidió del conde, lo hizo con una cortesía helada.

Quedaban enemigos irreconciliables; pero sus combates debían tener lugar en los salones.

El conde no le acompañó hasta la puerta, ni le hizo ningun cumplido: en los hombres de honor no tiene cabida la mentira, aunque les exija el mundo un profundo y doloroso disimulo.

Cuando Silva hubo desaparecido, el conde corrió á un *secretaire*, le abrió y sacó un par de pistolas: cargó y cebó una y acercó el cañon á la sien con mano convulsiva.

Mas de súbito la soltó estremecido, levantó los ojos al cielo y murmuró:

—Quién sabe si soy padre!

## IX.

## MALVINA.

Las cinco de la tarde del día 28 de febrero serian pocas mas ó menos, cuando una muchacha jorobada y en extremo baja de estatura, entraba en el portalito de la casa número 3 de la calle de San Bernardino.

La pobre criatura apenas contaria catorce años: á pesar del intenso frio de aquella tarde de invierno, no llevaba mas abrigo que un vestido de indiana que habia sido azul, y que, á fuerza de lavarle, se habia quedado blanquecino.

Habiéndose roto con el uso las primitivas mangas, por la parte inferior, la jorobada las habia remendado con un pedazo nuevo flamante de la misma tela que hacia parecer el resto del vestido mas viejo y deslucido.

La falda, algo corta, permitia ver sus piececillos calzados con unos zapatos de cordoban muy usados que hacian lucir tristemente la blancura de sus gruesas medias de algodón.

Llevaba en el cuello una esclavina de lana negra, hecha al parecer, para una persona de mucha mas altura: esta esclavina era muy vieja; pero estaba limpia y cuidadosamente conservada y guarnecida con un flequillo de seda que, por haberse roto su primitivo adorno ó quizá por una inocente coquetería de la muchacha, parecia re-

cientemente puesto.

El semblante de esta pobre niña no era bonito; pero tenía cierta expresión de melancólica dulzura que encantaba: sus facciones eran gruesas, sus ojos garzos, y una hermosa cabellera rubia se enlazaba detrás de su cabeza con gruesas y apretadas trenzas, rizándose en derredor de su ancha frente.

Cuando entró en el portal sus dientes daban unos contra otros de frío, y llevaba en el brazo derecho una cestilla cubierta, y en la mano un ramo de hermosísimas camelias blancas y de un rojo encendido.

En el estrecho portal trabajaba un zapatero muy anciano.

—Buenas tardes, señor Martín, le dijo la jorobada al penetrar en el patio con voz temblorosa por el frío.

—Buenas te las dé Dios, Malvinita, contestó el anciano, que recogía sus utensilios por falta de luz para trabajar, sin levantar la cabeza y conociendo por la voz á la persona que le hablaba: ¿de dónde vienes con este frío? continuó echando en su cesto las hormas y los retazos de piel que quedaban por el suelo.

—Vengo de comprar la cena, señor Martín, contestó Malvina, mostrando su cestita al viejo.

—Ah! qué hermoso es hoy el ramillete! exclamó el señor Martín, viendo por primera vez las flores que la jorobada tenía en la mano.

—¿Verdad que sí? Poco contenta se va á poner la señorita María!

—¿Pero á las otras no les gustan las flores?

—Pues no les han de gustar! todas tres deliran por ellas; pero como Rosa se las regala á la señorita María, ya se vé... tiene ella mas derecho que las otras.

—¿Cómo está la señorita Ofelia?

—Mejor: ya ha cosido hoy desde el alba.

—Ese es el medio de que recaiga.

—Pero, ¿qué ha de hacer, señor Martín? sus hermanas no podían con la labor: la pobre señorita Blanca se ha pasado bordando cuatro días con sus noches casi sin levantarse de la silla.

—¿Y tienen ahora mejor gana de comer?

—Cál! No comen nada, señor Martín! Yo no sé qué darles de comer que les guste... ya se vé, si yo tuviera mas dinero de que disponer, que se podría hacer pocas cosas apetitosas y manejar se para que tengamos pocos años; mas ¿para qué me alcanza? no para una copa de arroz y un pedro de desche y ya se acabó.

—Pobres señoritas! escuché, el año que con melancolía, á las señoras huérfanas y solistas.

—Y sin mas amparo que la que ganan con sus manos, señor Martín!

—Si yo me atreviera á decirle zapatero pensativo; pero es claro, como tienen ese aire, aunque chulica, algo saltarero, es eso que ni un hombre que se chuchunas palomas sin hiel.

—Es verdad, cuando entra la señora Antonia en su casa siempre dice: «Voy á arañar el nido de las palomas».



mas!» Mas ¿dónde se encuentra la señora Antonia?

—Arriba, en la boardilla, haciendo la cena.

—Aun la tengo yo aquí, dijo la niña mostrando la cestita que llevaba en el brazo; y luego añadió: á bien que la de la señora Antonia será mas entretenida.

—Psel algo mas: una tortilla y una ensalada, que para eso ya ganan estas viejas manos; pero cree, hija mia, que tanto á Antonia como á mí nos amarga lo que comemos pensando en la triste situacion de esas pobres jóvenes; muchas veces la digo: Antonia, bájales algo á la señoritas; pero ella me contesta: «Vaya, Martin, no me atrevo; ¿con qué pretesto les doy yo unas patatas, unos huevos ó un panecillo, que es lo único que les puedo ofrecer? Si fuera alguna cosa delicada, vaya con Dios! podrian pensar que se les hacia este obsequio por lo particular del género; pero ofrecerles pan ó aceite es decirles que se sabe su miseria, cuando ellas nunca se quejan y ponen tanto cuidado en ocultarlas!» Yo conozco que dice bien, y le contesto segun mi costumbre,—tienes razon Antonia;—aunque no por eso me duele menos el no poder servir de algo á esas desgraciadas jóvenes.

—Una cosa me ocurre, señor Martin.

—Dí, Malvina: tú eres viva como una centella y me gustan tus ocurrencias.

—Cuando la buena señora Antonia quiera dar algo á las señoritas, que me llame y me lo entregue á mí; yo diré que lo he comprado y ellas lo creerán, porque no saben los precios de las cosas.

—Cuando digo que eres una centella! exclamó el señor Martin contemplando á Malvina con admiracion; vamos, solo á tí te podia ocurrir una idea semejante! Bien dicen que todas las jorobadas son la misma viveza.

Malvina se sonrió tristemente, en tanto que el zapatero se acercaba á la escalera.

—Antoniaaaa! gritó con su robusta voz.

—¿Qué quieres, Martin? contestó otra voz cascada desde lo alto de la estrecha escalera.

—Baja.

Oyéronse al instante unos pasos tardos y la señora Antonia apareció por fin en la escalera.

Era la señora Antonia una mujer como de sesenta y seis años, baja de estatura y muy gruesa; su cara grande y alegre estaba animada por dos ojillos vivos y penetrantes, á los cuales servia de dosel una ancha frente coronada de cabellos blancos como la nieve.

Su vestido de percal estaba remendado por muchas partes; pero limpio y bien cortado; llevaba en el cuello un pañalon de lana, muy usado, formando cuadros encarnados y verdes, medias azules y fuertes zapatos de cordoban, obra de su marido.

Acabó de bajar la escalera, y cruzando sus gruesas manos sobre el vientre, miró al señor Martin y le preguntó:

—¿Vamos, qué quieres?

—Oye, Antonia, contestó el zapatero, súbete á Malvina y pónle en su cestita alguna cosa de lo que tengas para

que lo aumente á la cena de las señoritas; á ella se le ha ocurrido decir que lo ha comprado y...

—Calla, pues es verdad! exclamó la señora Antonia interrumpiendo á su marido. Vamos, si esta chica sabe más que un *doctor!* Y yo que no discurría como hacer para ayudar á esas pobrecitas!... porque, en fin, como son así, tan calladas, tan tristes, y con ese aire!...

—Señora Antonia, tengo mucha prisa, observó tímidamente la jorobada; si usted quiere subiremos al instante porque las señoritas no tienen aceite para la luz hasta que yo vaya.

—¿Le llevas ahí, hija?

—Sí, señora.

—Pues abulta muy poco.

—No llevo más que una panilla (1): me quedaron solo seis cuartos y las señoritas se van á entristecer mucho, porque despues de hacer el arroz para cenar, ya ve usted cuán poco quedará para el velon.

—Mejor, así coserán menos.

—Pero si no acaban lo que están haciendo no tendremos dinero para mañana.

—Antonía, pónle aceite en la cesta; dijo magistralmente el señor Martín á su esposa.

—Aceite no puede ser porque se acabó; pero tengo dos velas, y se las daré aunque son de sebo, para que se re-

---

(1) Medida que equivale á la cuarta parte de una libra.

medien, que mas vale algo que nada; vaya, sube, hija, sube.

La señora Antonia empezó á subir lentamente la escalera seguida de Malvina.

El señor Martin cerró la puerta de la calle y siguió tambien á su esposa, llevando á la espalda el cesto que contenia las herramientas de su oficio y la obra empezada.

## X.

### CARIDAD.

La señora Antonia empujó la puerta de su boardilla, que habia dejado entornada, y entró en ella con su marido y Malvina.

Si no habeis estado, lectores míos, en una boardilla de Madrid, no podreis tener una idea exacta de lo que son las boardillas, pues las de provincias se diferencian mucho de estas.

Mas en las boardillas de la córte hay tambien sus categorías, y la de la calle de San Bernardino, á donde os he conducido, era una de las peores de la coronada villa, es decir, de las peores del mundo.

Figuraos un camarachon de diez piés cuadrados y cuyo techo que empieza ya muy bajo junto á la puerta, va descendiendo progresivamente hasta tocar al suelo por el extremo opuesto; figuraos tambien en este extremo una ventanilla, abierta en el mismo suelo y que da á un espa-

cioso tejado, paseo de todos los gatos de la vecindad; mas, por lo mismo, muy limpios de ratones y sabandijas.

Este tejado además tenia, preciso es confesarlo, un aspecto muy alegre; las lluvias habian tapizado de un tupido musgo sus anchas tejas y habian hecho nacer en las uniones algunas yerbas.

Pero no era nada de esto lo que le prestaba el mayor de sus encantos, sino la habilidad del señor Martin y el cuidado y la paciencia de su esposa.

Todo el espacio que daba frente á la ventanilla de la boardilla y formando un cuadro como de tres varas, se veia cubierto con unos cucuruchos ó gorros de estera, primorosa y sólidamente cosidos con bramante.

Aquello era una especie de toscó invernadero; durante las horas de sol la señora Antonia iba levantando los aparatos de estera é iba apareciendo un verdadero huerto.

En los dos primeros surcos que formaban las tejas, habia colocado el señor Martin espesas capas de tierra, traída de los campos en los paseos que daba con su esposa durante las tardes de los dias festivos; allí habia plantado maiz, judías, lechugas y lentejas.

Este huertecito estaba cercado y ensanchado por cuatro cajones de madera comprados en el Rastro (1).

Estos cajones contenian peregil, yerba-buena, jeráneo de rosa y sándalo, esa hermosa planta cuyo aroma y ver-

---

(1) Sitio donde se venden en Madrid toda clase de ropas, muebles y trastos viejos á los precios mas ínfimos.

dor duran tanto tiempo y son respetados por el rigor de las estaciones.

Habia además delante de la ventana cuatro macetas de barro con resedá, mejorana, ajedrea y torongil, pero tan frondosas y lozanas, que hacian olvidar se estuviese en el mes de enero.

La ventana se cerraba con su correspondiente puerta de madera, y además con una cortina de bayeta encarnada, hecha de la parte mejor de una basquiña vieja de la señora Antonia; á su lado se veia la cama de los esposos, grande, alta, mullida y cubierta con una colcha de indiana oscura con fleco blanco.

Aquella hermosa cama, sin embargo, constaba solo de un tablado con sus bancos de pino pintados de verde; de un colchon y de un jergon, cuya tela de estopa habia hilado la señora Antonia de recién casada; este jergon estaba tan relleno de paja fresca, que parecia lucir toda su obesidad, inspirado por el benéfico deseo de disimular la tísis del colchon que le hacia compañía.

En efecto, este no podia ser mas delgado; pero si hubierais levantado las sábanas del blanco lino perfumadas con espliego, las dos mantas de algodón y la colcha de indiana, os hubierais enamorado de su limpieza y del esmero con que estaba zurcido en mil partes.

Volvia sobre la colcha un gran doble la sábana de encima, guarnecida con una tira de picos de punto de aguja, y coronaban el lecho dos almohadas de tela de algodón blanquísima y orladas de una guarnicion como la de la

sábana.

Sobre la cabecera del lecho se veía un gran crucifijo de yeso, un marco de nogal que encerraba una estampa de la Virgen de la Almudena y una pillta de barro con agua bendita, y debajo de todo esto una pequeña palma, también bendita, sujeta á dos clavos con dos lacitos de cinta de color de rosa.

Enfrente del lecho había una mesita de pino pintada de oscuro, cubierta con un tapete de la misma indiana de la colcha y guarnecida con los mismos picos.

Sobre la mesa había una urnita de vidrios, unidos con cintas azules, en cuyo fondo se veía á Santa Teresa de Jesús rezando en su celda.

La señora Antonia, que había sido cocinera de un convento antes de casarse con el señor Martín, y que aun seguía siendo mandadera del mismo, había recibido aquella urna como regalo de las religiosas, y preciso es confesar que estaba trabajada con un primor admirable, advirtiéndose una propiedad sin igual en los detalles.

A los dos lados de la urna había dos candelabros de estaño con dos velas de sebo que rodeaban unas arandelas de papel recortado.

Había además en el aposento un gran arcon, ennegrecido por el tiempo, cuatro sillas de pino iguales y otra mas baja que sostenia el cesto de la calceta de la señora Antonia y estaba colocada junto á la ventana.

A los piés del lecho había una puertecita cubierta con una cortina de algodón blanco.

Allí estaba la cocina ó mas bien un estrecho retrete que servia de tal, con su fogon de ladrillos, su vidriado resplandeciente de limpieza, y su alacena.

El señor Martin colocó el cesto de su labor y su esposa alzó la cortina blanca, aumentándose instantáneamente el delicioso olor á tortilla que salió de la cocina.

—Tienes color de frio, pobrecita, dijo despues á Malvina: vaya, acércate al fuego; somos demasiado pobres para tener brasero, pero aquí en la hornilla podrás calentarte las manos

—Gracias, señora Antonia, contestó la niña; no puedo detenerme porque ya he dicho á usted que las señoritas estarán á oscuras y no podrán trabajar.

—¡Qué buena es! exclamó la señora Antonia mirando á su esposo: ¡quién habia de decir, cuando vivian sus padres, que habia de ser tan infeliz!

—Es verdad! Han tenido ustedes la dicha de conocer á mis padres! dijo Malvina á la anciana.

—Sí, hija mia; muchos años han vivido en el cuarto segundo de esta casita inmediata; eran dos jóvenes muy buenos y hacian una vida ejemplar; tu padre era pintor, tu madre bordaba primorosamente y ayudaba á su marido á ganar el pan; la pobre Mercedes era muy hermosa, y en esto no te pareces á ella.

Estas crueles palabras no hirieron el corazon de la infeliz jorobada, que estaba pendiente, por decirlo así, de los labios de la señora Antonia, como siempre que esta hablaba de sus padres, que lo hacia con mucha fre-



cuencia.

Malvina repuso con acento triste:

—Nunca me canso de oír á ustedes hablar de mis padres, señora Antonia: aun los recuerdo yo; pero así como se recuerda un hermoso sueño; me parece que los veo todavía, á mi padre pintando países de abanico, á mi madre bordando á la luz de su lámpara, sentada junto á la misma mesa en que mi padre trabajaba. También recuerdo la cuna en que me acostaban, tan blanca, con sus almohaditas de encaje y sus cortinas recogidas con lazos azules.

—Pues de bien pequeñita los perdiste, hija mía, dijo la señora Antonia encendiendo su velon, pues ya no se veía nada en la boardilla.

—A pesar de eso, señora Antonia, los recuerdo muy bien.

—Aun recordarás mejor los malos tratamientos que te daba la malvada de tu tía cuando fuiste á su poder.

—Me acuerdo menos de eso que de mis padres, respondió Malvina; yo tengo la dicha de olvidar muy pronto el mal que me hacen; además no podré olvidar jamás que mi tía consintió en que viniese á vivir con mis buenas señoritas, que son tres ángeles.

—Sí, como dice mi mujer, son tres palomas sin hiel, observó el señor Martin, que había colocado la luz en una mesilla y se había puesto á trabajar.

—Lo cual no quita, añadió la señora Antonia, que esta pobrecita pase hambre y frío con ellas y no gane un

cuarto; al menos su tía, la almacenista de bordados, es rica.

—Ay Dios mío! ¿Tienen las señoritas dinero que darme? Mi tía, para cuya casa trabajan, les paga muy mezquinamente sus labores; en cuanto al hambre y al frío, ellas lo pasan también; además, señora Antonia, me daría vergüenza tomar dinero por lo poco que las sirvo; prefiero vestirme con lo que ellas dejan... mire usted esta esclavina que ha sido de la señorita Ofelia y que con tanto primor ha arreglado para mí.

—Si no te pareces á tu madre en el cuerpo, te pareces á ella en el alma, dijo la buena anciana mirando conmovida á Malvina; pero, añadió, es muy tarde, tú estarás haciendo falta; dame la cestita y te pondré cuatro huevos frescos que me han dado hoy las señoras religiosas, una tacita de miel blanca, que también me han regalado y estas dos velas de mis candeleros, pues no tengo otras.

—Pero, señora Antonia, ¿va usted á dejar sin miel al señor Martín cuando tanto le gusta?

—Las señoras le guardan siempre y ya la comerá otro día.

—¿Y deja usted los candeleros sin velas?

—Mañana le pagarán á Martín los zapatos que está concluyendo y compraré otras; eso sí, que á mí me gusta tenerlo todo *aparente*; pero hoy nadie lo ha de ver ya.

La señora Antonia colocó en la cesta de Malvina los huevos, la taza con la miel y las velas que sacó de sus candeleros de estaño, cuidando mucho de no echar á per-

der las arandelas de papel.

—Dios le pague á usted su caridad, señora Antonia, dijo la jorobada ya en el umbral de la puerta.

—Vaya, hija, que él te acompañe, repuso la buena anciana; pero espera á que te alumbré.

—No, que se va á quedar á oscuras el señor Martín, contestó la niña; dejando la puerta abierta, veré á bajar la poca escalera que hay.

Malvina, despues de decir esto y de dar las buenas noches á los ancianos, bajó ligeramente la escalera; pero aun oyó decir á la señora Antonia:

—Vamos á cenar, Martín; despues acabaré yo la calceta y tú los zapatos, y mañana podré comprar un buen cuarto de gallina para esa pobre señorita Ofelia, que está tan delicada.

## XI.

### UN NIDO DE PALOMAS.

Malvina llegó al piso situado debajo de la boardilla del zapatero, que era otra boardilla con menos escalera y algo mas capaz y mejor acondicionada.

La puerta era muy estrecha, y su pintura, que parecia reciente y estaba brillante como la caoba bruñida, contrastaba tristemente con la fealdad de la angosta escalera de yeso que ni aun pasamanos tenia.

La casa no constaba de mas pisos que el ocupado por

las jóvenes y la boardilla del zapatero; el terreno interior se había convertido en grandes almacenes que el dueño de la casa tenía llenos de madera y cerrados con llaves que guardaba en su poder.

A pesar de la fealdad del patio, de lo estrecho, húmedo y oscuro de la escalera, y de lo ennegrecido de las puertas de los almacenes, la casa tenía en su interior un aspecto risueño, gracias al hermoso y nuevo vestido de cal con que se habían engalanado las paredes.

Malvina llamó suavemente y al instante se oyeron unos pasos ligeros y el roce de un vestido al arrastrar por el suelo.

—Soy yo, señorita, dijo la niña antes de que preguntasen.

La puerta se abrió y una esbelta figura apareció en el umbral.

—¡Cuánto has tardado, Malvina! dijo con dulce voz la persona que había abierto.

—Señorita, hace un frío que...

—¡Y nosotras sin luz para trabajar! Nos has hecho mucho daño, Malvina, porque nos faltará tiempo aunque velemos toda la noche, y ya sabes que mi pobre hermana no puede atarearse aun.

—Voy á encender corriendo el velon, señorita María, dijo Malvina, entrando por una puertecita que había á la izquierda.

Un instante despues salió con un veloncito de hoja de lata en la mano, que brillaba como si fuera plata, y entró

en una estancia cuya puerta estaba situada frente á la de la escalera.

Un pintor hubiera deseado tener ante los ojos el cuadro que se ofreció á la vista de Malvina para inspirarse en la belleza infinita.

La jorobada colocó la luz en un veladorcito que se veía en el centro, y la estancia se iluminó aunque débilmente.

Esta era reducida y estaba muy pobremente alhajada; pero todo ello respiraba el encanto del orden, de la limpieza y de yo no sé qué sencilla y apacible elegancia.

En el fondo, dos grandes alcobas contenían la una dos lechos cubiertos de blanco y velados entre cortinas blancas también, y la otra un lecho igual y una mesa-tocador, cubierta y adornada con cortinas de muselina.

En la salita había dos cómodas de madera pulimentada, y sobre cada una de ellas una graciosa librería de la misma madera, llenas ambas de libros bien encuadernados.

Cuatro columnas, de muy buen gusto y de bastante altura, servían de rinconeras, sosteniendo cada una de ellas una escultura que representaban los cuatro elementos; estas esculturas de bronce antiguo, eran también de una rara belleza artística y parecían restos de una opulencia, á la cual habían ido unidos un gusto esquisito, un gran sentimiento de lo bello.

Dos balconcitos de madera iluminaban la estancia durante el día: sus puertas eran de vidrios verdosos y emplomados; pero en aquel momento toda su fealdad estaba

cubierta con unas anchas cortinas de muselina festoneadas de azul como las de las alcobas.

Un sofá y algunas sillas de madera tallada con asientos de cerda oscura, llenaban los huecos del aposento, menos los que quedaban entre las dos alcobas y los dos balcones.

A los dos lados del sofá había dos grandes sillones de cuero, oscuro como la cerda de los demás asientos.

Cuatro cuadros grandes, pintados al óleo, ocupaban las paredes, representando uno á Santa Teresa de Jesús en actitud de escribir, otro á Rafael pintando, otro á Corina improvisando en el Capitolio con su lira, y otro á Miguel Angel concluyendo una estatua de la Virgen.

Sobre el sofá había suspendidos los retratos de un hombre y de una mujer, jóvenes aun y de rara belleza.

El hueco que quedaba entre las dos alcobas estaba ocupado por un hermoso piano, y finalmente, entre los dos balcones se veía un *secrétaire* de maderas preciosas, lleno de embutidos y de una hechura antigua y elegante.

Nada mas lindo, mas poético y mas triste á la vez que aquella piececita, baja de techo y cubierta de una estera de las mas baratas; pero limpia y cuidadosamente conservada.

Mas lo que aumentaba su encanto era la belleza de sus habitadoras.

Eran tres: Ofelia, María de la Gloria y Blanca de Valdés: su padre, pintor de profesion, había muerto dejando

á la mayor de quince años de edad, de catorce á la segunda, y de trece á la mas pequeña; siguióle muy pronto su esposa no pudiendo sobrellevar la amargura de una pérdida tan cruel.

Las tres huérfanas quedaron sin apoyo sobre la tierra: y hubo gentes tan desapiadadas que se presentaron á ellas quejándose de deudas que seguramente no habia contraído su honrado padre, ó que si las habia contraído habia sido en mucha menor cantidad que la reclamada.

¿Qué podian hacer las desgraciadas criaturas? Llorar en silencio; dijeron que no poseian mas que los muebles de su casa y los cuadros de su padre, y los crueles acreedores se llevaron lo mejor que habia, ó mas bien casi todo lo que tenia algun valor, sin que las pobres niñas opusieran resistencia alguna.

Cuatro meses despues, el dueño de la casa en que vivian las despidió, haciéndoles saber al mismo tiempo que le debian aun cuatro mil reales de alquileres de cuando vivian sus padres.

Las infelices repitieron su respuesta: solo poseemos en el mundo los pocos muebles que nos han dejado en la casa; tome usted lo que guste para cobrarse.

El rico propietario se indignó, juró y maldijo su generosidad, acabando por llevarse todo lo que aun quedaba de algun valor.

Las tres hermanas resolvieron buscar un cuarto mas barato y se mudaron á él con los pobres restos que la rapacidad de aquellos seres sin corazon les habia dejado.

En su nueva vivienda y en el cuarto segundo de la misma casa, habitaba una viuda y su hija que ganaban su subsistencia bordando y cosiendo; estas señoras buscaron labor á las pobres niñas, compadecidas de su abandono y de la miseria que les amenazaba de cerca, pues habian consumido la escasa suma que les habia quedado á la muerte de sus padres.

Pero su trabajo no bastaba para su mantencion y pagar la casa, y empezaron á deber al casero que, á los dos meses, las despidió como el anterior, quedándose tambien con cuantos muebles pudo.

Solamente se salvaron, por la prevision de la viuda, el piano de las huerfanitas, los retratos de su madre y de su padre, el escritorio de este, la sillería peor de la casa y las esculturas de bronce, última compra que habia hecho su pobre madre llena de alegría, pues eran objetos que siempre habia deseado mucho.

La caritativa viuda les buscó en seguida el modesto cuarto de la calle de San Bernardino, las enseñó á arreglarse á lo que tuvieran, por poco que fuese, y les hizo comprender la amarga verdad de que estaban reducidas á vivir con el trabajo de sus manos.

Además les llevó para que las ayudase y les hiciese compañía á la pobre Malvina, niña entonces de once años, y cuya tia, dueña del almacen de costuras y bordados para donde ella y su hija trabajaban, le daba muy mal trato.

Las amables jóvenes acogieron con el mayor cariño y alegría á aquella otra niña, mas desgraciada aun que



ellas, y la trataron desde aquel día como una hermana menor.

Pero Malvina, á cuyo delicado instinto no se escapaba nada de lo que debía hacer, conocía la diferencia que había entre ella y sus señoritas, como llamaba á las tres hermanas.

El zapatero Martín, que era quien calzaba á la viuda y á su hija, por ser muy barato, fué quien le habló de aquel cuartito desalquilado y quien le llevó á Malvina, diciéndole que su padre había sido siempre un buen ayudante del eminente pintor Valdés, el cual le confiaba algunos trabajos de poca importancia, que luego le pagaba muy bien.

## XII.

### LAS TRES GRACIAS.

Cuando Malvina colocó sobre el velador el veloncito de hoja de lata, que llevaba en la mano, la estancia se iluminó con una luz vaga, pero bastante para distinguir á las tres huérfanas que la esperaban con una ansia mezclada de pena.

Nada podía dar mejor una idea exacta de esas tres bellísimas hermanas que la fábula nos ha dado á conocer con el nombre de las tres gracias, como estas tres encantadoras jóvenes.

Ofelia, la mayor de ellas, apenas contaría diez y ocho

años, y si hubiera existido ya en el mundo en los tiempos del gran Shakespeare, se hubiera podido creer que de ella había copiado el poeta la suave y poética amante del príncipe de Dinamarca.

Todos los que han leído el *Hamlet* han podido concebir á la dulce Ofelia, alta, blanca, casi aérea, con grandes y tristes ojos negros y elásticos bucles de azabache jugueteando por su frente y hombros.

Tal era Ofelia de Valdés; en el instante en que la presento á mis lectores, estaba sentada en uno de los dos sillones que ocupaban los lados del sofá, y tenía el codo apoyado en uno de los brazos de su asiento y la mejilla en la palma de su mano blanca y casi diáfana.

La actitud y el aire de su figura indicaban el sufrimiento y un abatimiento triste é hijo de la resignacion.

Llevaba un traje de lana de color de café, cerrado hasta el cuello y vuelto sobre él un cuellecito blanco y liso que realzaba la gracia virginal de su garganta.

Bajaban las mangas de su traje hasta sus hermosas manos, abrochándose allí y haciendo el oscuro color de la tela resaltar su ebúrneo dibujo.

Era alta, flexible, y en su rostro, en su talle y en toda ella había tanta belleza como dulzura é idealidad.

Su tez, blanca y tersa como el nácar, era suave como el cristal cuajado: bajo su frente, inocente y pura como la de una niña, brillaban dos ojos negros, rasgados, guarnecidos de largas y convexas pestañas, y llenos de mansedumbre y de ternura; cortaban esta frente dos cejas de

suave dibujo, negras y sedosas como el cabello que, en gruesas trenzas, rodeaba su cabeza de vírgen.

Su rostro, de un óvalo prolongado y gracioso, terminaba en una linda barba, cuya suavidad hacia un delicioso contraste con el dibujo majestuoso de su frente; conocíase que su boquita había sido de púrpura poco antes; pero ahora ostentaba solo un dulce matiz de rosa.

El resto de sus facciones era un modelo de gracia juvenil y cándida, pero su talle frágil y sus manos delgadas hasta la transparencia, acusaban, no menos que su palidez, el mal estado de su salud.

Gloria, la segunda, despues de haber abierto la puerta á Malvina, permanecia de pié junto al piano esperando la luz: nosotros ya la conocemos un poco por la pintura que de ella hizo el marqués de la Oliva durante la comida que tuvo lugar en casa del conde.

Nada había exajerado al describir su belleza el marqués; su talla, menor que la de Ofelia, no pasaba de mediana; tenia el cabello de un rubio dorado y vaporoso, y los ojos del mas hermoso azul.

Las demás facciones se asemejaban á las de su hermana en la corrección de su dibujo, en la delicadeza de sus contornos y en la suavidad de su espresion.

Su nombre parecia embellecerla, porque nada puede dar tan exacta idea de la hermosura de un ángel como aquella blanda jóven, tan suave, tan rosada, tan graciosa y de una belleza tan dulce é inocente.

Su traje se diferenciaba poco del de Ofelia; llevaba otro

vestido oscuro de lana, tan usado como el de aquella, y tan largo que se doblaba en gruesos pliegues sobre el pavimento; de este modo su graciosa figura adquiría un aire de majestad llena de gracia y que no perjudicaba en nada á la blandura de sus diez y siete años.

Gloria llevaba sobre su traje y encubriendo los contornos de su talle una esclavina negra, en todo idéntica á la que le hemos visto á Malvina; y vuelto sobre ella un cuellecito igual al de su hermana.

Apoyada junto al balcon y cantando una sonata, cuyo compás llevaba con los dedos sobre los vidrios, estaba Blanca, la mas jóven de las tres huérfanas.

Su estatura era igual á la de Gloria; pero entre su semblante y el de esta habia tanta diferencia como entre el de Gloria y el de Ofelia.

Blanca era mas trigueña que sus hermanas, pues así como la belleza de las dos primeras armonizaba con sus nombres, la de la menor parecia formada para desmentir el suyo.

Sus ojos garzoa, de ese color tanto mas hermoso cuanto es mas indefinible, eran rasgados, dulces y llenos de la alegría de la adolescencia, pues solo contaba diez y seis años; coronábanlos unas tendidas cejas de color castaño lo mismo que sus largas pestañas y que sus cabellos, espesos, sedosos y naturalmente rizados en copiosas y suaves ondas.

Su estrecha frente y su boca, pequeña y purpurina, no menos que el color castaño subido de su rica cabellera

y el seductor matiz de sus grandes ojos, la hacian asemejarse á una bella escultura.

Ostentaban sus formas, mas redondas y perfectas que las de sus hermanas, esa seductora robustez de la adolescencia, cuando aun no han combatido al corazon sus primeras penas, ni la imaginacion ha soñado, ni los ojos han pasado sin dormir una sola noche.

Su seno, elevado y turgente, hacia parecer mas seductora la graciosa delgadez de su cintura: su garganta redonda era blanca; pero no diáfana como la de sus hermanas: llevaba el cabello, que se cortaba á la altura del hombro, partido sobre la frente y bajaba, despues en gruesos y lustrosos rizos acariciando su cuello y sus mejillas.

En cuanto á sus diminutas manos y á sus piecillos, esas dos perfecciones cuya imposible adquisicion desespeera á las personas vulgares, eran seductores como los de sus hermanas.

Blanca llevaba un traje igual en hechura al de Ofelia y al de María: pero en mejor estado y de un color mas lindo, pues era de merino violeta.

No llevaba esclavina, sino un cuellecito blanco y liso como los de sus hermanas, sobre el cerrado escote de su traje.

Nada mas puro, mas risueño, mas fresco, mas rico de gracia y de juventud que la figura de Blanca.

A pesar de no llevarle Ofelia mas que dos años y uno solamente Gloria, ambas la mimaban con entrañable

amor y la preferían en todo á sí propias, recordando el profundo cariño que sus padres le habían profesado, y creyendo que, como la menor, tenía derecho á toda su ternura.

La generosa índole de Ofelia y de María, el carácter dulce y apasionado de ambas se revelaban, mejor que en nada, en su inmenso amor á Blanca, quien por su parte, les pagaba con usura sus cuidados y su afecto.

Las tres hermanas parecían haber sido formadas por Dios para patentizar hasta qué punto puede hacer hermosa á la mujer, y cuantas fases puede dar á su belleza moral y física.

Ofelia, alta, magestuosa, espiritual y perfecta hasta lo sublime.

Gloria, rubia, angelical, blanda, suave y llena de poesía y mansedumbre.

Blanca, inocente, fresca, robusta, voluptuosa, risueña é infantil.

Y las tres, bondadosas, sensibles, sumisas, generosas, bellas de corazón hasta el heroísmo, bellas de cuerpo hasta la idealidad.

### XIII.

#### LA VELADA.

Malvina, después de dejar la luz, cerró las maderas del balcón de la derecha y luego se aproximó al de la izquierda, en el cual estaba apoyada Blanca, para cerrarle

tambien.

—¿Se ha paseado usted á su gusto, verdad, señorita Malvina? dijo Blanca haciendo una cortesía que puso su estatura al nivel de la exígua talla de la jorobadita.

—No, señorita, contestó dulcemente la niña; no he paseado nada; si supiera usted qué frio hace para pasear.

—¿Pues en dónde has estado? preguntó á su vez María en tanto que colocaba el velador del centro de la sala cerca del sitio donde estaba sentada Ofelia.

—Me entretuvo Rosa, señorita, contestó la jorobada cerrando el balcón que ya había dejado libre Blanca.

Luego añadió:

—Rosa me encontró en la calle; iba á llevar un hermoso canastillo de ramilletes á casa del conde D... que da un baile esta noche; las flores eran para el tocador de las señoras, y á fin de que estas puedan cambiar las que se marchiten de su *bouquet* y su peinado.

Ofelia dejó á este tiempo su sillón y acercó al velador una silla bajita para ella y otras dos para sus hermanas.

—Dios mio, qué aturdida soy! exclamó Blanca corriendo hácia Ofelia y quitándole de la mano una de las sillas.

—¿Por qué? preguntó Ofelia sonriéndose.

—Estás mala y te dejo traer las sillas!... perdóname, hermana!

Ofelia, por toda contestacion, selló la frente de la niña con un beso, y ocupó su silla levantando la mano á sus sienes con un ademan de sumo y concentrado sufrimiento.

—Qué pálida estás, Ofelia! exclamó Gloria, poniendo

cerca del velador una canastilla de labor llena de costuras y bordados.

Sonrióse de nuevo Ofelia; pero su sonrisa era violenta y se conocía que dictada solo por el deseo de disipar las inquietudes de sus hermanas.

—Me siento bien, dijo con dulzura; pero vosotras os habeis empeñado en alarmaros y alarmarme tambien: ea, añadió, tomemos la labor... ¿pero qué veo? Blanca, ve á ponerte tu esclavina.

—No tengo frio, contestó la niña haciendo un gracioso mohín.

—Eso no importa; esta noche hiela mucho y toserás.

—Pero tú tampoco llevas abrigo ninguno, Ofelia, repuso Blanca; y eso que estás mas delicada que yo.

—Ay, Dios mío! ¿cómo lo ha de llevar si me ha dado á mí su esclavina? dijo Malvina con acento de profunda emocion; despues añadió con timidez:

—Si no la hubiera usado ya, señorita Ofelia, rogaria á usted que la tomase de nuevo.

—Te la dí porque te hacia mas falta que á mí, dijo Ofelia, y por lo tanto te ruego que la llesves siempre.

—Pues á mí me hace daño la esclavina viéndote á tí desabrigada, dijo Blanca; esta es la razon de no ponerla, que no lo dejo de hacer por gana de desobedecerte, hermana.

—Vamos, te la pondrás ahora mismo si quieres darme gusto, Blanca; yo soy la mayor, y por consiguiente la mas fuerte de las cuatro. Malvina es la mas pequeña y



mas débil de todas, y por lo mismo le hacía falta mi esclavina.

—¿Por qué no le has dado la mía? dijo Blanca.

—O la mía, añadió María.

—Porque las necesitáis.

—Pues yo no la llevaré como no hagamos un convenio, dijo Blanca con su obstinacion de niña mimada.

—Veamos el convenio.

—Que hemos de llevar la mía un dia tú y otro yo: tú te la pondrás esta noche.

—Yo pido lo mismo, añadió María: llevaremos mi esclavina por su turno las tres: mañana se la pondrá Blanca.

—Convenido, dijo Ofelia con su dulce y apacible sonrisa; tráeme tu esclavina, Blanca, y pongámonos á trabajar, que ya hemos perdido un cuarto de hora.

Blanca entró en una de las alcobas que ocupaba con María, y sacó su esclavina que echó sobre los hombros de Ofelia, abrochándosela cuidadosamente, mientras Malvina, despues de haber arreglado las sillas, salia de la salita.

Las tres jóvenes ocuparon sus asientos en torno del velador y se pusieron á trabajar á la escasa luz de su mísero velon.

—Dame mi bordado, Ofelia, dijo María á su hermana, quien le alargó un pañuelo de espumosa y trasparente batista; mas al mismo tiempo que fijaba en él sus ojos exclamó dolorosamente:

—Gloria, tienes que hacer calados... de noche... y con

esta luz! Dios mio, Dios mio, vas á quedarte ciega!

—No te acongojes, hermana; repuso la jóven intentando encubrir bajo una sonrisa la angustia que se pintaba en sus preciosas facciones; todo se reduce á gastar mas tiempo; pero haré los calados y no temas que salgan mal.

—A costa de inmenso trabajo! murmuró Ofelia, mientras dos gruesas lágrimas, desprendiéndose de sus ojos, rodaban por sus blancas mejillas.

—Vengan los calados, dijo alegremente Blanca; yo los haré y Gloria acabará mi peinador.

—¿Tienes tú, por ventura, mejor luz que yo?

—No, repuso la niña; pero tú llevas tres dias de hacer calados y yo he cosido liso; vaya, cambiemos.

Y la voluntariosa niña asió el pañuelo y echó sobre las rodillas de su hermana un peinador casi concluido y cuyas mangas estaban orladas de riquísimos encajes.

En seguida se acercó la luz, la avivó con una horquilla y la inclinó hácia delante para que luciese mejor; mas de repente lanzó un grito de angustia.

—¿Qué tienes? preguntó Ofelia asustada.

—Ay, Dios mio! el velon está casi sin aceite... ¿cómo trabajaremos?

—No asustarse, señoritas, dijo Malvina entrando en la estancia con el ramo de camelias en la mano; tengo dos velas allá dentro.

Las últimas palabras de la jorobada no fueron oidas por ninguna de las tres hermanas, que habian lanzado un grito de alegre sorpresa al ver las flores, arrojándose

todas hácia Malvina.

—Oh, qué hermosas! exclamó Ofelia tomando el ramillete.

—Qué bien estarían dos de ellas entre mis cabellos! murmuró Blanca.

—Qué buena es Rosa! dijo á su vez Gloria.

Estas tres exclamaciones pintaban la cualidad distintiva del carácter de las tres jóvenes.

En Ofelia el sentimiento de lo bello.

En Blanca, la coquetería.

En Gloria, la bondad.

—¿Dónde has encontrado á Rosa? preguntó Gloria.

—Voy á dejar arreglada la cena y me vendré á coser, dijo la jorobada.

—Y mientras trabajamos nos contarás lo que te ha dicho Rosa, añadió Blanca.

Desapareció Malvina y las tres jóvenes se pusieron á trabajar con afán.

No obstante, un observador curioso hubiera podido reparar que Ofelia dejaba caer de vez en cuando su labor como desfallecida, llevándose una mano á la frente como si la sintiese abrumada de dolor.

Sus hermanas, absortas en trabajar con la mayor prisa posible, nada advertían.

—Mañana vamos á cobrar mucho dinero, mucho! dijo María manejando su aguja con una asombrosa rapidez; lo menos seis duros!

—Debemos cuatro al casero, repuso tristemente Blanca.

—Bah! Se esperará otro mes.

—Y le deberemos ocho.

—Calla por Dios! murmuró María acercando su linda cabeza al oído de su hermana; no recuerdes nuestras deudas, Blanca. ¡No ves que Ofelia necesita un médico!

Blanca hizo un signo afirmativo, y una lágrima asomó á sus ojos.

—Ya está aquí Malvina, dijo María volviéndose hácia la puerta, por donde en efecto entraba la jorobada, para disimular su conmocion.

—Y que traigo muchas cosas que contar, dijo la niña.

—Ea, pues siéntate y empieza: ya se vé, como tú eres la única que se pasea, en tanto que nosotras estamos aquí siempre metidas!

Blanca, al decir esto, echó sobre las rodillas de la jorobada una pieza de tela blanca, en la cual se puso á coser Malvina con actividad.

—Pues señor, empezó esta, cuando fui á llevar las camisas al almacén iba yo muy contenta; pero cuando salí, salía muy triste.

—¿Pues qué te pasó? preguntó Blanca.

—Ay, señorita! Que los judíos de los almacenistas no me quisieron dar mas que la peseta que restaba del adelanto que nos hicieron la semana pasada.

—¿Entonces no has traído nada para que cene Ofelia? exclamó María en voz baja, pero con profundo terror.

—¡Cómo se entiende, señorita! Vaya! He traído arroz, huevos frescos, miel blanca y dos panecillos! item mas,

dos velas para trabajar hasta que se concluya la labor y poder cobrar mañana mucho dinero.

—¿Con una peseta has comprado todo eso? exclamó Blanca sonriendo con malicia: bah! bah! No lo creo.

—Si ahora está todo muy barato... casi regalado!.... vaya! Pues ¿con qué había de comprar si no tenía mas dinero? Mire usted, yo ando y busco lo que tiene menos precio y corro plazuelas... y tiendas... y luego como me ven así... jorobada... y tan fea... me dan casi de valde las cosas.

La generosa criatura esplotaba su propia deformidad en beneficio de las huérfanas; aquella deformidad que tan cruelmente la atormentaba, pues la hacia el blanco de las burlas de todos.

Al penetrante talento de Malvina, talento que iba unido á una percepcion exquisita y propia solo de los pobres seres que se la asemejan, á su claro talento, digo, no se escapaba tampoco que estaba privada para siempre de todos los goces y de todas las consideraciones de la vida.

Ofelia comprendió todo lo que habia de heróico en las palabras de Malvina, aun sin saber de dónde procedia el socorro inesperado que les ofrecia; y por un movimiento espontáneo tomó entre sus manos la cabeza de la pobre niña y estampó en su frente dos tiernos besos.

Arrasáronse de llanto los ojos de Malvina, al sentir aquella dulce caricia y besó á su vez la blanca mano de la jóven.

## XIV.

## LA SOMBRA DE LA PRINCESA.

—¿Sabremos lo que te ha dicho Rosa? preguntó impaciente Blanca.

—Como digo, señorita, continuó la niña, iba yo muy triste, y al doblar la calle del Príncipe, ví de lejos á Rosa parada en una acera... ¿con quién dirán ustedes?

—¿Con quién? preguntó María.

—Con aquel señor tan buen mozo que todos los días la espera cuando sale de aquí y que nos ha dicho que es...

—El marqués de la Oliva, dijo Blanca.

—Justamente ese; pues bien: cuando yo llegaba á ellos, ví que el señor marqués daba á Rosa una moneda de oro... así, muy reluciente y bonita.

—Ah! ya! dijo cándidamente María; sería de ochenta reales; como aquellas tres que envió á Ofelia aquella señora por el traje de bautismo que bordó á su niño.

—Sí, sí, lo mismo que aquellas, Rosa la rehusaba y decía: *miste*, señorito, yo no he hecho nada *pa* tanto dinero; tomaré un *durejo* porque no crea usía que es desaire y servirá *pa refrescal* con mi Curro; ¡pero tanto, ni por pienso!

—Yo soy muy rico, respondió el señor marqués.

—¡Ea, que nó! replicó Rosa.

Pero, al fin, tanto instó el otro que Rosa tomó la mo-

neda y se la guardó.

Entonces me acerqué yo.

—Hola chica, me dijo Rosa, me alegro de verte, porque me ahorras un viaje al *destierro* de tu casa.

En seguida puso en el suelo un hermoso canastillo de mimbres blancos que llevaba lleno de ramilletes y empezó á elegir.

Ninguno le parecía bastante bueno y los sacó todos poniéndolos sobre la acera; por fin encontró éste y me dijo:

—Tomá, para la señorita.

—¿Por qué me dá usted el mas hermoso? le pregunté.

—¡Bah! cuando se dá una cosa, se dá lo mejor; y además ¿hay algo que sea bastante bueno y bonito para la señorita María?

—¿Por qué la quiere usted tanto?

—¡Qué se yó! tiene un *aquel* y un... desde el día en que la *pobrecita* quiso comprarme flores y yo la insulté porque no tenia dinero para pagarlas tan caras como yo las vendía, la quiero mas que á mi vida; luego tiene esa cara de ángel...

—Pero tan hermosas lo menos son las otras y no las quiere usted tanto.

—*Verdá* es: pero es que á las otras no las he hecho yo llorar como á la señorita Gloria..... y con qué paz y con qué dulzura-contestó á mis insultos!... cuando se lo conté á Curro casi me mata de un palo!

«Animal, me dijo; ¡si tienes un geniázel!... ¡cuando

nos casemos te he de zurrar hasta que te dome!

—Calla, hombre, le respondí, ya he preguntado á la corcovadilla que la acompañaba, dónde viven, y ahora voy á llevar á la señorita el ramo que le gustó.

«Y todos los dias le llevarás otro igual: ¿estamos?»

«Como quieras; pero ¿sabes que un usía que presencié mi conversacion con la señorita *dende* la puerta del café de Levante se empeñó en comprarme todos los ramos?»

«Como te vea *gastar palique* con un *futraque* te *afosilo*.

«¿Y quién le gasta? ¡Pues *miste* qué!»

María y Blanca soltaron la carcajada al ver la propiedad y donesura con que Malvina remedaba á Rosa y á Curro, atiplando la voz para imitar á aquella y ahuecándola para imitar á este.

En cuanto á Ofelia, no hizo mas que sonreir con aquella expresion penosa que cada instante revelaba un padecimiento mayor, aunque valerosamente contenido.

—Rosa me dijo, continuó Malvina, que el caballero que le habia querido comprar todos los ramos, era el marqués de la Oliva.

—Tambien á mí me lo dijo el otro dia, añadió Blanca, y me lo enseñó, pues al mismo tiempo pasaba por aquí.

En aquel instante el toque de una campana del convento de las religiosas capuchinas, indicó que eran las ocho.

—¡Dios mío! Ofelia, ¡qué pálida estás! exclamó María que, por casualidad, habia fijado los ojos en su hermana.

—Es que no ha comido nada, repuso Blanca. Malvina,



vamos á cenar.

María y Blanca desocuparon el velador, y la jorobada sacó un mantelillo muy blanco que extendió sobre él.

Blanca la ayudó en seguida á traer lo necesario para acabar de poner la mesa, en tanto que Gloria pasaba su pañuelo por la frente de su hermana, bañada de helado sudor.

Blanca puso sobre la mesa cuatro cubiertos de boj y algunos platos de loza ordinaria, y Malvina trajo un plato de arroz humeante y los cuatro huevos, donativo de la señora Antonia.

Las huérfanas hacian sentar á su mesa á la pobre Malvina, pues ya he dicho que la trataban como á una hermanita menor.

Sentáronse María y Blanca, y esta última empezó á partir el pan, en tanto que Malvina corria en busca de la miel.

Mas un doble y terrible grito la hizo volver temblorosa y asustada.

Ofelia había caido desplomada desde su silla al suelo: á sus lados Blanca y María pugnaban inútilmente por levantarla.

Arrojóse Malvina de rodillas junto á las dos hermanas, viniendo su triste llanto á aumentar la desolacion de aquel grupo.

En aquel instante llamaron con fuerza á la puerta de la calle; pero las pobres jóvenes no se apercibieron de ello.

Ofelia seguia en el suelo: la debilidad de aquellas tres

infelices criaturas no alcanzaba á mover aquel cuerpo rígido y helado, como si le hubiera invadido la muerte.

De súbito sonaron pasos en la escalera, y un instante despues llamaron á la puerta de la habitacion.

Malvina abrió maquinalmente, sin cuidarse de preguntar quien era, y el señor Martin apareció en el umbral, seguido de dos hombres embozados en largas capas.

—Señoritas, dijo el honrado zapatero, estos dos caballeros desean ver á ustedes; yo estaba trabajando, oí llamar y bajé á abrir... pero ¿qué es eso? ¿Se ha puesto mala otra vez la señorita Ofelia? ¡Bien digo yo que tanto atarse!

El honrado zapatero dejó su luz sobre una cómoda é iba á levantar del suelo el cuerpo inanimado de Ofelia, mas al volverse vió á uno de aquellos hombres que habia acompañado, despojándose de su capa para ejecutar lo mismo que él queria hacer.

Bajo aquella capa apareció la serena y hermosa figura del príncipe de Cellemare.

Arrojó tambien el sombrero, que ocultaba sus facciones, luego levantó el cuerpo de Ofelia, y le depositó en el lecho que Gloria le señalaba.

Ofelia quedó inmóvil, blanca y hermosa como una estatua de alabastro caída sobre una tumba.

Cruzóse el príncipe de brazos: contempló la adorable figura de Ofelia, y murmuró en voz queda y temblorosa:

—¡La sombra de mi madre!

## XV.

## EL DOCTOR.

Mientras que el príncipe permanecía absorto mirando á Ofelia, otra escena muy distinta tenía lugar en el fondo de la estancia.

El otro embozado que había subido con el príncipe se había desembozado igualmente de su capa y de su sombrero, arrojándolo todo sobre una silla.

Al verle se acercó Malvina á Blanca y le dijo al oído:

—El marqués de la Olival

Mas la pobre niña no la oyó, absorta en la afición con que contemplaba á su hermana privada de sentido.

Gloria, por el contrario, había fijado maquinalmente sus ojos en el semblante del recién llegado y un subido carmín coloreó sus blancas y transparentes mejillas.

Había reconocido en él al hombre que sin cesar la seguía y se presentaba ante sus ojos.

Desde el día en que había querido comprar á Rosa su primer ramillete, veíale en todas partes; si se acercaba al balcon, le encontraba situado en la acera de enfrente; si salía para entregar labor con Malvina ó alguna de sus hermanas, le encontraba siempre; y muchas veces la imagen de aquel hermoso jóven se había mezclado al insomnio, producido por el exceso del trabajo ó por la falta de alimento, pues aquellas pobres niñas habían sentido con

frecuencia los rigores del hambre.

El marqués, débil aun y pálido, pues estaba convaleciente de su herida, se dejó caer en el sofá y apoyó la mejilla en la mano, pareciendo reflexionar profundamente.

En tanto el príncipe, saliendo de su contemplacion, había acudido al socorro de Ofelia, á cuya nariz acercó su pañuelo impregnado de un fuerte perfume.

Ofelia hizo un movimiento, y el príncipe, volviéndose vivamente hácia las personas que había á su espalda, dijo con voz fuerte:

—Un médico!

El señor Martín puso en movimiento sus largas piernas, pero María, con los ojos arrasados de lágrimas y las manos cruzadas, le cerró el paso.

—No tenemos dinero! murmuró con voz tan ahogada, que solo el anciano pudo percibirla.

—¿Y qué importa que no haya dinero? repuso este con acento decidido y con aquella impremeditacion propia de las personas en quienes la educacion no ha modificado los trasportes del alma; no faltaba mas, sino que pudiendo yo trabajar aun, careciese la señorita de un buen médico!

Esto diciendo salió apresuradamente, en tanto que el príncipe contemplaba á Blanca y á María de la Gloria con un interés, á través del cual se traslucía una profunda pena.

La contestacion del zapatero le habia iluminado acerca de lo que la jóven podia haberle dicho.

Contemplaba, pues, aquella habitacion en la cual el buen gusto luchaba con la miseria de un modo tan enérgico; aquella pobre cena cuyos manjares no sabia él que existiesen; el ménos que molesto lecho en que estaba acostada Ofelia, y sobre todo las abatidas figuras de Blanca y de María, quienes solo contenian su llanto por un efecto de su dignidad y de su orgullo.

Las desgraciadas niñas absortas en su pena, ni habian advertido el espionaje del príncipe, ni tampoco la malvada alegría que se retrató en las facciones del marqués al contemplar su indigencia y abandono.

Ofelia habia vuelto á cerrar los ojos; Blanca y María, inclinadas una á cada lado del lecho, se asemejaban á las estátuas del dolor y de la tristeza.

El príncipe se acercó á Gloria y le rogó con dulzura que le oyese algunas palabras en particular.

La jóven dócil como un corderillo, y cediendo á la confianza que le inspiraba aquel hombre de aspecto tan grave y noble, le siguió cerca de uno de los balcones.

—Señorita, dijo Cellemare; yo he sido uno de los admiradores de su padre de usted, y además uno de sus amigos; artista, como él, pero de una nacion extranjera, me hallé en Madrid hace seis años sin recursos y sin medio alguno de subsistencia. Su padre de usted ocurrió con la mayor generosidad á mi pobreza, y me facilitó la cantidad que necesitaba para terminar el cuadro que estaba pintando y poder regresar á Roma donde debia venderle. Mucho tiempo he buscado á usted y á sus hermanas, con-

tinuó el príncipe; anoche supe por fin donde se hallaban ustedes y he venido á satisfacer la deuda que contraje con su padre, de cuya muerte tuve noticia en Venecia con profundo sentimiento.

El príncipe al decir estas palabras con voz conmovida, presentó á María un bolsillo de seda verde, á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro; pero su actitud era tan respetuosa como si hubiera demandado un favor de gran valía.

Gloria alzó los ojos al cielo con expresion de indecible gratitud y sus labios se movieron como si rezase.

—Gracias, señor! dijo con voz trémula y oscurecida por las lágrimas que contenia con trabajo; no sabe usted el bien que nos ha hecho acordándose de nosotras, pobres huérfanas desvalidas!... al amigo de nuestro padre puede decirselo todo... señor, la noble conducta de usted salva á mi hermana de una muerte cierta, pues hace mucho tiempo que está enferma, sin que nuestra indigencia nos haya permitido poner los medios que pueden curar su mal.

El príncipe no respondió á estas tristes palabras, contentándose con mirar á Ofelia con marcado enternecimiento.

La llegada del médico, que venia acompañado del señor Martin, hizo variar la situacion; el príncipe, para evitar á María la penosa accion de tomar su bolsillo, le colocó sobre una cómoda y se acercó con la jóven al lecho de su hermana.

El doctor asió la heleda mano de Ofelia, aplicó el oido

á su pecho y tocó sus sienes bañadas con el sudor de la congoja.

—Aquí no hay mas que debilidad y sufrimientos morales, dijo en voz baja; esta señorita debe haber padecido de espíritu mas de lo que puede sobrellevar una edad tan tierna.

El médico pronunció estas palabras con un acento afectuoso, casi paternal; mas, al fijar sus ojos en las hermosas figuras de Cellemare y del marqués, nublóse su frente y una sonrisa amarga asomó á sus labios.

—¿Qué debemos hacer, señor doctor? preguntó ansiosamente Blanca siguiéndole fuera de la alcoba.

—Nada tengo que recetar, querida; respondió el médico con frialdad; contra las causas que motivan el mal de esa jóven no tiene la ciencia remedio alguno.

El doctor se dirigió á la puerta, mientras que la pobre niña rompía á llorar amargamente.

—Nómbreme usted la enfermedad de esta jóven, señor doctor; dijo severamente él príncipe saliendo al encuentro del médico.

—¿Es usted su amante? preguntó tristemente el médico, que era un anciano de grave y digno aspecto.

—No señor, contestó con firmeza el italiano.

—¿Es usted su esposo?

—No!

—¿Su hermano?

—Tampoco.

—Entonces bien puedo decirle la verdad.

—Dígala usted.

—El mal de esa joven es... disolucion!

—Doctor! gritó Cellemare con voz terrible.

—¿Qué quiere usted? contestó el médico volviéndose desde el umbral.

—Vea usted que no sabemos á quien infamamos, usted profiriendo esas palabras y yo escuchándolas!

—Podrá ser que no sepa usted quienes son estas jóvenes; yo tampoco lo sabia al venir, mas desde que las ví, conocí que estaba en el famoso *Nido de Palomas*.

—¿Qué quiere usted decir?

—¿No ha oido usted hablar desde que está en Madrid, porque su acento me hace comprender que es usted extranjero; no ha oido usted hablar del *Nido de Palomas*?

—Sí... oh... así exclamó sordamente el príncipe llevándose las manos á la frente.

—En él se halla usted, pues, dijo el médico bajando la escalera con Cellemare, que le siguió gritando como un loco:

—No... no!... No puede ser esa mujer la sombra de mi santa madre!...

No bien hubieron salido el príncipe y el doctor, seguidos del señor Martín que fué á alumbrar, desapareció Malvina; sentóse Blanca á la cabecera de Ofelia y María quedó sola con el marqués de la Oliva.

Durante algun tiempo reinó en la estancia el silencio mas profundo. María, confusa y ruborizada, no se atrevia á levantar los ojos, sintiendo, por decirlo así, la cini-



ca mirada del marqués.

Este, que tenia sobrado conocimiento del mundo y del corazon de la mujer, para que pudiese olvidar durante largo rato lo embarazoso de semejante posicion, rompió al fin el silencio diciendo á la jóven:

—Señorita, la presencia de personas estrañas y el desgraciado accidente de su hermana de usted, me han impedido hablarle antes del asunto que me conduce á su casa.

El marqués guardó de nuevo silencio, esperando una contestacion, ó quizá reflexionando si debía nombrar al príncipe, á quien desde que subieron la escalera, habia reconocido; ambos se habian medido con una mirada igualmente terrible; mas la del príncipe estaba respirando desprecio hácia el marqués, al mismo tiempo que la de este revelaba el odio mas profundo y concentrado.

Resolvióse, por último, á no nombrarle y viendo que María continuaba en su silencio añadió:

—Mi amiga, la señora duquesa de Rio-Claro, quien, por una grave indisposicion no ha podido venir personalmente á verla, me ha dado una carta para usted.

—¡Una carta para mí! repitió sorprendida María de la Gloria: ¡si yo no conozco á esa señoral...

—Lo creo, señorita; pero ella conoce á usted como puede ver por la carta de que le he hablado.

Cárlos, al decir estas palabras, presentó en efecto á la jóven una carta de papel rosado, perfumada; y en cuyo sobre se leia con una letra clara y menuda:

«A la señorita María de la Gloria Valdés.»

María rompió el sello, que lo formaba una corona ducal, impresa en lacre blanco, y leyó el billete concebido en estos términos:

«La duquesa de Río-Claro participa á la señorita María de la Gloria Valdés que teniendo noticia de su rara habilidad para la música, desearia diese lecciones de piano á su hija Nélica, de edad de siete años.

»La duquesa espera mañana á las cuatro de la tarde en su palacio á la señorita María para que fije por sí misma sus honorarios y la hora de dar las lecciones.»

María guardó este billete y una viva alegría iluminó su semblante encantador.

¡Podria ganar algun dinero para que sus hermanas no trabajasen tanto!

Este pensamiento no le dejó ver el estilo humillante de la carta; no advirtió que en ella la duquesa no llamaba á su hija *señorita*, sin duda por no igualarla con ella.

Su inocencia no le hizo tampoco estraño el singular medio de que se habla valido la duquesa para enviarle su carta; mas el marqués, que era sagaz hasta un punto increíble, se apresuró á decir:

—La duquesa, señorita, podia haber enviado á usted esta carta por uno de sus criados; mas le han hablado tan favorablemente del carácter y costumbres de usted y de sus hermanas, que me ha rogado me encargase de este asunto por deferencia hácia usted y su familia.

—¿Quién ha podido hablarle de nosotras? preguntó cándidamente María.

—Lo ignoro, señorita.

—Nadie nos conoce y vivimos absolutamente retiradas.

—Quizá son ustedes mas conocidas de lo que se imaginan, repuso el marqués con una maligna sonrisa; quien las ha visto una sola vez no puede olvidarlas, pues son ustedes tres bellezas de un género tan perfecto como diferente; pero, añadió el marqués, no quiero ofender sus oídos con galanterías que quizá le disgustará escuchar, atendido el estado de la señorita su hermana; dígame usted únicamente si podré asegurar á la señora duquesa que verá á usted mañana.

—Sí, caballero, contestó María; puede usted asegurarle que mañana á las cuatro tendré el honor de verla.

La jóven á pesar de su inocencia, de su preocupacion y de su absoluta ignorancia del mundo y de sus costumbres, hizo al decir estas palabras una señal de cabeza al marqués, que dió á entender á este con bastante claridad se habia concluido su entrevista.

El marqués, admirado de la nobleza y dignidad de aquel movimiento, permaneció inmóvil contemplando á Gloria; mas esta creyendo que no la habia comprendido, le dijo con dulzura:

—Perdone usted, caballero, que no pueda consagrarle mas tiempo, pues tengo que cuidar á mi hermana.

Vivamente herido en su orgullo el marqués, saludó y se retiró; aquella pobre jóven era la primera mujer que no le habia rendido un digno homenaje, ó al menos significádole una inmodesta preferencia.

Al llegar al patio oyó llamar y tuvo que esperar un instante á que Malvina bajase á abrir, pues el señor Martin se hallaba ya acostado.

La pobre niña, aturdida con los sucesos de aquella noche, bajó presurosa y abrió la puerta.

Una vieja, antítesis de la apacible y honrada señora Antonia, asomó desde la calle su sombría cabeza.

Era alta, seca y venia vestida de negro y cubierta con una gran mantilla.

El marqués, para quien no podia ser indiferente nada de cuanto pasase en aquella casa, salió á la calle y cubriéndose el rostro con el embozo de su capa, se puso en acecho á la parte de afuera.

—¿Vive aquí una jóven, que se llama Blanca Valdés? preguntó la vieja á Malvina.

—Sí, señora, contestó tímidamente la niña.

—Quiero verla.

—Suba usted.

La puerta se cerró, quedando dentro las dos mujeres y el marqués de la Oliva no pudo oír mas.

No obstante permaneció allí como una figura de piedra adherida á la pared.

Seguiremos á Malvina y á su acompañanta, y luego volveremos á encontrar al marqués.

La anciana entró en la estancia donde se hallaban las tres hermanas, Blanca y María muy afligidas por el estado de Ofelia y por la desaparicion del médico, que nada habia ordenado para remediarlo.

Blanca, recostada en el sofá, lloraba desconsoladamente, mientras María procuraba calmarla: la recién llegada se aproximó á la jóven sin vacilar entre ella y su hermana y la dijo:

—Vengo, señorita, á pedir á usted un favor.

—¿Un favor... á mí? dijo Blanca levantando su bello rostro bañado en lágrimas y mirando sorprendida á su interlocutora.

—Si me lo negara usted, señorita, me haría mucho daño, prosiguió aquella mujer clavando en Blanca una mirada que la hubiera amedrentado si hubiera podido comprender su espresion.

—¿Qué quiere usted de mi hermana? preguntó María de la Gloria con bondad; hable usted, buena mujer, nosotras somos tambien muy desgraciadas y deseamos consolar al que sufre.

—Oh! bien se conoce que son ustedes muy buenas, mis queridas señoritas! dijo aquella mujer echando en derredor suyo estrañas miradas; pero voy á decir á usted el objeto de mi venida, porque he dejado sola á mi hija.

—¿Tiene usted una hija? preguntó Blanca, cuyo carácter tierno se interesaba por todas las jóvenes.

—Y muy hermosa, señorita; ella es la que me envia aquí. Madre, me dijo esta tarde; al volver yo á casa he visto en un balcon de la calle de San Bernardino á la mas linda jóven que se puede usted imaginar; justamente el modelo que yo necesitaria para pintar la Virgen que me han encargado las comendadoras de Santiago.

—¿Es pintora la hija de usted?

—Sí, señorita; pintora de gran talento á pesar de su juventud; pero que todavía no ha podido adquirir nombre por nuestra mísera posición; de ese cuadro de la Anunciación, que le han encargado las Comendadoras, depende nuestro porvenir; con él pagaremos muchas deudas que hemos contraído por una enfermedad que yo he padecido, y Paulina podrá entregarse al trabajo con mas tranquilidad.

—¿Y qué es lo que desea de mí la hija de usted? preguntó Blanca.

—Yo diré á usted: toda la tarde anduvo triste, y cerca del anochecer me dijo:

—«Madre, si fuera usted tan buena que quisiera ir á la calle de San Bernardino!

—«¿Para qué? le pregunté yo admirada.

—«Para rogar á esa hermosa jóven que se digne venir durante dos horas á mi taller ó que me permita ir á su casa, á fin de que su belleza me sirva de modelo para mi Virgen. ¡Oh! ¡en ese caso sí que saldría divinal!»

—Dígale usted, pues, que puede venir cuando quiera; dijo María dirigiéndose á la alcoba en la cual daba Ofelia penetrantes gemidos.

—Sí, añadió Blanca; diga usted á su hija que será dichosa si puedo contribuir al buen éxito de su obra; y perdone usted, señora, que el estado de mi hermana me obligue á dejarla.

—Es que, señorita, observó aquella mujer con vacila-

cion, á mi hija no se le ha alcanzado la dificultad de pintar fuera de su taller; pero yo juzgo imposible que pueda hacerlo; allí tiene sus paletas, sus pinceles, sus caballetes, todo cuanto necesita, en fin; al paso que aquí carece de todo; quizá hasta de la luz conveniente...

—Pues bien, yo iré; dijo Blanca llevada de la irreflexion y viveza de su carácter, de la generosidad y blandura de su bella índole, y sobre todo de su deseo de desbarazarse de aquella mujer importuna.

Los ojos de la vieja brillaron como dos áscuas; levantóse apresurada, como si temiese que la jóven se retratase de su promesa y dijo:

—Ya que es usted tan buena, señorita, yo vendré á buscarla mañana á las once de la mañana.

Blanca hizo un signo de asentimiento y desapareció detrás de las cortinas de la alcoba de Ofelia, cuyos quejidos se hacian mas dolorosos á cada instante.....

Cuando la vieja salió á la calle una sombra se destacó de la pared, tomó cuerpo y dejó ver la figura arrogante de un hombre envuelto en una capa.

La luz del único farol que se veia en la calle, alumbró sus facciones y dió á conocer al conde D...

Otra sombra se destacó de la pared de la casita.

Era el marqués de la Oliva que se puso en acecho de lo que hablaban el conde y la vieja.

—¿Qué hay? preguntó el esposo de Clotilde.

—Iré; contestó la mujer con aire triunfante.

—¿Sola?

—Conmigo: he quedado en que vendré á buscarla mañana á las once.

—¿Estás segura de la prudencia de Paulina?

—¿No he de estarlo si depende de mí?

Una sonrisa burlona pasó por los lábios del conde; luego sacó por debajo de la capa su mano derecha y dijo alargándola á la vieja:

—Toma.

Dejóse oír un ruido metálico: la vieja se volvió hácia la luz del farol, contó y dijo con ira:

—Es poco.

El conde dió dos pasos para irse, mas la vieja le detuvo por la capa.

—¿Cómo es eso? exclamó con voz estridente; hace mes y medio que está usted loco por esa niña sin lograr ni aun verla, y cuando yo...

—Suelta, bruja! dijo el conde arrancando su capa de manos de aquella Megera, y déjame en paz si quieres que sea mas liberal mañana.

Esto diciendo echó á andar apresuradamente y la vieja tomó por el lado opuesto maldiciendo entre dientes.

De súbito se vió atajada por una persona que la cerró el paso.

—Hola vestiglo! dijo la armoniosa voz del marqués de la Oliva; ¿qué te trae por acá?

—El encargo de cazar á una de las palomas de ese nido; contestó la vieja señalando á la casita de las jóvenes.

—¿A cuál de ellas? preguntó con voz sorda el marqués,



asiendo con fuerza el brazo de la vieja.

—A la mas niña, contestó ella con una risa cínica que dejó ver sus encías enteramente despobladas de dientes.

—Es que, observó el marqués, si contribuyes en lo mas mínimo á la perdicion de la jóven rubia, te mato.

Tembló la vieja, pues conocia que el marqués era muy capaz de cumplir su amenaza; pero, recobrándose al instante, respondió con descaro.

—¿De qué perdicion habla usted? ¿Quién puede perderlas mas de lo que ya lo ha hecho la lengua de usted? Hace un mes nadie sabia que esas muchachas vivian en el mundo y desde que habla usted de ellas en el casino, en el teatro y en...

—Yo tengo mis razones para obrar así, dijo secamente el marqués; mas si olvidas lo que acabo de advertirte, sabe que en ello te va la vida.

El marqués pronunció estas palabras á modo de despedida y en seguida tomó la misma direccion que el conde.

La vieja se perdió por una callejuela oscura haciéndose cruces.

Al final de la calle en que habia entrado el marqués vió este al conde recostado en la esquina y hablando consigo á media voz, como si fuera presa de la agitacion mas vehemente.

El marqués pasó junto á él sin ser visto y se detuvo en la otra esquina para escuchar su monólogo.

Si! decia el conde: Clotilde, todo lo intentaré por olvidarte! Hasta hoy tu amor ha imperado en mi corazon, y

tu imagen, profundamente grabada en él, me hacia creer que necesitaba arrancarle del pecho!... Ahora quiero buscar el último de los remedios... mi alma abrasada no se alivia en las orgías, ni en el juego; por eso he buscado una alma joven, casi infantil, con la esperanza de que sus frescas emociones despierten las mías!... ¡Oh, cuánto tardará á lucir para mí el día de mañana!

El marqués no quiso oír mas y se fué en busca de su lecho, porque hacia tres noches que no dormia, ocupado en rondar el palacio del conde, para ver si podia columbrar la sombra de Clotilde á través de las colgaduras de seda y oro de sus balcones.

A tanto habia llegado la pasion del libertino, exaltada sin cesar por el desvío de la condesa.

## XVI.

### LA AUTORA Á SUS LECTORES.

Preciso es, lectores míos, que retrocedamos algunos días para que podais comprender mejor los diversos acontecimientos de esta historia.

Desde la noche en que, por una terrible obcecacion de su orgullo, rompió el esposo de Clotilde todos los lazos que le unian á ella, esta desgraciada joven permanecia sumergida en un profundo abatimiento, y entregada únicamente al cuidado de sus hijos.

—¿Qué he hecho yo? se decia. ¿No le he sido fiel desde

que le pertenezco? ¿Hay en la corte nombre mas puro que el mio? ¿He dado un solo disgusto á ese hombre cruel que hoy me abandona y reniega de sus hijos? ¿Cuál es mi culpa?

Mas al hacerse esta última pregunta, cubríase su frente de una intensa palidez y temblaban sus labios; era que en el fondo de su alma se alzaba la imágen de Fernando de Silva y aquella imágen le decia sonriendo con ternura:

«¡Tú me has amado siempre! Ni un solo dia has dejado de consagrarme un recuerdo, ni una sola noche una lágrimal»

Al oír aquella voz, que partía de su conciencia, la infeliz jóven se cubría el rostro con las manos é iba á echarse de rodillas entre las cunas de sus hijos para librarse de sí misma.

Durante muchos dias sostuvo valerosamente estos combates de su corazon refugiándose en el cariño que profesaba á sus hijos y en la oracion, ese puerto único en las tempestades de la vida; mas llegó un instante en que Satanás alzó en su alma un pensamiento homicida, hijo del despecho que le producía el abandono en que la dejaba su marido.

Este pensamiento empezó á acosarla el primer dia que salió de su casa para ir á la iglesia.

Apoyado en una columna, inmóvil y pálido estaba Fernando de Silva.

El corazon de Clotilde dió un vuelco y ella le pregun-

tó si se hubiera atrevido Fernando á ponerse á su paso yendo acompañada de su esposo.

Su corazon le respondió que no; aunque es probable que Silva hubiera hecho lo mismo. Desde aquel dia le vió en todas partes; si abria un balcon, le veia inmóvil en la acera de enfrente: si iba á misa le encontraba apoyado en una columna de la iglesia; si iba al teatro, Fernando ocupaba un palco próximo; y la primera noche que la condesa abrió su salon á sus amigos de mas confianza, segun acostumbraba á hacerlo una vez por semana desde que se casó, la segunda persona que entró en él, fué Fernando de Silva.

Poco despues entró el conde; dió la mano á todas las personas á quienes verdaderamente estimaba y la dió tambien á Fernando; luego se sentó á jugar á una mesa de tresillo; la condesa mandó servir el té, costumbre que el conde habia adquirido en Inglaterra y que hacia seguir en su casa para dar mas amenidad y confianza á su pequena reunion.

El servicio del té ocasionó algun movimiento: formáronse grupos y conversaciones particulares, y Fernando se halló al lado de la condesa naturalmente y sin que nadie sospechase nada.

Esta tembló, y Silva que sentia por ella, no ya amor, sino una especie de deseo feroz de venganza, empezó á pintarle todo lo que habia sufrido durante aquellos tres años que habian estado separados, alegando como un sacrificio su voluntaria renuncia á su amor.

Clotilde tuvo que levantarse desvanecida y con la cabeza hecha un volcan del lado de Silva; este habia recobrado todo el imperio que antes ejercia sobre el alma de la infeliz jóven; su voz vibraba en los oidos de Clotilde como los ecos del primer amor, y comparando la conducta del conde con la pasion que le pintaba Fernando, volvió á preguntarse si no merecia disculpa que se abandonase á un cariño contra el cual ningun apoyo le prestaba su marido.

Un pensamiento salvador vino á arrancarla del lado de aquel hombre peligroso; Fernando de Silva era casado y ella lo sabia, pues cuando este se enlazó con su esposa, hija de uno de los mas ricos propietarios de su provincia, se lo escribió Agueda su nodriza.

Clotilde evitó en cuanto pudo desde aquella noche la presencia de Fernando; mas éste buscaba la suya con tanto ahinco como ella ponía en huirle.

La desgraciada jóven se consumia en medio de esta lucha terrible: la mujer que toda su vida es buena sin combates no es la mas meritoria á los ojos de Dios; la que cruza la senda de la vida con las mejillas constantemente rosadas, con la frente siempre serena, con los lábios perpétuamente sonrientes, debe abrigar un corazon helado y haber nacido sin pasiones.

No son por cierto esas mujeres las que llevan rodeada su frente con la hermosa y fulgente corona de la virtud; no hay gloria sin combates, ni hay palma sin vencimiento.

Este era el estado del alma de Clotilde cerca de dos meses despues de empezarse esta historia; es decir, al mismo tiempo que ocurría en casa de las huérfanas los acontecimientos que acabo de referir.

Separémonos de ella, lectores míos, y echemos una ojeada al marqués de la Oliva, que alcance á la noche en que fué herido por Cellemare, y en que el conde le salvó la vida llevado del deseo de una venganza mayor.

Conducido á su casa fué curado por su médico, que estrajo la bala con una rara habilidad, declarando que la herida no era mortal.

Cárlos se dejó cuidar dócilmente porque anhelaba la salud, y tenia bastante fuerza de voluntad para sufrir con paciencia un régimen severo y bienhechor.

Por eso, veinte y seis días despues de su desaffo con el príncipe, pudo salir en carruaje á investigar por sí mismo dos cosas que ansiaba saber.

Era la una conocer la posición en que habia quedado la condesa con su marido despues de la tormenta que debia haber provocado en su matrimonio la aparición de Silva, seguida de su anónimo; mas esto no pudo lograrlo porque, en la apariencia al menos, Clotilde seguía vi-  
viendo con su esposo en la mas completa armonía.

El otro deseo que le atormentaba era el de saber algo acerca de la encantadora jóven que habia visto hablando dos meses antes con la vendedora de ramilletes; á fuerza de inquirir logró averiguar que vivía con dos hermanas mas, y que eran huérfanas y muy pobres.

Un día vió entrar en la casita de las jóvenes á Rosa con un gran ramo de flores en la mano, y salir sin él al cabo de algun tiempo; el marqués recordó al instante lo ocurrido entre la ramilleteira y la jóven y no dudó de que las flores eran para esta.

Infatigable, se informó del modo de vivir de Rosa; supo que era muy honrada, que se mantenía y mantenía á su anciana madre con el producto de sus flores, y que tenía relaciones amorosas con un jóven oficial de carpintero, llamado el Curro.

El marqués buscó al Curro: le encargó varias obras para su casa, pagándolas doble de lo que valian y se mostró muy aficionado á él hasta el punto de ofrecerle para dentro de algun tiempo la suma que necesitaba para establecerse y casarse con Rosa.

El Curro era de genio violento; pero hombre de bien, agradecido, y estaba dotado de una increíble candidez de sentimientos; así, pues, no sabía como pagar al marqués lo que este hacia por él.

Cuando Cárlos estuvo seguro de su gratitud, le confió su pasión por una hermosa jóven desconocida y al parecer pobre, que vivía en la calle de San Bernardino, número 3. Antonio, el Curro, se felicitó de poderle dar las noticias que deseaba y le dijo que su novia llevaba todas las semanas un ramillete á dicha jóven.

Por Antonio, pues, supo el marqués cuanto necesitaba saber; y pocos días despues esperó á Rosa cuando salía de dejar su ramo, y le habló dándose á conocer como el mar-

qués de la Oliva, del cual tenía noticias por su novio.

El marqués supo aquel día que María de la Gloria era una excelente profesora de música y al instante meditó un plan de ataque.

Pensó desde luego para llevarle á cabo en la bella duquesa de Rio-Claro, á quien ya conocen mis lectores por haberla visto con Clotilde en su palco de la ópera; la duquesa, viuda cinco años hacia, sentía una verdadera pasión por el marqués de la Oliva, quien había pensado en casarse con ella por sus muchas riquezas.

La duquesa tenía una preciosa niña de siete años; solo rodeando á esta criatura de cuidado y de cariño había conseguido el marqués hacerse dueño del corazón de su madre.

El día mismo en que supo que María de la Gloria poseía la música con tanta perfección, resolvió hacer un instrumento para sus fines de la inocente niña, hija de la mujer á quien había jurado un eterno cariño.

Desesperado de no poder entrar por ningún medio en casa de las huérfanas, pues sabía por Rosa y su prometido que nadie las visitaba y que jamás salían, hizo comprender á la duquesa que su hija Nélide debía ya empezar el estudio de la música, y le habló de una joven que podía servirle de excelente maestra, encareciéndole las ventajas de que se encargase de su enseñanza una persona de su sexo.

La duquesa cayó en el lazo y Carlos fué bastante sagaz para conseguir de ella el billete que le hemos visto



presentar á María y que le sirvió de pretesto para introducirse en su casa.

Retiróse lleno de contento; su obra estaba acabada, porque desde el dia en que habia visto entrar á la jóven en aquella casita de tan pobre y mezquina apariencia, juzgó, llevado por la bajeza de sus sentimientos, que era de conducta equívoca, y en este sentido habló de ella á sus amigos; mas no bien supo que eran tres hermanas y que vivian solas, su maledicencia tomó mayor incremento y ya no designó su casa mas que con el apodo de *un nido de palomas*.

## XVII.

### MAS ESPLICACIONES DE LA AUTORA.

El conde D... por ese fanático culto que profesaba á todas las exigencias del gran mundo, siguió viendo al marqués de la Oliva con la sonrisa en los labios, despues de la noche del desafio de este último con el noble y magnánimo príncipe de Cellemare.

Ya sabemos que el marqués no oyó las palabras del esposo de Clotilde por estar desmayado; así pues, cuando volvió á encontrarle en el mundo y el conde le preguntó con admiracion por la causa de su herida, el marqués le respondió con indiferencia que la debia á un lance ocasionado por el juego.

En seguida entabló su conversacion favorita y pre-

guntó al conde si conocia el famoso *nido de palomas* de la calle de San Bernardino.

—Algo he oido hablar de él, contestó el conde; es la conversacion del dia en las reuniones de hombres solos; pero, añadió, dígame usted, porque no estoy bien enterado, ¿qué nido es ese?

—Una casita muy pobre y estraviada en la cual viven tres jóvenes que son tres ángeles de belleza; una de ellas es aquella que nombré á usted el último dia que tuve el gusto de comer en su casa.

—¿La joven rubia que queria comprar camelias?

—La misma.

—He oido elogiar la belleza de esas muchachas, repuso el conde, y me han ponderado además su juventud.

—No cuenta todavía diez y ocho años la mayor, la cual lleva el poético nombre de Ofelia; le sigue en edad María de la Gloria, que es una belleza celestial, y tendrá diez y siete, y la última, acaso la mas hermosa de las tres, acaba de cumplir diez y seis primaveras.

Dejó escapar el conde un hondo suspiro: esta edad contaba Clotilde cuando él la conoció, y sus desgracias presentes le exageraban toda su perdida felicidad, y le hacian mas punzantes los halagüeños recuerdos de lo pasado.

Aun estaba sumergido en estos tristes pensamientos cuando se acercó á él el príncipe de Cellemare; se asió de su brazo, y sin mirar siquiera al marqués de la Oliva, se alejó con el conde á través de la muchedumbre que llenaba los salones de la embajada de Francia donde se en-

contraban.

—¿Qué decía á usted ese hombre que así se ha preocupado? preguntó el príncipe al esposo de Clotilde.

—Me hablaba del nido de palomas que hoy ocupa la atención de tantos jóvenes de nuestra aristocracia.

—El ha hecho tan tristemente célebres á esas pobres criaturas; contestó Cellemare con indignación.

—¿Cómo!

—Sí, amigo mío; desde el día en que ese hombre vió á una de ellas entrar en una modesta casa ha hecho mil perversas suposiciones acerca de ella y de sus hermanas y las ha dado por ciertas; por eso la solitaria calle en que viven se vé hoy cruzada sin cesar por los jóvenes mas libertinos de Madrid, quizá sin que ellas mismas lo sepan, pues yo he visto siempre escrupulosamente cerrados sus dos pobres balconillos. Crea usted á los instintos de mi alma, Augusto, esa miseria se oculta y la miseria pudorosa debe ser siempre respetada.

—Yo quisiera ver á esas jóvenes, dijo sombríamente el conde; mi corazón necesita distraerse, olvidar... Honorio, yo ansio, yo necesito enamorarme de otra mujer que separe mi pensamiento de Clotilde!

—Entonces, amigo mío, cumple usted todas las secretas é infames miras del marqués.

—¿Piensa usted pues?...

—Pienso que ese hombre ha querido excitar la curiosidad de usted para ver si logra hacerle infiel á la condesa; él conoce demasiado el corazón de la mujer, y sabe

que á veces el orgullo herido la precipita en abismos á donde no puede conducirla el amor con toda su magia.

—¿Y qué me importa que ella ame á quien quiera? exclamó amargamente el conde. ¿No estoy bien seguro de que no me ama á mí?

—Nada diré á usted para contrarrestar esa fatal creencia, que veo por desgracia demasiado arraigada en su alma, repuso tristemente el príncipe; solo le ruego que espere.

—No, no; exclamó Augusto, esta situación me mata; paréceme que amo mas á mi esposa desde la pérdida de mis ilusiones; necesito que me pertenezca un corazón virginal y puro, que no se haya abierto aun á ningun otro amor en la tierra! Necesito hallar de nuevo lo que soñé hallar en Clotilde, lo que anduve buscando toda mi vida! Un corazón que fuese mio, únicamente mio! Hay mujeres de vida borrascosa que tienen el corazón vírgen de todo amor; alguna de esas jóvenes debe ser pura, al menos de alma y de sentimientos, y eso me basta; además ¡cuán grato será para mí sacarla del abismo del vicio si realmente ha caido en él! Déjeme usted probar, Honorio, déjeme usted probar! lo quiero... lo necesito!

Guardó silencio el príncipe ante tan vehemente razonamiento; el conde desde el día siguiente se ocupó de buscar una de esas mujeres despreciables, mensajeras de infamia, y que atraen á las jóvenes á sucumbir entre lazos tan bien urdidos que parecen inspirados por el mismo Satanás; encontrála fácilmente; mas en vano con di-

ferentes pretextos intentó subir esta mujer á la habitacion de las señoritas Valdés; el señor Martin y la señora Antonia, que no formaron un juicio muy favorable de su talante, la despedian siempre *con cajas destempladas*, como ellos decian.

El príncipe, por su parte, vivia solitario y melancólico; no buscaba el amor; la profunda conviccion en que estaba de que los sinsabores que habian ocasionado á su madre habian minado la salud de esta de un modo irremediable, le hacia acusarse de su muerte durante las largas horas de soledad de su helada vida.

Ni siquiera pensaba en salir de España; agradábanle su hermoso y alegre cielo, sus costumbres y el carácter de sus habitantes, y en medio de su aislamiento apenas se preguntaba si viviria mejor en cualquiera otra nacion del globo.

Un dia que habia asistido á una comida de jóvenes del gran tono, amenizada por dos ó tres bailarinas extranjeras, volvió á su casa dolorosamente afectado: todos habian hablado con curiosidad é interés del *Nido de palomas*; era la cuestion capital de todos los calaveras el penetrar en aquella blanca y humilde casita; pero en la imposibilidad de lograrlo todos aseguraban que eran *amigos íntimos* de sus candidas habitadoras, y que sabian cuanto habia que saber de sus usos y costumbres.

Sin embargo, nadie se atrevia á hablar de aquellos usos que se afectaba conocer tan perfectamente, y esta discrecion forzada se asemejaba á una discrecion mas in-

sultante para las que lo ocasionaban que el lenguaje mas libre.

Al penetrante talento del príncipe, á su delicado instinto, no se podia escapar que era falso. cuanto aquellos hombres decian; al dia siguiente esperó á que se hiciera de noche, tomó un bolsillo lleno de oro y se dirigió al nido de palomas.

Nada es comparable á la sensacion de bienestar y de placer que causó al príncipe el aspecto de aquella casita y sus habitadoras; habia en todo un perfume de modestia, de candidez y de santidad, que apartaba de la mente todo mal pensamiento y la preparaba para ideas dulces y suaves.

Mas al descubrir la pálida y hermosa figura de Ofelia desmayada, el corazon de Cellemare dió un vuelco en su pecho, palideció y tuvo que apoyarse en la pared para no caer; la semejanza de la jóven con la princesa Honoria, su madre, era tan prodijiosa, que Cellemare, cuya imaginacion era en extremo poética y entusiasmo, creyó verla de nuevo en la tierra, hermosa y rejuvenecida.

Puede juzgarse de su dolor, cuando despues de su piadosa estratagema para hacerles aceptar la suma que les habia destinado, oyó al anciano doctor la confirmacion de todo cuanto se decia.

Ya no dudó, porque aquel hombre de blancos cabellos habia hablado con el acento de la verdad.

Perdido, loco, al ver desvanecido el encanto que, durante algunos instantes le habia rodeado, encanto el mas

poderoso que en su vida habia sentido, se lanzó á la calle en pos del doctor.

Ya hemos visto que en aquella misma noche habian logrado penetrar tambien en casa de las huérfanas el marqués de la Oliva con la carta de la duquesa y la infame mensajera del esposo de Clotilde.

¡Pobres palomas! de las tres, las dos mas jóvenes se veian acosadas por los traidores lazos de cazadores astutos, en tanto que la otra moria... de miseria y de penal

### XIII.

#### DOÑA SINFOROSA.

Dulce, templada y alegre apareció la mañana del día en que Blanca debía ir á casa de la joven pintora, á quien iba á servir de modelo.

Fuerza es que penetremos en esta casa para que mis lectores conozcan otro de los personajes de mi historia.

«Muchos van ya conocidos;» dirá quizá alguno impaciente por llegar al fin de ella; pero yo me veré obligada á contestarle, que lo que escribo, mas bien que una novela, es una série de cuadros de costumbres, que unidos, presentan las terribles peripecias de un drama palpitante de vida y de pasion...

Yo diré sin rebozo y con toda sinceridad, que el objeto de mi historia es presentar á los ojos de la mujer todos los medios de que se puede valer el hombre para derrocar

el edificio de su virtud: quizá lo que escribo no es enteramente ficción mía; tal vez en ello haya mucho copiado del natural: mas como quiera que sea, no te quejes, lector mio, si te hago conocer una docena de personajes que mayor número que este se suele emplear para conducir hábilmente muchas insignificantes intrigas, ó para conseguir culpables caprichos.

Ven conmigo, pues, á un cuarto segundo de la calle Mayor de esta coronada villa, y figúrate que has subido una escalera con pasamanos de madera, y que te hallas á la puerta de una habitacion de mediana apariencia.

Pero antes de pasar adelante, debo hacerte una advertencia, por si acaso no has residido nunca en Madrid.

Muchas son las personas de muy regular posicion que viven en él en cuartos terceros y aun cuartos; no hay en la córte esa preciosa independencía que se disfruta en nuestras provincias, en las cuales tiene cada uno para sí y su familia una casa completa y cómoda, por reducida que sea: las habitaciones de Madrid son jaulas, pues el escesivo precio de los terrenos y la necesidad de acumular dinero en un suelo donde la vida es tan cara, hace que los caseros aprovechen sus propiedades hasta rayar en lo inverosímil.

Así, pues, la persona que vive en cuarto principal ó segundo, puede asegurarse que disfruta de algunas comodidades, aunque su casa sea de muy modesta apariencia.

Modesta era á la verdad la de la casa á donde te he



conducido, á pesar de estar situada en una de las mejores calles: un portal pequeño, aunque muy limpio, llevaba á una escalera de yeso, pero blanco y casi tan liso como si fuera estuco.

La puerta del cuarto segundo era igual á la del principal: ambas ostentaban un lindo barniz azul y un cordón de seda para llamar, que terminaba por una gruesa borla.

Abierta la puerta del cuarto segundo, lo primero que se presentaba á la vista era una antesalita cuadrada y adornada con cierto buen gusto, consistente sobre todo en la sencillez y propiedad de sus muebles; guarnecíala una banqueta de piel oscura, y sobre ella se veían clavados en la pared algunos colgadores de hierro, que patentizaban las muchas visitas de la casa.

Otra salita algo mayor la seguía, amueblada también con extraordinaria sencillez; sillas azules de tapicería de una linda tela de lana y seda, un hermoso y cómodo diván del mismo género, una mesa de mármol, que sostenía un gran espejo, y algunos cuadros de escasísimo mérito componían su mueblaje.

En aquella salita estaba sentada la vieja que vimos ir á buscar á la inocente Blanca; parecía á la luz del día mas fea aun y mas horrible que alumbrada por el velón de Malvina: sus facciones duras y negras como el cordobán, se destacaban de entre los blancos pliegues de una cofia colosal adornada con lazos de color de rosa subido; á pesar de ser solo las diez de la mañana, tenía ya puesto un

vestido de vivos y abigarrados colores, guarnecido de volantes; cubria á medias su anguloso talle una manteleta de terciopelo verde, orlada de un rico fleco de igual color y ostentaba mangas y cuello de un precio muy subido.

El aspecto humilde y pobre que llevó á casa de las huérfanas, habia desaparecido; pero quizá era mucho mas horrible el que ahora ofrecia.

Respondia esta vieja al nombre de doña Sinforosa, el cual no aseguraria yo que fuese el suyo, ni aun el primero porque hubiese cambiado el que le pusieron en la pila bautismal.

Sentada en una cómoda butaca, azul como la sillería, y colocada junto á los cristales del balcon, recibia un rayo de sol que, tan benéfico como hermoso, no se avergonzaba de iluminar aquella faz innoble y descarnada.

Enfrente de la puerta que daba entrada á la salita, ocupada entonces por doña Sinforosa, habia otra puerta que llevaba á varias habitaciones interiores.

En un ángulo de la misma sala habia otra puerta cerrada, que daba paso á otros departamentos de la casa, sin duda de los mejores, segun su situacion y el sitio que en su repartimiento debian ocupar.

Durante algun tiempo permaneci6 doña Sinforosa sin mas movimiento que el que imprimia á sus huesosos dedos, y por el cual se conocia que estaba sacando cuentas; luego se levant6 mascando algunos improperios y fué á tirar del cordon de la campanilla.

Pero nadie acudió á su sonido ni á otros dos mas fuer-

tes que se siguieron.

Por fin, el cuarto tiron fué tan terrible que casi arrancó el cordón, y tuvo la virtud de atraer al umbral á una linda muchacha de fisonomía lista y avispada.

—¿Estás sorda, maldita? gritó doña Sinforosa con voz chillona.

La jóven se arregló con sorna los pliegues de su pomposa falda y preguntó sin alterarse:

—¿Qué se le ofrece á usted?

—En primer lugar, desvergonzada, encargarte que tengas mas cuidado cuando yo llamo.

—Será usted servida, dijo irónicamente la muchacha dando dos pasos para salir.

—Pero se va esa infamel... Pepa! Pepa!

Pepa volvió sin darse prisa.

—¿Crees que ya he acabado de hablar, picarona?

—Es que es menester que no gaste usted tanta calma, porque yo tengo que hacer, dijo Pepa con mucha cachaza.

—¿Has compuesto mi vestido de seda de cuadros como te mandé anoche?

—Está á medio arreglar.

—Ah! malvada! gritó con todos sus pulmones doña Sinforosa: ¿en qué has pasado, pues, la mañana?

—No hay duda que me guarda usted muy bien el sueño! dijo la fresca voz de una jóven que apareció en el umbral de la puerta, que ya hemos dicho estaba cerrada al extremo de la sala.

Mucho tenía de graciosa aquella súbita aparición: la

jóven, envuelta en un largo peinador de muselina, se asemejaba á una bella estátua, y nada podia darse mas lindo y animado que su rostro.

Era una de esas esbeltas hijas de Madrid, pequeña, delgada, de tez morena y algo pálida, de cabellos y ojos negros, de actitudes calculadas y llenas de coquetería.

Sus manos, que habia apoyado cruzadas en el marco de la puerta, y sus plés, que se vislumbraban á través del delicado tejido de su bata, calzados con unas babuchas verdes, no decian mucho en favor de la escelencia de su raza, pues eran bastante gruesos y comunes, aunque de una blancura deslumbradora.

Todo en ella anunciaba una naturaleza material y voluptuosa; su cuello, de un trigueño claro y mate, estaba cruzado por gruesas venas azules; su cabello, negro y rizado, era basto y reluciente; tenia los ojos pequeños, pero llenos de viveza, adornados con gran lujo de cejas y pestañas, y su nariz corta y un tanto remangada, aunque de forma muy graciosa, acababa de dar á su fisonomía un aire de resolucion y de orgullo muy notables.

En suma, conocíase que aquella mujer era poco pensadora; que su imaginacion era tan menguada como grande el desarrollo de sus sentidos, y que su vida era el placer y las comodidades, en las cuales, sin embargo, no parecia haber nacido.

Lefanse violentas pasiones en su frente, estrecha y deprimida por su parte superior, y se conocia claramente que era terca é iracunda.

—¿Por qué riñe usted á Pepa? dijo mirando colérica á doña Sinfiorosa, despues de su primera exclamacion.

—¿Por qué ha de ser? Porque es una holgazana, contestó la vieja con humildad.

—Vete, Pepa; dijo la jóven á la doméstica.

—Señorita, observó esta, he estado ocupada de órden del señor coronel.

Paulina—que así se llamaba la jóven—hizo una señal á Pepa, quien salió del cuarto en seguida; despues, aquella abandonó el umbral, que hasta entonces le habia servido de apoyo, se acercó á la vieja, se cruzó de brazos y le dijo poniéndose delante de ella:

—Prohibo á usted que riña á Pepa.

—Es preciso, hija mia, es una holgazana y...

—Repito que prohibo á usted que la riña.

—Está bien; pero una vez que no tengo voz activa ni pasiva en esta casa que es mia, estando tú, saldrás al instante de ella con tu Pepa.

—¿Salir yo de esta casa? repitió Paulina con una risa triunfante y casi salvaje; ¿salir yo de aquí? Vaya, buena Sinfiorosa, chochea usted. ¿No la paga para mí el coronel? ¿No es mio cuanto hay dentro de ella?

—Pero la casa era antes mia...

—Ha dejado de serlo desde que la paga el coronel; míos eran tambien hace poco tiempo mis hermosos vestidos de raso celeste y de crespon blanco con jazmines y ya no lo son desde que Celina, la comprimaria de la ópera, me los ha comprado.

—Entonces me iré yo.

—No hará usted tal si no quiere ir á donde jamás le dé el sol. Eduardo y yo necesitamos á usted; es preciso que yo siga pasando por pintora y usted por mi madre hasta que él disponga otra cosa.

—Es que ya me cansol...

—¿Tan mal le paga?... ¡Vaya! ¿De qué manera podría usted ganar dos duros diarios, señora Sinforosa? Ni aun-que volviera á...

—Bien, ¿y por qué no se casa contigo?

—Quizá porque yo no quiero.

—Bah! Bah! chica, ahora te podía yo decir lo que decia la zorra de la fábula á las uvas que no podía cojer: *están verdes!*

Encendióse la frente de Paulina no de rubor sino de ira; hirió el suelo con su planta y gritó con enfado:

—¿Quiere usted dejarme en paz? Es verdad que Eduardo nunca ha hablado de casamiento; pero lo mismo seria, porque le amo demasiado para tomar un nombre que no puedo honrar.

—Vaya unos escrúpulos! exclamó riendo Sinforosa.

—Usted no puede comprenderlos, bien lo sé; pero yo sí, dijo Paulina tristemente; tan imposible es que el Escmo. señor don Eduardo Velez, marqués de Velez, se case con Paulina, *la mal peinada*, como tocar al cielo con las manos.

—Que manía tienes de recordar ese apodo á cada instante!

—Es el que me daban en la academia de pintura, á causa de mi pelo rizado, que jamás queria estarse quieto, y el que me siguieron dando todos en casa de usted cuando me recibió hace dos años; yo me complazco además en recordarle para no pensar jamás en que Eduardo pudiera casarse conmigo; es, en fin, un amuleto con el cual conjuro las tentaciones.

Las últimas palabras de la jóven se confundieron con el ruido que hizo la puerta al abrirse.

Volvióse Paulina y lanzando un grito de alegría corrió á echarse en los brazos del coronel, que apareció en el umbral.

## XIX.

### PAULINA.

Mas hermoso, mas elegante, mas alegre que cuando le vimos en la comida que tuvo lugar en casa del conde D... la noche en que principió esta historia, se apareció el coronel Eduardo Velez á los ojos de la jóven Paulina.

Abrazóle ella con ese trasporte apasionado, que parecia la base principal de su carácter, y luego se puso á contemplarle con una especie de concentrada adoracion, apoyando en el brazo derecho del coronel sus dos manos cruzadas.

—¿No quieres que nos sentemos, Paulina mia? preguntó Eduardo mirando á la jóven con cariñosa sonrisa.

—Aquí no, Eduardo, contestó ella: vámonos á mi cuarto.

Tendió el coronel la vista por la estancia para ver si descubría el motivo que obligaba á dejarla á Paulina, y entonces se apercibió de la presencia de doña Sinfrosa que se habia puesto en pié en actitud humilde y obsequiosa.

—Buenos días, bruja, dijo mirándola con burlona sonrisa; ¿viste anoche al conde?

—Si señor, contestó la vieja sin darse por ofendida del epíteto con que la habian saludado.

—¿Quedó arreglado el asunto?

—Sí, señor.

—Eso quiere decir que su pobre bolsillo habrá quedado mal parado con el ataque dado por tus uñas.

—El conde no es muy espléndido, gruñó doña Sinfrosa con mal humor.

—¿No? Pues tú eres la primera que lo dice, repuso el coronel tratando á aquel degradado ser con su dureza militar: siempre durante los siete años que le trato, ha sido proverbial la espléndidez del conde; mas tales serian tus pretensiones, que se habrá visto obligado á atajarlas.

La vieja iba á contestar; pero el coronel le hizo con la mano una imperiosa señal de silencio, y cruzó con Paulina la estancia para dirigirse al cuarto de la jóven.

Dentro ya se sentaron ambos en un sofá.

Era aquella habitacion en extremo linda, aunque no



de muy grande estension; cubríala una bonita sillería de seda púrpura, bordada prolijamente de estrellitas de oro; sin duda á causa de lo reducido de las casas de Madrid, ó tal vez por conocer el coronel los hábitos poco laboriosos de Paulina, no servia aquella salita de cuarto de labor: las pobres mujeres á quienes el vicio, la ignorancia ó la desgracia arroja en el abismo de su perdicion, huyen de toda ocupacion provechosa y pasan su vida, bien en el tocador, bien mintiendo un amor que no pueden sentir, ó quizás llorando sus extravíos sin remedio y cuyo solo término suele ser su prematura muerte.

Nada podia dar mejor idea del exacto conocimiento que el coronel tenia del carácter de las mujeres como Paulina, que la disposicion y arreglo de aquel aposento, cuya direccion habia tomado él á su cargo; la esplendidez de la sillería consistente solo en sofás y sillones, alternados y extraordinariamente cómodos, hacia un delicioso efecto con cuatro grandes espejos que cubrian totalmente las paredes; caian desde el techo al suelo, á manera de nubes, inmensas cortinas de seda púrpura alternadas con otras de gasa blanca, y recogidas todas en un caprichoso desórden con gruesos cordones de oro, que remataban en grandes borlas.

Entre los dos balcones de la estancia se elevaba otro espejo del mismo tamaño que los otros, y sostenido por gruesas columnas doradas, que servia de tocador; aquel espejo remataba en su parte superior por un cupido, que parecia arrojar nubes de gasa y púrpura que servian de

cortinas.

Debajo del espejo había una mesita dorada de piés cortos y cincelados y sobre ella multitud de riquísimos frascos, cajas y primores de toda especie; nada se había olvidado de lo que generalmente usa una mujer que vive de agradar: cosméticos, perfumes, pastas, joyas y lazos.

Pero entre toda esta aglomeracion ni una flor que recordase la bondad de Dios y la hermosura de la naturaleza, ni un cuadro que atestiguase amor á las artes, ni una escultura que patentizase el sentimiento de lo bello; ni piano siquiera, ese amigo de la dicha solitaria, que encanta las veladas de la familia y alegra con sus dulces y fáciles armonías las tareas domésticas.

La vivienda de una mujer como Paulina es y ha sido siempre lo mismo; por fortuna no hay muchas Margaritas Gautier, esa dulce y melancólica creacion de Dumas, hijo, pues de lo contrario no seria tan comun la felicidad doméstica.

Dumas, hijo, sin embargo, estudió bien el tipo que nos ha presentado; á pesar de las bellas dotes con que se ha complacido en adornar á Margarita, jamás ha dicho que esta inspirase á Armando la idea de hacerla su esposa; no, ni por un momento el jóven Duval pensó en unir el honrado nombre de su padre al de la *Dama de las Camelias*.

No tenia ningun punto de semejanza Paulina con Margarita; aquella era resuelta y su energía rayaba en aspereza; era violenta y vengativa, arrebatada y poco ra-

zonable, y no daba esperanza alguna de cambiar de carácter, puesto que habia cumplido los veinte y ocho años de su edad.

Amaba, sin embargo, con pasion al coronel Eduardo Velez; quizá habia hallado en él mas que en otro alguno un afecto parecido al amor.

Hija de un mozo de tahona habia perdido á su padre cuando contaba diez años; su madre volvió á casarse con un hombre perverso que se embriagaba todos los dias y golpeaba á la pobre Paulina.

El carácter áspero de la niña se revelaba contra semejantes tratamientos; un dia que su padrastro la golpeó muchísimo, ella le tiró un cuchillo que halló á la mano, y huyó de casa refugiándose en la de unos vecinos de enfrente.

Eran estos un jóven pintor y su esposa; ambos se adoraban y vivian en la mejor armonía del mundo; solo una pena acibaraba su dicha, tenian una hija y era contrahecha; era nuestra amiga Malvina, que, á pesar de contar solo un año en aquella época, presentaba ya en su endeble cuerpo la misma deformidad con que luego la hemos conocido.

Mercedes, su madre, era una jóven de veinte años, de hermoso y dulce carácter.

Su esposo Andrés, no le era inferior en bondad; y ambos acogieron á la pobre Paula, que así se la llamaba en aquellos dias, con el mayor cariño.

Era aquella entonces una muchacha de quince años,

de fisonomía hurafña, ya por su carácter, ya por los malos tratamientos que, desde hacia cinco años venia padeciendo; su desaseo era estremado y hacia un penoso contraste con la natural elegancia de Mercedes que, á pesar de su estrecha posicion, era un modelo de gracia.

Paula no hacia en todo el dia mas que comer y saltar como una cabra montés; ni aun la niña Malvina la atraia; holgazana por naturaleza, jamás echaba mano á nada de la casa, ni se brindaba para la tarea mas sencilla.

—Es preciso ya que pienses en dedicarte á alguna cosa, Paula; le dijo un dia Mercedes, dos meses despues de haberla acogido en su casa: ¿qué quieres ser?

—¿Yo?... nada, contestó brutalmente Paula.

—Eso no es posible: todos los que nacemos de padres pobres tenemos que aprender á trabajar; si no tienes habilidad para alguna cosa no te casarás, porque un artesano necesita una esposa que le ayude á mantener la casa.

—Yo no quiero casarme, contestó Paula.

—¿Por qué?

—Porque no quiero tener quien me mande; si mi marido me regañase, le mataria, porque bastante he aguantado ya.

—Los buenos maridos no regañan á las mujeres que tambien son buenas; vamos, Paulita, ¿quieres ser modista? Yo era la primera oficiala de un almacen francés cuando me casé con Andrés; y aunque no tenia mas que diez y ocho años, le llevé trescientos duros de ahorros y el ajuar de casa, regalo de mi maestra que me queria

mucho.

—No quiero ser modista, respondió Paula con su grosería habitual: si es que se cansa usted de darme la comida, me iré.

—¿Como puedes pensar eso, hija mia? repuso abrazándola Mercedes; no, no; aun hay en mi casa, á Dios gracias, un cubierto, una cama y algun vestido para tí; lo que te digo es por tu bien; si te aplicas á alguna cosa estarás mas entretenida y te harás una buena muchacha, porque eres muy bonita y hallarás un hombre de juicio que te quiera mucho.

Brillaron los ojos de Paula al oír estas dulces palabras, las primeras agradables que en su vida habia escuchado: *eres muy bonita y hallarás quien te quiera mucho*; esta frase resonó en sus oídos como una música celestial; privada de amor y consumida siempre por su naturaleza ávida de emociones, lo que mas deseaba en el mundo era que la amasen y amar; una lágrima vino á templar el resplandor casi salvaje de sus ojos, y dijo mirando con gratitud á Mercedes:

—Por dar á usted gusto trabajaré.

—Gracias, hija mia.

—¿Podría yo saber pintar?

—¿Por qué no? Si tienes aficion, Andrés te dará lecciones en casa y además irás á la academia; ¡oh! ¡una mujer pintora es una cosa muy bella!

No faltó tiempo á Mercedes para comunicar á su esposo la vocacion de su jóven huésped, y desde el dia siguien-

te empezó aquel á dar á esta lecciones de dibujo.

La índole de Paula se fué dulcificando poco á poco bajo el influjo de esa dulce coquetería que despertaba en ella el sentimiento de la belleza inseparable del arte divino de la pintura; se hizo mas aseada y anhelaba siempre que llegase la hora de la leccion.

Seis meses despues de haber empezado á dibujar, Paula, que ya no respondia sino al nombre de Paulina, por parecerle este mas bonito, fué acompañada por Andrés á casa del célebre pintor Valdés, quien durante las primeras horas de la mañana tenia en su casa unà academia de jóvenes, que se dedicaban, bajo su inspeccion, á estudiar el sublime arte de la pintura.

Valdés habia visto en Paris, donde habia residido mucho tiempo, los escelentes resultados que daban las academias particulares de jóvenes, y habia establecido la suya, única en Madrid y amenizada por la presencia frecuente de su jóven y encantadora esposa.

Muy pronto acudieron á ella jóvenes de todas las fortunas; pero en su mayoría ricas, nobles y elegantes; de esta suerte Paulina, que en casa de Andrés parecia una linda jóven, fué en la academia el ludibrio de todas sus compañeras.

Llamábanla Paulina *la mal peinada*, á causa de su cabello basto y encrespado, y no faltó alguna que quiso lucir su agudo ingenio dándole el nombre de *Paulina Erizo*: este apodo, discurrido por una marquesita, causó gran sensacion, y desde entonces la hija del mozo de tahona

no fué llamada con otro.

La pobre niña no tenía en su alma las semillas de esa religion bienhechora, que nos hace fuertes contra el insulto; se indignó contra sus malignas compañeras y las llenó de dictérios; pero estas se alborotaron y la llamaron *barrendera de tahona* y *pordiosera*. Furiosa entonces Paulina como una tigre, les tiró á la cara la paleta y los pinceles; rompió en mil pedazos su caballete y se los arrojó tambien, hiriendo á dos ó tres, y desgarrando sus manguitos escapó del taller maldiciendo el dia en que quiso pintar.

No pensó ni por un instante siquiera en volver á casa de Andrés; sin embargo, al acordarse de Mercedes, de su hija, una lágrima humedeció sus enardecidos ojos.

—No quiero volver, se dijo por fin; no puedo hacer mas que comerles parte del escaso pan que tienen, porque Mercedes está enferma y la pobreza que les amenaza me horroriza.

Acostóse en la calle, y cerca de la media noche sintió que la movian suavemente.

Paulina alzó la cabeza de la piedra que le servia de almohada y miró con estrañeza á la persona que tenia al lado.

Era un jóven de aspecto casi pobre, pero vestido con esa elegancia deteriorada que descubre restos de una fortuna mejor, perdida por la disipacion.

—¿Qué me quiere usted? preguntó ásperamente Paulina.

—Quiero darte un asilo, hermosa niña: ¿cómo te llamas?

—Paulina Erizo, contestó ella sonriendo con amargura.

—¿Quieres venir conmigo? tornó á preguntar el calavera algo admirado de tan estraño apellido; te llevaré á una casa donde te darán buena comida y buena cama.

—¿Y me harán trabajar?

—No.

—¿Y me pegarán?

—Tampoco.

—Pues entonces vamos; tengo hambre y frio; pero antes me moriré en la calle que aguantar que me insulten ó golpeen.

—Te cuidarán perfectamente, vamos.

El calavera arruinado tomó á la jóven del brazo y la condujo á una de esas casas en las cuales tantas infelices consumen los mejores dias de su juventud; su libertador iba á verla todos los dias, y la queria con esa postrema pasion de las almas cínicas; mas un dia sorprendió á Paulina hablando con otro jóven, y le clavó en el pecho el estoque de su baston, huyendo al instante y librándose con su fuga de la persecucion de la justicia.

La desgraciada fué conducida al hospital, y cuando estuvo convaleciente se encontró de nuevo en la calle sin abrigo y sin pan; volvió á la casa donde habia sido herida y la halló ocupada por doña Sinforosa, pues su anterior habitadora estaba presa á consecuencia del lance ocurrido con Paulina.

La nueva propietaria de aquel antro de vicios la reci-



bió con mucho agasajo y la presentó á otra jóven de su edad que vivia con ella y pasaba por sobrina suya.

Aquella jóven estaba entonces en relaciones con un torero; este la abandonó por Paulina, con la cual se casó.

Siete años despues murió colgado en las astas de un toro en una corrida que tuvo lugar en Sevilla. Paulina volvió á Madrid, y en la misma diligencia venia tambien el coronel Eduardo Velez.

Hombre gastado este, quedó prendado del desenfado de Paulina y de su aliento varonil; y cuando llegaron á Madrid ya llevaban concertado su plan, que al instante pusieron por obra.

No bien doña Sinforosa supo la llegada de Paulina, corrió á verla; el coronel la persuadió á que la admitiera en la casa que le habia alhajado, á que la vistiera con decencia, y á que la hiciera pasar por su madre, prohibiéndole decir á nadie que habia estado casada con un torero; y Paulina, que amaba al coronel con ese primer amor fuerte y apasionado, obedeció en todo.

Aun consiguió mas de ella el coronel: á fin de enaltecer su inteligencia la persuadió de que debia recordar sus lecciones de pintura y le compró caballetes, paletas y excelentes modelos; mas Paulina ya no podia trabajar; su azarosa y corrompida existencia habia ahogado en su alma todo sentimiento, toda percepcion de lo bello; lo mas noble que sabia hacer era amar al coronel, quien, por su parte, la queria mas de lo que podia esperarse.

Su corazon hastiado, buscaba el amor mas envilecido

y material, del mismo modo que un paladar, estragado por esquisitos manjares, busca alguna vez alimentos groseros y ordinarios.

Completamente desilusionado en cuanto á la virtud de la mujer, por haber sido demasiado feliz en todas sus afecciones, se abandonó al amor brutal de Paulina que al menos tenia la virtud de la constancia y la habilidad de mantener vivas sus sensaciones con sus arrebatos de cólera y sus humildes caricias.

## XX.

### LOS DOS AMANTES.

—¡A qué debo hoy la dicha de verte tan temprano, Eduardo mio? preguntó Paulina, cuyo lenguaje se habia hecho culto y elegante por el cuidado que ponía en agradar al coronel.

La jóven, llevada de la vivacidad impaciente de su carácter, y sin dar tiempo á Eduardo para contestar á esta primera pregunta, añadió:

—Tú no sueles levantarte hasta las doce, segun me dicen tus criados, y hoy son apenas las diez!

—La misma pregunta pudiera yo hacerte, mi querida Paulina, dijo sonriendo el coronel; tú tambien has madrugado hoy.

—Por lo regular me estoy en la cama hasta la hora en que acostumbras á venir, deseosa de ocupar el tiempo

para que se me haga mas corto, mas no logro ningun descanso, pues mil pensamientos tristes me ocupan la cabeza.

—Tu cabeza será siempre de fuego para tu mal y el mio, repuso Eduardo; y ¿sabes, Paulina, por qué está tan acalorada? por la continúa ociosidad en que vives; si me quisieras me darias gusto ocupándote en algo.

—¿Y qué he de hacer? No sé ninguna labor de mi sexo; jamás he trabajado; hoy me hizo saltar de la cama una reyerta entre doña Sinforosa y mi doncella, y me asusta lo largo que me va á parecer el día; en castigo de haberme quitado el sueño, voy á echar á la calle á esa vieja.

—Espera un poco, dijo el coronel; todavía hace falta aquí esa mujer; no bien se haya terminado el asunto de que vengo á hablarte, puedes despedirla si te place; pues veo que, con tu carácter violento, únicamente viviendo sola estarás bien.

—¿De qué asunto quieres hablarme? preguntó Paulina, cuya índole inquieta, vivaz y egoísta se fijó únicamente en lo que le atañía.

—No es asunto mio, repuso el coronel; es de un amigo á quien deseo servir y para conseguirlo necesito de tí.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—El conde D...

—No le conozco.

—No: jamás ha estado en tu casa, y es quizá de los pocos amigos míos que tampoco te conocen; valés tanto, Paulina mía, que siempre he tenido orgullo en mostrarte.

Sonrióse Paulina con tanta complacencia como la que siente una mujer de honor al recibir una prueba de consideracion y de respeto.

El coronel prosiguió:

—El conde D... querida mia, ha sido hasta hace unos dos meses el hombre mas feliz de la tierra, y hoy le creo el mas desdichado de cuantos existen.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—No lo sé, aunque me lo figuro.

—¿Es casado?

—Sí: y su mujer, que era un ángel de belleza y de virtud, era lo que constituia la mayor parte de su dicha; poco tiempo hace que en un convite que el conde dió á algunos de sus amigos, entre los cuales me hallaba yo, se enfadó conmigo de un modo increíble, porque sostuve que no habia encontrado en toda mi vida una mujer que valiese mas que otra; jamás he visto defensor mas acérrimo del mérito de las mujeres, sin duda por el extraordinario de la suya, y hoy le encuentro desesperado, abatido y melancólico. El, que antes era tan jovial y tan...

—Habrá descubierto que su mujer tiene amante, dijo Paulina con una carcajada.

—Tal vez, repuso el coronel, y me afirma en esta posicion el asunto que ha concertado con doña Sinforosa y del cual voy á hablarte.

—Ya te escucho.

—El conde se ha enamorado de una jovencita de vida dudosa.

—Ah! exclamó Paulina con aire de triunfo; al fin todos venís á caer en nuestras redes!

—Ha buscado una persona para que le proporcione una entrevista con ella, y esta persona ha sido casualmente doña Sinforosa.

—Cómo!

—Entre ambos se ha convenido que la vieja iría á casa de la niña á rogarle en nombre de una hija que tiene pintora, que se preste por dos ó tres dias á servirle de modelo para una vírgen.

—¿Y cuándo va á ir doña Sinforosa con esa pretension?

—Ya fué anoche y está todo arreglado.

—Cómo! ¿Sin consultármelo?...

—El conde y doña Sinforosa me pidieron permiso para ello.

—Eso es otra cosa, contestó Paulina, á cuya perspicacia no se ocultaba lo poco que suponen las mujeres de su condicion para los hombres de alta clase, pero cuya alma era tan poco elevada que no se ofendia por ello en lo mas mínimo.

—Todo está arreglado, continuó el coronel; la jóven vendrá aquí á las once. Ya ha dispuesto Pepa, por orden mia, el cuarto de los caballetes; con que vé á ponerte un vestido muy modesto, un traje así... como de pintora muy pobre que mantiene á su madre; el conde vendrá á la una con el pretexto de encargarte un cuadro.

—Voy á vestirme, dijo Paulina levantándose dócilmen-

te; mas de súbito se encendió su frente, lanzaron relámpagos sus ojos y clavándose con fijeza en el coronel, le preguntó:

—¿Conoces tú á esa jóven?

—Sí, la conozco y tambien á dos hermanas que tiene.

—¿Son bonitas?

—Nada he visto jamás que pueda compararse á su belleza, repuso ingénuamente el coronel.

—¿De veras?... Ah! No, no me engañarás! gritó Paulina con voz sofocada.

—¿Qué es lo que dices, Paulina?

—Tú eres quien se ha enamorado de esa jóven, y para engañarme has fingido toda esa historia de tu amigo el conde.

—¿Es posible que pienses tal cosa? dijo el coronel acariciando entre las suyas las manos de Paulina.

—Es que la matarial rugió esta llevada de su carácter violento y desenfrenado.

Tembló el coronel y quedó mudo de terror, pues conocia que la viuda del torero era muy capaz de ejecutar su amenaza.

Paulina continuó:

—Yo no quiero que ames á otra mujer, Eduardo; nadie te quiere en el mundo como yo, y mientras pueda no he de consentir que me roben ninguno de tus pensamientos.

—¡Las oncel dijo el coronel al oír la campana de un reloj. Paulina, por Dios, fia en mí en este asunto no hay por mi parte otra cosa que el deseo de complacer á un

amigo á quien aprecio.

—¿Me aseguras que me amas á mí sola? preguntó Paulina recelosa todavía.

—Te lo juro; entre todas las mujeres que he conocido, ninguna hay que valga á mis ojos lo que vales tú.

—Ya no dudo, dijo la jóven en cuyas pupilas se advertía aun cierto sombrío recelo; voy á vestirme: ¿está preparada la pieza de pintar?

—Sí; me ha dicho Pepa que la habia arreglado.

En aquel momento llamaron suavemente á la puerta.

—Adelante, dijo Paulina.

—Acabo de llegar con la *señorita modelo*; dijo doña Sinforosa, que apareció en el umbral, con horrible sonrisa.

—¿Dónde está? preguntó Paulina.

—Esperando en la antesala.

—Hágala usted entrar en el cuarto de pintar, dijo el coronel y cuide mucho de que no vea ni á Pepa ni á ninguno de los demás criados; debe creer que es usted madre de Paulina y que ambas viven solas.

—Entiendo, dijo la vieja con una mueca maliciosa, y salió cerrando la puerta.

## XXI.

## EL MODULO.

Cuando doña Sinforosa salió del aposento en que se encontraban Paulina y el coronel, volvió al primer recibimiento donde se hallaba Blanca sentada en una banqueta y esperando pacientemente.

—Mi hija ruega á usted, señorita, dijo doña Sinforosa, que pase á su cuarto de estudio, en tanto que se acaba de vestir.

Blanca siguió á la vieja sin contestar y muy admirada, así de la trasformacion que se habia operado en doña Sinforosa, la cual lucia un rico traje muy diferente del que habia llevado á su casa en la noche anterior, como de la poca libertad que la pintora daba á su madre, quien dejaba á las gentes en la antesala hasta que aquella disponia otra cosa.

Doña Sinforosa abrió una puerta y se hallaron en una sala cuadrada y espaciosa que recibia la luz por el techo.

Tres ó cuatro caballetes de diferentes tamaños, colocados en órden, algunas paletas preparadas, y cuadros de escaso mérito pendientes de las paredes, daban á aquella estancia un aspecto de taller tan verdadero, que Blanca nada sospechó.

En el caballete mayor habia preparado un lienzo grande, destinado sin duda á pintar la Virgen, para la cual



debía servir Blanca de modelo.

—Siéntese usted, señorita, dijo doña Sinforosa examinando á la jóven con ávidos ojos y presentándole una silla de las pocas que habia en el cuarto.

Sentóse la niña y empezó á examinar con curiosidad los modelos de yeso, pendientes de las paredes, en tanto que la vieja la miraba con sostenida atencion.

En todo el curso de su infame vida no habia visto aquella culpable anciana una criatura parecida á Blanca, ni habia podido imaginar que existiera.

Jamás, la juventud, la belleza, la inocencia y la bondad han ofrecido mas divino conjunto.

Llevaba Blanca el mismo pobre vestido de lana color de lirio que el dia anterior tenia puesto en su casa; una manteleta de merino negro, elegantemente cortada y guarnecida de anchos flecos, ocultaba su airoso talle y se cerraba modestamente en su bella garganta, encuadrada con gracia en un cuellecito blanco como sus mangas.

A través de los ampulosos pliegues de su traje y de su manteleta se adivinaba toda la gracia cándida y gentil de su figura; su tez trigueña y pálida, y la ligera nube que empañaba sus grandes ojos garzos, la acusaban de haber pasado una noche en vela.

Sus cabellos rizados naturalmente como los de Paulina, pero suaves y sedosos, caian en gruesos bucles en torno de su cuello y estaban medio velados por una humilde mantilla de tul liso; mas hasta la pobreza del traje estaba realzada por el encanto natural de Blanca; parecia que

esta habia elegido tan modesto atavío para que luciesen mas sus gracias.

Todo era en ella decoroso y suave; sus manecitas estaban cubiertas con finos guantes de piel de un color verdoso, enteramente nuevos, y gracias á uno de sus templados movimientos pudo columbrar el ojo avizor de la vieja el brillante charol de las botas que encerraban sus diminutos piés.

Aun miraba Blanca un busto de yeso colocado enfrente de ella, cuando oyó abrir y cerrar con estrépito una puerta y se volvió asustada.

Era el coronel que se marchaba para ir á noticiar al conde que ya tenia allí su presa, y que habiendo oido hablar mucho y muy mal del nido de palomas no tuvo inconveniente en entrar en el taller.

Saludó apenas á la jóven y se puso á contemplarla con descaro.

Una ardiente púrpura vistió las puras facciones de Blanca; jamás habia soportado durante tanto rato la mirada de un hombre, y aquella mirada la quemaba como una llama y le ocasionaba una insoportable incomodidad.

—Puedo llamarme muy feliz por este encuentro, hermosa niña; dijo el coronel apoyándose familiarmente en el respaldo de la silla que ocupaba Blanca, en tanto que la buena de doña Sinforosa se retiraba discretamente.

La jóven nada contestó; bajó la cabeza aun mas confundida, y el terror, la vergüenza y la afliccion sellaron

sus lábios.

Alentado el coronel con un silencio, que calificaba muy odiosamente, se aventuró á tomarle una mano.

—¡Caballero!... exclamó Blanca levantándose y mirando á Eduardo con dolorosa cólera, al mismo tiempo que retiraba su mano con violencia.

Aquel acento y la mirada de aquellos grandes ojos dejaron absorto al coronel.

Nunca habia oído una voz como aquella ni visto una mirada semejante; pues aunque podia contar entre sus hazañas muchas mujeres buenas seducidas, sin embargo, Blanca era el bello ideal del candor y de la virtud.

Todavía no habia vuelto de su sorpresa cuando oyó pasos que le eran muy conocidos: era Paulina que salia de su cuarto y venia á desempeñar su papel de artista con la inocente niña.

El coronel se dirigió presuroso hácia la puerta temeroso de esponerse á un arrebato de celos de Paulina, que perjudicase los planes del conde con respecto á Blanca; y esta, dominada por una invencible timidez, procuró serenarse proponiéndose no volver mas á aquella casa.

El aspecto de Paulina no contribuyó mucho á tranquilizarla; saludóla esta con una dulzura afectada y empalagosa, en tanto que fijaba en ella una mirada celosa, y se sentó delante de su caballete.

La viuda del torero iba, sin embargo, vestida como correspondia al papel que debia representar; llevaba un traje de seda muy usado y un cuello blanco: un delanta-

lillo de seda negro, y unos manguitos de percalina, para resguardar sus mangas de los accidentes de la paleta, completaban su atavío.

—Gracias, señorita, dijo á Blanca haciendo todo lo posible para dulcificar su acento; la circunstancia de estar algo enferma y tener aquí todos mis útiles de pintura me han obligado á enviar á mi madre para rogar á usted que viniese, ya que yo no podía ir á su casa.

Blanca guardó silencio; la figura de aquella mujer, delgada, de fisonomía viva y apasionada y de ojos atrevidos y ardientes, le era antipática; contentóse con saludar cortesmente como indicando que podía comenzar cuando quisiera.

—Tenga usted la bondad de darme el velo y luego siéntese; dijo Paulina desprendiendo la mantilla de la hermosa cabeza de Blanca; no es menester que esté usted en pié en tanto que diseño la cabeza.

Blanca se sentó en una silla que Paulina había vuelto de frente al caballete, y esta ocupó un sillón que estaba junto á él; sacó los pinceles y empezó su obra.

Poco á poco se fué interesando por la hermosura de aquella cabeza de Virgen, y el sentimiento de lo bello que estaba casi estinguido en su alma, apareció de nuevo con mas fuerza que nunca.

Corría el pincel de Paulina cuando sonó con fuerza la campanilla y un instante despues aparecieron en el taller el conde D... y el coronel.

—Mi amigo el conde D... quiere encargar á usted un

cuadro, Paulina; dijo el coronel en tanto que el conde miraba á Blanca con profunda atencion.

Paulina les miró con disgusto; por la primera vez de su vida sentia un placer en la pintura.

—Permítanme ustedes, señores, dijo, que dé algunos toques mas en esta frente, y despues abriré mi galería de pinturas para que pueda verla este caballero.

Otra persona que no hubiera sido la inocente Blanca se hubiera reido ó indignado al oír hablar de una galería de pinturas en tan modesta casa, y hubiera conocido que la artista buscaba solo un pretesto para salir de la habitacion, fuese cualquiera la causa que á ello le impulsase; pero aquella infeliz niña, que no conocia el mundo, ni la corrupcion de sus habitadores, permaneció inmóvil para que la artista coplase con toda la comodidad posible su hermoso rostro.

—Hace bien su amiga de usted en quedarse con el retrato de esa jóven, dijo el conde en voz baja al coronel; jamás se ha visto mujer de esta clase tan bella y con un aspecto tan inocente.

—¿Pues de qué clase la cree usted? repuso el coronel llevándose al conde hácia la puerta.

—Bah! Bien lo sabe usted!

—Creo que está usted en un error, conde; dijo el coronel mirando á Blanca con profunda compasion: ¿no sabe usted lo que ha costado traer aquí á esta niña?

—Ofrecerla mucho oro, y no la faltará; porque me gusta de veras.

—¿Quién ha dicho á usted que se le ha ofrecido dinero?

—La mujer encargada de conquistarla.

—Pues ha mentido; yo creía á usted mejor informado; para sacar á esta jóven de su casa ha sido menester un pretesto noble, santo; se le ha hecho creer que hacia una obra de caridad viniendo á servir de modelo á una artista muy pobre que no podia pagarlo.

—Jal ja! jal Qué cándido es usted, coronell exclamó el conde soltando una carcajada nerviosa y amarga; todas las mujeres son Vestales, si se las oye.

—No he oido yo á esta; pero créame usted conde; no ha emprendido usted una seducción fácil, vulgar, de algunas horas... esa vieja infame quiere sacar á usted dinero de todos modos y se lo exigirá para esa jóven, siendo ella la que se lo guarde! créame usted... vaya despacio... hay en esa niña algo de santo, que no he visto en ninguna mujer y que á mí mismo me impone!

—Jal ja! jal ja! ¿Va usted á concluir por enamorarse de ella?...

—Oh! Me hace daño esa amarga risa, amigo mio, usted padece, sí; pero no haga usted víctima á esa pobre niña de la venganza que quiere usted tomar de las mujeres en general.

—Pues bien, sí! Yo anhelaba amar, pero no puedo!... ódio á las mujeres!

—Voy á abrir la galería, señor conde, dijo Paulina levantándose y luego dirigiéndose á Blanca añadió: puede usted descansar un instante señorita.

Salió Paulina y los ojos del conde se volvieron hácia Blanca que permanecía ruborosa y mirando al suelo; después se acercó á ella y apoyándose en el respaldo de la silla en que estaba sentada, se inclinó por encima de la cabeza de la jóven hasta tocar casi la frente de esta con sus labios.

El alharido de terror de la pobre mujer que se vé súbitamente amenazada de muerte, no es tan amargo ni tan penetrante como el grito que lanzó la desdichada Blanca al ver la osadía del conde: cubrióse de arrebatada púrpura su rostro y en seguida se vistió de una palidez mortal; luego corrieron por sus mejillas abundantes lágrimas y se dirigió á la puerta con inseguro paso.

—Por Dios, que no es usted poco asustadiza, niña! exclamó el conde persiguiéndola; y rodeándole el talle con su brazo quiso detenerla.

Pero Blanca se volvió con rapidez y se escapó de aquel odioso lazo.

—Déjeme usted, gritó con voz llorosa, pero vibrante; quiero volver á mi casa!

—Aun no, repuso el conde; coronel, llame usted á Paulina!

—¿Para qué? preguntó Eduardo que, desde el principio de esta repugnante escena habia mudado varias veces de color.

—Para que convenza á esta niña de lo que puede valerle mi amor.

—Déjeme usted salir! gritó de nuevo Blanca mirando

á través de sus lágrimas al conde con el mas soberano desprecio y sin dignarse contestar siquiera á sus insultos.

En aquel instante apareció Paulina, quien, á la primera mirada conoció lo que pasaba.

—Sáqueme usted de aquí, señora! exclamó Blanca llorando; usted no me quiere mal... ¿qué he hecho á usted yo? Sin duda, al suplicarme que viniera á su casa no contaba usted con la presencia de esos dos hombres!...

—¿Pues qué han hecho á usted? preguntó Paulina con una sonrisa infame. Este caballero, sin duda, añadió señalando al conde, habrá dicho á usted que la ama y no veo una razon...

Aquella sonrisa, aquellas palabras traspasaron el corazón y trastornaron la cabeza de la infeliz niña; conoció que habia caído en un lazo, y trémula, azorada, casi loca, se puso á gritar con todas sus fuerzas.

—Socorro!... Socorro! ..

—Eh! tápenle ustedes la boca! dijo doña Sinforsosa apareciendo en el umbral; delante de la casa se han detenido muchos curiosos y los vecinos de la casa están todos en los balcones.

—Calle usted! dijo Paulina con imperio.

—No callaré, no! gritó Blanca con mas fuerza; y viendo á través de la puerta que tenia abierta doña Sinforsosa una ventana en el recibimiento, corrió hácia ella, la abrió con ímpetu y se arrojó hácia fuera.

Mas una mano vigorosa la detuvo. Era la del coronel



en cuyos brazos quedó la infeliz niña sin sentido.

—Basta! dijo volviéndose con severo semblante hácia el conde; desde este momento nadie lanzará á esta jóven una mirada equívoca, al menos estando yo delante.

—Deje usted á esa mujer! gritó Paulina. ¿Será usted tan nécio que vaya á convertirse en el campeón de una advenediza?

—Esta jóven es la mujer mas virtuosa que he encontrado! respondió con severidad el coronel; conde, añadió, desista usted de sus propósitos, se lo aconsejo como amigo.

—Pero va á cansar á usted el brazo; dijo Paulina.

—Esta niña no puede permanecer en la casa de usted un instante, repuso el coronel; vé á buscar un coche, concluyó dirigiéndose á doña Sinforosa.

Esta obedeció en silencio; el coronel sin soltar á Blanca se acercó al caballete donde habia estado pintando Paulina y arrancó el lienzo que descubria las facciones de Blanca.

—Nada debe quedar aquí de esta jóven, dijo; y oyendo entonces el ruido del carruaje que llegaba, salió de la estancia y bajó la escalera con su preciosa carga.

Los curiosos abrieron paso y poco despues de partir el carruaje entraron en la casa los agentes de seguridad pública, cuya intervencion habia ido á reclamar un espectador al oír los gritos de Blanca.

Doña Sinforosa, muerta de terror, les informó del suceso; y tanto ella como su supuesta hija, fueron aprehendidas y conducidas á la cárcel por escándalo.

## XXII.

## EL PADRE.

El conde miró desde la calle partir á la viuda del torero y á su *honrada* patrona entre los agentes de policía sin verlas siquiera; la casa fué cerrada por orden de la autoridad, la gente se dispersó y aun permanecía el esposo de Clotilde inmóvil y meditabundo.

Su pensamiento seguía el carruaje que llevaba al coronel y á Blanca; al coronel que había osado amenazarle; á Blanca á quien había ofendido con tanta bajeza y villanía.

Un buen corazón y los instintos de una alma generosa no se vuelven de súbito crueles y rastreros; el conde, acérrimo defensor de las mujeres, el conde que toda su vida había mirado en ellas la parte mas bella del género humano, el conde que las había considerado y respetado siempre, no podía menos de avergonzarse y de sorprenderse de su brutal y estraña conducta.

La atmósfera impura de la abominable casa á donde había hecho conducir á Blanca, habíale pervertido en un instante del mismo modo que una ráfaga de aire corrompido marchita en breves momentos un ramillete de frescas y aromadas flores: mas las dignas y graves palabras del coronel, así como la vista del cielo puro y del radiante sol, le volvieron á un mundo mejor, disipando las opacas

sombras del vicio.

—¿Soy yo—pensaba en tanto que marchaban entre los agentes las infames habitantes de aquella casa—soy yo el mismo hombre que hace pocos días decía á Cellemare que deseaba amar á esa mujer y sacarla, si era culpable, del abismo en que vivía? ¿Qué se hicieron aquellos buenos propósitos? Hoy la he insultado, la he tratado bárbaramente porque... quizá es buena... sí, Honorio tenía razón; la miseria que se oculta es siempre honrada!

Levantó la cabeza maquinalmente al hacer esta reflexión, y su mirada tropezó con la bella figura del príncipe de Cellemare.

—Siempre triste! dijo el príncipe con benévola sonrisa.

—Siempre! repuso el conde; pero usted ¿á donde va á pié á estas horas?

—Contemplo mejor á pié que en carruaje el sol y el cielo, esas dos necesidades de mi alma; y hoy, sobre todo, me son mas precisos el cielo y la luz, porque tengo la cabeza destrozada.

—¿Está usted enfermo?

—No; pero anoche me ha sucedido... oh! si supiera usted! exclamó el príncipe llevándose las manos á la frente.

—¿Qué?

—Anoche estuve en el famoso *Nido de Palomas*, continuó el príncipe con la mirada vaga, como quien contempla una aparición lejana.

—¿De veras? preguntó el conde asombrado de tal coincidencia; y ¿qué vió usted en él?

—Mucha miseria; pero tambien mucha pureza y una sublime virtud; sí, á pesar de todo cuanto se diga, esas pobres jóvenes son tres ángeles; ¡no hubiera dado Dios la imágen de mi madre á una mujer que no fuese buena!...

—No comprendo á usted, Honorio; dijo el conde que sabia hasta donde llegaba la imaginacion entusiasta del italiano.

—La mayor de esas jóvenes se parece á la princesa mi madre de un modo perfecto: sí, sí... Se parece tanto que no puedo vivir sin ella. Yo quise anoche conocerlas, porque lo mucho que de ellas se habla habia despertado mi curiosidad.

—¿Fué usted bien recibido?

—Sí, porque, á pesar de lo que se las infama, no me creí dispensado para con ellas de toda consideracion y busqué un pretexto decoroso; me finjí un antiguo deudor de su padre y pintor de profesion, y me hallé casi moribunda á la mayor de las tres.

—¿A la que se parece á la madre de usted?

—Sí, y no sé por qué infernal casualidad subió á verlas al mismo tiempo que yo el marqués de la Oliva. Un pobre hombre, que vive en la misma casa, habia llamado á un anciano doctor que, al principio, manifestó un interés casi paternal hácia la joven enferma; mas apenas reparó en el marqués y en mí, se despidió con frialdad alegando que su ciencia no alcanzaba á curar los resultados de una vida relajada.

—Desgraciadas niñas! exclamó el conde.

—En aquel momento, prosiguió Cellemare, me trastornaron el dolor y la sorpresa; amigo mio, no puedo, ni quiero ocultar á usted que, á la vista de Ofelia desmayada, un nuevo mundo se abrió ante mis ojos... tembló mi corazón y me pregunté si la presencia de aquella hermosa niña no daría á mis palacios una belleza que yo no les he encontrado durante mi larga y solitaria juventud! Así, pues, al oír las palabras del médico me pareció que había caído al infierno desde lo mas alto del cielo, y perdida mi imaginación, exaltada, huí de aquella casa en pos del anciano que tanto mal me había hecho.

Guardó silencio el conde preocupado por tristes pensamientos, y el príncipe continuó tras una breve pausa:

—Hoy tengo que volver á verla... lo necesito... mi alma entera vuela hácia ella; he reflexionado que lo que ha perdido á esas jóvenes ha sido la infame maledicencia del marqués... ellas han menester un amparo... son huérfanas... están solas y espuestas á mil peligros á pesar de su virtud!

—¿Qué trata usted de hacer?

—No lo sé... las veré todos los días y ellas quizá se fiarán de mis consejos que serán nobles y desinteresados; en fin, yo vivo solo en el mundo desde que perdí á mi madre, y esta buena obra me servirá de distracción.

—¿No conoce usted que está perdidamente enamorado de esa joven?

—Lo sospecho; ¿mas qué importa? Me casaré con ella, y ese será el medio de imponer respeto á la maledicencia.

Miró el conde absorto á aquel hombre tan generoso, y conmovido del penoso contraste que hacia la conducta que él habia observado con Blanca con la que el príncipe trataba de observar con la hermana de esta, guardó silencio acerca de su aventura de aquella mañana.

—Por aquí viene el coche del marqués de la Oliva; dijo Cellemare haciendo un gesto de repugnancia; me voy á fin de que no me hable. Adios, conde; esta noche verá á usted en su casa.

El esposo de Clotilde presentó su mano á Cellemare que se la apretó cordialmente y echó á andar al mismo tiempo que llegaba el carruaje del marqués enfrente de ellos.

Detúvose el coche y Cárlos se apeó.

—¿Qué tendrá contra mí ese estafalarío príncipe? dijo el conde; es de mal tono mostrar rencor á un enemigo despues de un desafío.

El conde ocultó bajo una sonrisa la espresion de odio que se retrataba en sus facciones y nada respondió.

—¡Ahl tengo que dar á usted una nueva que le entristecerá, porque el corazon de usted es bueno, prosiguió el marqués. Nuestro amigo Fernando de Silva acaba de quedar viudo; su mujer ha muerto en Valencia; pero ¡bah! dicen que era fea y ordinaria, aunque muy rica.

Una súbita palidez invadió las mejillas del conde; quedaba libre el amante de su esposa, y por tanto esta tenia un miramiento menos de esos que dicta la conciencia. El marqués le contempló durante algunos instantes con ma-

ligna sonrisa, y luego despidiéndose de él volvió á subir á su carruaje lleno de gozo, pues estaba seguro de haber causado al esposo de Clotilde una profunda herida.

Este tomó á pasos lentos el camino que llevaba á su casa.

¿Sabía á donde iba? Quizá no; el instinto de su corazón era el que únicamente le guiaba, ó mas bien el instinto de sus celos.

Quería ver á su esposa y leer en su semblante el efecto que la habia hecho la libertad en que habia quedado Fernando de Silva.

Llegó por fin á su palacio y se dirigió á la habitación de la condesa.

Esta se hallaba en su tocador acabando de disponerse para salir; en la pieza inmediata los dos niños gemelos reían y jugaban en brazos de sus nodrizas.

Alteráronse las facciones del conde al oír las dulces vocecillas de sus hijos y su semblante pintó una penosa lucha; empero el demonio del orgullo triunfó en su alma y no los miró siquiera á través de las hojas medio entornadas de la puerta.

Tenia puesto la condesa un vestido de seda verde-malva y un pañolon de cachemira; cuando entró el conde estaba de pié delante de un gran espejo de vestir, prendiendo en sus cabellos los numerosos pliegues de una mantilla de terciopelo guarnecida de ricas blondas.

Sobre la mesa se veía su pañuelo de batista, sus guantes de piel de Suecia y una linda sombrilla oscura.

Al ver á su marido Clotilde hizo señas á la doncella que la asistía para que se retirara.

El conde la saludó friamente con la cabeza, y luego dejándose caer en un sillón, la contempló con fijeza durante algunos instantes.

Clotilde estaba pálida y delgada; grandes ojeras oscuras rodeaban sus rasgados ojos, mas sus facciones respiraban una calma profunda.

Va á ver á su amante! pensó amargamente el celoso marido, al ver el traje modesto y sencillo de su esposa; quizá nada sabe todavía de su viudez.

—Tengo que dar á usted una buena nueva, señora, dijo el conde devorando con la vista todos los movimientos de su mujer.

—¿A mí? repuso Clotilde con sencilla admiración y como si ya no esperase ninguna noticia agradable.

—A usted: la esposa de Silva ha muerto.

El conde lanzó rápidamente y sin preparativo alguno estas palabras y continuó mirando á su mujer, que palideció ligeramente sin contestar.

—Debe usted, pues, estar en extremo gozosa, señora, añadió el conde con amargura, porque esa muerte ahorrará á usted algunos escrúpulos de conciencia.

—No lo crea usted, dijo Clotilde, repuesta ya de su pasajera emoción; siento mucho esa desgracia.

—¿La siente usted?

—Sí, por cierto.

—¿Y por qué?



—Me han dicho que la señora de Silva era muy jóven y la juventud me interesa siempre.

—Ahora irá usted á consolar á Silva, ¿no es verdad?

—Nó, contestó la condesa sin mostrarse resentida por aquel insulto, aunque el color de la vergüenza subió á su frente; voy á ver y á socorrer á unas infelices niñas, de quienes me han hablado, con el pretexto de encargarles unos bordados.

—¿Son pobres?

—Mucho; son tres, tan desgraciadas como hermosas.

—¿Dónde viven? tornó á preguntar el conde cuyo co-razon había dado un vuelco.

—Lejos de aquí: en la calle de San Bernardino.

—¿Quién ha hablado á usted de ellas?

—Rosa: la ramilletera que nos provee de flores; ayer mañana, al traer los ramos para el baile que dimos por la noche, me estuvo hablando largo rato de esas pobres niñas.

—¿Va usted á pié?

—No; pero dejaré el coche al entrar en su calle para no amedrantarlas con una visita demasiado pomposa.

—¿Sabe usted como se llaman? preguntó el conde.

—No.

—Yo puedo decírselo á usted: se llaman las señoritas de Valdés, y le advierto á usted que amo ciegamente á la mas jóven de ellas.

Tembló la condesa al oír estas crueles palabras; pero no perdió nada de su dulce compostura y respondió:

—Doy á usted gracias por haberme dicho el nombre de esas jóvenes, pues así las encontraré con mas facilidad.

—Despues de la confesion que he hecho á usted, señora, bien puede usted ir á consolar á Silva.

—Despues de la confesion que me ha hecho usted, señor conde, queda mi honor y el de mis hijos; contestó Clotilde, sin alzar la voz, sin irritarse y sin demostrar la mas ligera emocion ó el mas leve abatimiento.

El conde la miró absorto; el hombre mas cínico, el mas perverso, el mas desalmado acata siempre el pudor, la calma, la dignidad y la dulzura.

—Dejo á usted en libertad de ejecutar su benéfico propósito, señora, dijo levantándose; y luego, no pudiendo consolarse su odioso orgullo sin herirla nuevamente, antes de separarse de ella, añadió:

—Ya que tanto estima usted su honor, señora, por su honor le aconsejo que, cuando venga Silva, no le demuestre demasiado su alegría.

Inclinóse la jóven, como para darle gracias por el consejo, sin querer rebajarse hasta decirle que no recibia á Silva; pero su conmocion fué tan penosa, al sentir este horrible golpe, que tuvo que guardar silencio algunos segundos antes de responder.

—Doy á usted gracias de nuevo por la advertencia, dijo con amable y reposada sonrisa; no obstante, por lo que toca á mi honor, no necesito ninguna.

Acabó, al pronunciar estas palabras, de ponerse los

guantes y abrió la puerta del cuarto de sus hijos á quienes confundió en un solo abrazo besándoles con ternura repetidas veces.

Los niños columbraron al conde inmóvil en el aposento y tendiéndole ambos sus bracitos, gritaron con su gorgo infantil:

—Papá!... papá!...

Salió Clotilde despues de haberlos abrazado de nuevo para recompensar á las inocentes criaturas de la dureza de su padre que aun permanecia inmóvil; mas á pesar de toda su firmeza, el conde vió deslizarse por las flacas mejillas de la desgraciada jóven dos gruesas y silenciosas lágrimas.

Ni aun este espectáculo le conmovió; acompañó á Clotilde con frialdad hasta el vestíbulo y ella bajó la escalera para tomar su coche.

Augusto permaneció quieto hasta que oyó que se alejaba el cuarruaje; entonces volvió á la habitacion de los niños, los tomó en sus brazos y los cubrió de besos, en tanto que ellos jugando con sus cabellos, batiendo sus manecitas y gorgoando alegremente, gritaban entre risas:

—Papá!... papá!...

El conde despidió á las nodrizas: se tendió con sus hijos en la alfombra y permaneció con ellos una hora estrujándolos á caricias y haciéndoles bailar entre sus robustos brazos.

Cuando salió de aquel cuarto, sudaba cansado y moli-

do de los juegos con que se habia desquitado de los dos meses que habia vivido sin hijos; pero sus ojos brillaban de gozo y de entusiasmo; dirigióse á su habitacion, y aquel hombre tan fuerte, tan duro, tan orgulloso y tan dueño de sí mismo, se dejó caer de rodillas delante de una imágen del crucificado, cruzó las manos y exclamó con los ojos cubiertos de lágrimas:

—¡Gracias, Dios mio! ¡gracias! ¡Soy padre!

Rezó durante algun tiempo y su plegaria fué acompañada desde lejos por los gritos gozosos de sus hijos que le llamaban como agradecidos de que les hubiera devuelto su amor y sus caricias.

### XXIII.

#### OFELIA.

Cuando acabó el conde su eptusiasta y regeneradora oracion se halló mas tranquilo; no obstante, pronto volvió su pensamiento á la condesa y mas pronto aun por la razon de haberse ablandado su endurecido corazon con las caricias de sus hijos.

—¡Quizá sea inocente! pensó; todo al menos me lo hace creer así... ¿no sería yo mas generoso y justo observándola, y si no es culpable, librándola por mí mismo de esa pasion que combate? Mas ¿de qué modo podría yo hacerlo? No, no! Que luche y venza por sí sola! La virtud sin combates es de tan poco valor, que yo no la estimo; mu-

cho mas feliz es la que nace con una alma fria, que la que ha sido dotada por el cielo de pasiones; pero, ya que las tiene, es preciso que triunfe de ellas!

El conde, apenas dijo estas palabras, midió su cuarto á grandes pasos y pareció sumergirse de nuevo en sus acerbos reflexiones.

Aquellos dos meses de aislamiento y de viudez que se habia impuesto, empezaban á fatigarle; en vano habia buscado en los placeres ruidosos y en la disipacion los medios de olvidar á Clotilde. Dios, por su misericordia infinita, no queria arrebatarle con las últimas flores de aquel amor, todas las ilusiones de su vida.

Las mujeres viciosas y disipadas que, durante aquellos largos dos meses, habia tratado, le hastiaban y le eran repugnantes, porque pensaba en Clotilde tan hermosa, tan jóven, tan pudorosa y delicada; las que eran suaves y graciosas le recordaban tambien á su mujer, y á todas las hacia el prestigio de su amor inferiores á ella.

Es que Dios ha dado á la mujer buena un eterno encanto que rodea como una perfumada nube á los que la ven y la tratan, que salva las distancias y penetra en el alma para acariciarla como el céfiro á las flores.

¿Qué podria si nó oponer la mujer buena, cuando no ha sido favorecida por la naturaleza, á los artificios de tantas hermosas actrices del vicio, á no ser ese aroma de virtud y santidad que emana de ella, ese ambiente que la circunda y que hace que no se olvide jamás? . . .

. . . . .

El coche de Clotilde la había conducido hasta la calle de San Bernardino; apeóse á la entrada y se adelantó con ligero paso hasta la casa de las huérfanas.

Eran las tres de la tarde: el sol de aquel hermoso día de marzo bañaba el reducido portal de la casita y el humilde taller del señor Martín, que trabajaba calentándose á sus rayos, en tanto que su digna esposa la señora Antonia ponía mangas á una camisa de su consorte.

—Dios guarde á ustedes, buenas gentes, dijo la condesa con dulce voz y acercándose á ellos.

—Y á usted también, contestó la señora Antonia, levantándose y haciendo cortesías en tanto que su esposo, por ese privilegio de los zapateros, que parecen las gentes menos dispuestas á hacer uso de sus piés, permanecía sentado y continuaba su labor.

—¿Qué se le ofrece á usted? preguntó la anciana.

—Quisiera que tuviera usted la bondad de decirme, repuso la condesa, si habitan aquí tres jóvenes.

La señora Antonia miró con atención á la condesa; pero su rico, aunque sencillo traje, su aire distinguido, ese perfume suave y penetrante á un tiempo, que emana de toda mujer de buen tono, y sobre todo su dulce y graciosa fisonomía, la tranquilizaron. Mas su gruesa y bonachona cara se entristeció de repente y respondió dando un suspiro:

—Ay, si señoral! Aquí viven tres infelices criaturas que están pasando por pruebas muy crueles.

—Serán las que yo busco. ¿Son hermanas?

—Sí, señora, son hermanas; y desde ayer viene á buscarlas tanta gente, que esto parece un verdadero jubileo. Jesús! Qué trastornos! Anoche sobre todo y al tiempo que una de las pobres señoritas se puso mala, vinieron tres personas preguntando por ellas; esta mañana á las once vino una vieja de muy mala traza en busca de la mas jóven; esta vieja había estado ya anoche; y la pobre señorita, que salió con ella fresca como una rosa, ha vuelto á mas de la una en un coche desmayada y acompañada de un caballero; entre él y mi Martin la han subido á su cuarto; pero yo he estado media hora hace á preguntar, y Malvina, que es una criadita jorobada que tienen, me ha dicho que no cesan de darle convulsiones y que apenas vuelve en sí.

—¿No podría yo verlas? preguntó Clotilde á quien incomodaba ya el charlatanismo de la señora Antonia que, habladora como todas las personas de su edad y de su clase, y deseosa además de darse importancia, queria contar cuanto sabia.

—Lo dificulto, respondió á la interpelacion de la condesa; la señorita Blanca está tan mala!...

—¿No ha dicho usted que la que vino enferma es la mas jóven? preguntó Clotilde, quien de todo cuanto había hablado la anciana solo algunas palabras había conservado clavadas en su memoria como un dardo de fuego.

—Sí, señora; la mas jóven, casi una niña.

—¿Y que le acompañaba un caballero?

—En efecto, un caballero muy gallardo.

—¿Puede usted darme sus señas? tornó á preguntar Clotilde, temblando de hallar en las esplicaciones de la anciana la certeza de que aquel hombre fuese su marido.

—Sí, señora! se apresuró á responder la señora Antonia, apuradamente le reparé muy bien: era alto.

—¿Moreno?

—Justo, con cabello oscuro y rizado; tenia los ojos pardos ó negros, que eso no lo recuerdo bien, y vestia con mucha elegancia y lujo.

—Está bien, interrumpió Clotilde, segura de que la esposa del zapatero no podia sacarla de sus dudas; tome usted, buena mujer, por su complacencia en responderme, y quede usted con Dios.

—Señora, señora, guarde usted su dinero, dijo la honrada anciana rechazando con disgusto las monedas de plata que le ofrecia Clotilde.

—Si no fueras habladora, nadie se meteria á querer pagar lo largo de tu lengua, dijo el señor Martin incomodado.

—Perdonen ustedes, buenas gentes, dijo la condesa, no ha sido mi ánimo ofenderles, y únicamente quise recompensarles el servicio que me han hecho diciéndome cosas que necesitaba saber.

Luego se quitó el guante, y sacando de uno de sus dedos una sortija de oro con un diamante, se volvió hácia la anciana, y le dijo con suma gracia:

—Ya que no quiere usted dinero, acepte al menos esta memoria mia.



—Esto sí que lo agradezco, dijo la señora Antonia con visible alegría; mil gracias, señora! toda mi vida la llevaré pensando en usted.

—Acompaña arriba á la señora, dijo el señor Martin,

—No, no se incomode usted; subiré sola.

—Como usted guste, dijo la señora Antonia; yo seguramente no me incomodaré; pero pudiera incomodar á usted..

Clotilde hizo una última señal de despedida y subió la escalera; llamó á la puerta y Malvina abrió, introduciéndola donde estaban las tres hermanas.

El noble corazon de la condesa se conmovió dolorosamente ante el cuadro que se presentó á sus ojos.

Tendida en el sofá, con la cabeza reclinada sobre almohadas y temblando á impulsos de una fuerte convulsion nerviosa, estaba Blanca; los suaves y graciosos contornos de su cara parecian haberse prolongado; estaba pálida como las almohadas, y alrededor de sus grandes ojos cerrados se destacaba una sombra lívida y acardeñalada.

Al ver entrar á su hermana, privada de sentido, habia saltado Ofelia de su lecho y echándose un peñador habia corrido á su socorro; allí estaba sentada en uno de aquellos sillones oscuros, que ya conocemos, junto al sofá, teniendo entre las suyas las manos de Blanca, y olvidada de su propio estado; ondeaban sobre su espalda las largas trenzas de sus cabellos negros y parecian estinguídos todos sus padecimientos ante los de aquella niña

tan querida.

Arrodillada María junto al sofá, aplicaba á la delidada nariz de Blanca un frasquillo de éter, mientras gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, blancas como el alabastro; los hermosos cabellos de María, peinados en *bandés*, y sus ojos azules, llenos de abatimiento, le daban un aire tan triste y desolador que era quizá la figura mas expresiva de aquel cuadro, digno del aristocrático pincel de Lawrence.

Tan abatidas estaban las jóvenes que no se apercibieron de la entrada de la condesa, acompañada de Malvina; esta iba á llamarles la atención hácia su visita; pero Clotilde se lo impidió, permaneciendo en pié y silenciosa á alguna distancia.

Calmáronse, por fin, las convulsiones de Blanca, y Ofelia soltó sus manos y acomodó mejor su cabeza en las almohadas, haciendo un movimiento que le hizo descubrir á Clotilde.

—Perdone usted, señora, dijo levantándose y apoyándose para no caer en el brazo de su sillón; ocupada en el cuidado de mi hermana, no habia visto á usted.

—Yo soy quien debe demandar á usted perdon, señorita, repuso la condesa; á haber sabido la triste situación doméstica en que se encontraba, no hubiera yo venido á incomodar á usted.

—Oh! triste, sí, muy triste! exclamó la pobre Ofelia llorando y cubriéndose el rostro con ambas manos.

Mas rehaciéndose de aquella flaqueza, que ella juzga-

ba vergonzoso delante de una persona desconocida, enjuguó sus lágrimas, miró á la condesa, y le preguntó con dulzura:

—¿Puede ser á usted útil en algo, señora? ¿Podremos María ó yo prestarle algun servicio? No hablo de nuestra pobre Blanca, ay! porque ya ve usted como está!

Clotilde no contestó en seguida; al mirar maquinalmente en derredor del cuarto, habia visto sobre una cómoda un bolsillo de seda, á través de cuyas mallas brillaban muchas monedas de oro, y aquel descubrimiento la hizo estremecer.

¿Provendria aquel dinero de su esposo?

¿Seria el precio de su desdicha?

—Quería... quería... dijo vacilando y sin separar los ojos de aquel bolsillo fatal, quería encargarse á ustedes unos bordados, cuyo valor hubiera deseado que aceptasen de antemano, pero...

La voz espiró en sus labios; en aquel momento abrióse la puerta y se presentó el príncipe de Cellemare.

—Este es el caballero que estuvo anoche, dijo María señalándosele á su hermana.

El príncipe saludó profundamente, y Ofelia, para no darle tiempo á que se sentara, se puso en pié, descubriendo toda la gallardía y gentileza de su figura.

—Caballero, dijo señalando el bolsillo que se veia sobre la cómoda, y que aun contemplaba con amargura la condesa; caballero, anoche dió usted dinero á mi hermana; pero ni ella ni yo le hemos tocado; allí está, recójale

usted y márchese para no volver jamás á una casa donde ningun derecho le asiste para entrar.

Ofelia pronunció estas palabras con el semblante enrojecido de vergüenza y de ira; brillaban sus ojos, y al señalar al príncipe la puerta de su habitación, parecía la estatua de una reina que se había levantado de su sepulcro para despedir á los profanos que hubieran murmurado de sus cenizas.

El príncipe nada contestó á sus severas frases; el eco de su voz, dulce y vibrante, le había llevado al mundo de los muertos; Ofelia, en aquella actitud, era la imágen fiel de la princesa Honoria, como él la había visto muchas veces al contener los desmanes de sus deudos y criados.

Contemplábala el príncipe extasiado; era el tipo de la virtud severa y apacible á la vez; el emblema de la gracia melancólica y casta.

—Espero, caballero, que no me hará usted repetir de nuevo lo que ya he tenido el disgusto de decirle, continuó Ofelia al ver al príncipe inmóvil y como embebecido.

Tampoco contestó este, ni dió un paso para retirarse.

—Salga usted, dijo imperiosamente la jóven.

Clotilde había contemplado en silencio la escena hasta aquel instante; su corazón se había descargado de un enorme peso al saber la procedencia de aquel dinero; pero al ver la exasperación de Ofelia y el asombro del príncipe, se acercó á ella y le dijo afectuosamente:

—Vea usted, señorita, que quizá habla bajo la impresión de un error; yo sé bien que el príncipe de Cellemare

no es capaz de ninguna acción indigna.

—¡El príncipe! gritó Ofelia.

Esta exclamación volvió á Honorio á todas las miserias de la vida real.

—Pues entonces, señora, añadió Ofelia, ¿usted que tanto le conoce, podrá decirme por qué se ha fingido pintor al presentar anoche á mi hermana esa infame dádiva?

Enmudeció Clotilde, y hubiera durado por largo tiempo un silencio muy embarazoso, á no haber tomado el príncipe la palabra:

—Señorita, dijo con nobleza; sea yo artista ó príncipe, debía ese dinero á su padre; le busqué y supe que había muerto, dejando tres hijas; dichoso en mis investigaciones, conseguí encontrar á ustedes y les devolví esa suma.

—Diga usted mas bien, caballero, que sabiendo que estábamos solas y desamparadas, ha creído usted poder allanar nuestra casa sin dificultad, repuso Ofelia con amargura; pero si cuando le creí pintor y deudor de mi padre, rehusé ese dinero por una simple sospecha, juzgue usted si pensaré en admitirle ahora que sé que es usted príncipe, y que tengo la certeza de que jamás mi padre ha podido dar á usted dinero; salga usted, pues, de esta casa, monseñor, continuó Ofelia, señalándole la puerta con mas arrogancia que antes; ¡á mis ojos un pintor que paga una deuda, vale mas que un príncipe que las finge para pagarlas!

—Pero, desgraciada niña, dijo Clotilde en voz baja; piense usted en su pobreza, en su enfermedad y la de su

pobre hermana. El príncipe es el bienhechor de todos los que sufren, y habrá inventado ese noble pretexto para socorrer á ustedes.

—¿Y con qué derecho, señora, viene á investigar nuestra pobreza ó nuestro bienestar? Hay dâvivas que son un insulto y yo sé que no podemos llevar á nuestra boca otro pan que el ganado con nuestro trabajo.

En tanto que la condesa y la orgullosa jóven trocaban estas palabras, el príncipe habia recogido el bolsillo; sin acercarse mas á la jóven, dió la mano á la condesa, estrechándosela en silencio, y despues de saludar con respeto á Ofelia, salió de la habitacion.

—¡Sí! murmuró mientras bajaba la escalera: esa, esa es la mujer que he buscado tanto tiempo! ¡Por fin la encontré!... ¡Gracias, madre mía!...

#### XXIV.

#### UNA AMIGA.

Luego que el príncipe hubo desaparecido, Ofelia, cuyas fuerzas se habian agotado por aquel esfuerzo, cayó desfallecida en un sillón.

Blanca permanecia tranquila; no obstante, sus mejillas coloreadas de un carmesí oscuro, anunciaban que la fiebre se encendia en sus venas é iba invadiendo su cerebro, combatido durante dos horas por una violenta lucha.

Estremecíase de vez en cuando, agitaba las manos y

caía de nuevo en su inacción.

Sentada junto al sofá y con la cabeza entre las manos estaba María, la cual parecía estraña á cuanto pasaba en torno suyo.

Su naturaleza, mas templada, y su carácter, modelo de suavidad y de angelical dulzura, no la esponia á las violentas y despedazadoras luchas á que su azarosa posición sujetaba á sus hermanas; pero un profundo abatimiento tenia como embotadas todas las facultades de su alma, sin dejarla pensamiento mas que para meditar en la suerte que las esperaba.

¿Qué iba á ser de ellas? carecian absolutamente de recursos, pues todas sus esperanzas estaban cifradas en la suma que debian cobrar aquel día por las labores que estaban casi al terminar; pero los dolorosos acontecimientos que con tanta rapidez se habian sucedido, y la enfermedad de sus dos hermanas las habian privado de este único recurso.

¿Qué harian? este pensamiento traspasaba y hacia desfallecer el corazon de la pobre María; aun si Dios le concediera fuerzas bastantes para trabajar por las tres!... mas esta idea desapareció bien pronto, ante la imposibilidad de realizarse.

No les quedaba, pues, mas remedio que refugiarse en los brazos de la muerte.

De súbito un rayo de luz surgió en la mente de María; alzó sus ojos hácia un reloj colocado en la pared, y vió que solo faltaban algunos minutos para las cuatro.

Se acordó de la lección de música que tenía que dar á la hija de la duquesa de Rio-Claro y se levantó.

—Ya es hora de que vaya á casa de la señora duquesa, hermana, dijo mirando á Ofelia; son las cuatro.

—¡Tú! gritó la jóven levantándose y estendiendo los brazos hácia su hermana como si quisiera protegerla; ¡tú separarte de mi lado, María! ¿para qué? ¿Para que te me devuelvan, como á Blanca, yerta y privada de sentido? ¡No, no saldrás! Encerrémonos aquí, en nuestra casa... y muramos!

—Pero, Ofelia, repuso María con dulzura, aquí no puede haber engaño... esta carta es de una señora... de una señora de alto rango...

—Yo soy la condesa D... dijo Clotilde con nobleza, y si esa dama pertenece realmente á la alta sociedad debo conocerla... tengan ustedes confianza en mí, pobres niñas: vamos á ver, ¿qué exigen de ustedes en esa carta?

—Espíquenos usted antes, señora, qué fin la conducía á nuestra casa; repuso la orgullosa Ofelia, y perdone usted que la interrogue de este modo; no tengo mas que diez y ocho años y debo cuidar de mis hermanas; somos huérfanas y estamos desamparadas; nada conozco del mundo, señora... nada mas que el infame lazo que han tendido á esta infeliz niña, mi hermana mas jóven, y tiemblo por ellas y por mí... sospecho que esa carta sea una nueva red para María; tiemblo de que usted, señora, que parece tan buena, esté de acuerdo con alguno para perdernos... Por amor de Dios, dígame, dígame usted



pronto... ¿qué quiere? ¿á que ha venido usted á esta casa?

—A ella me ha traído únicamente el deseo de encargar á ustedes, algunos trabajos de bordado, señorita.

—¿Quién ha hablado á usted de nosotras?

—Una jóven ramilletera llamada Rosa.

—Ah! La creo á usted, la creo! conocemos á Rosa! Pero, señora, se ha de pasar mucho tiempo antes de que los bordados de usted estén concluidos... yo estoy enferma, ya lo ve usted, y mi hermana tambien lo está; solo queda en pié mi pobre María; pero temo mucho por su salud porque es muy delicada.

La condesa miró con profunda compasion á Gloria, que al ver la lastimera oposicion de su hermana á que saliese, habia vuelto á su doliente postura junto al sofá en que yacia Blanca.

Esta se agitaba cada vez mas; habia crecido el encarnado de sus mejillas y su pecho se levantaba á impulsos de una respiracion oprimida.

—Mis bordados no corren prisa, repuso la condesa; ni la lentitud con que los hagan ustedes puede impedir que cobren ustedes su importe, mis queridas niñas; la obra que enviaré á ustedes con Rosa antes de que acabe el día de hoy es pesada hasta lo sumo; trátase de un peñador de levantarse que quiero regalar á mi amiga la duquesa de Rio-Claro y cuyo bordado ha de ser lo mas esquisito y complicado que sea posible.

—¡La duquesa de Rio-Claro! exclamó María levantando su rubia cabeza; esa es la señora que me ha escrito ayer,

pidiéndome que fuera á dar lección á su hija.

—Tiene una hija, en efecto; repuso Clotilde, y en cuanto á la carta yo me informaré de si realmente la ha escrito; pero volvamos á lo que me interesa: yo ruego á ustedes que á cuenta de su trabajo admitan una corta suma.

—¡Ah, señora! ¡cuán buena es usted! exclamó Ofelia enternecida y viendo en aquella generosa oferta un rayo de luz; considere usted, sin embargo, añadió luego con naturalidad, que quizá moriremos sin que podamos resarcir á usted de sus adelantos.

—Morir! repuso Clotilde: no tengan ustedes por Dios tan tristes pensamientos... piensen ustedes en días mejores.

Movió Ofelia tristemente la cabeza y volvió sus abatidos ojos hácia el sofá en que Blanca descansaba; mas como si aquella mirada hubiera penetrado en el ardoroso cerebro de la jóven, lanzó un penetrante grito y se incorporó desatinada.

—El conde D!... El conde!... exclamó con voz aguda: han dicho que es un conde!... Un conde!... Ah!... Ah!... Pero la ventana me librá de él!

Echóse, al decir esto, fuera del sofá con tan terrible impetu, que hubiera caído al suelo á no recibirla la condesa en sus brazos.

—¿No ha dicho usted, señora, que era la condesa D...? preguntó Ofelia clavando en Clotilde sus grandes ojos.

—Sí, contestó esta que aun sostenia á Blanca: sí... soy

la condesa D... pero nada me pregunten ustedes... y crean que soy mucho mas desgraciada que ustedes!

Cubrióse al pronunciar estas palabras el rostro con las manos y lloró silenciosamente durante largo rato.

Las dos jóvenes comprendieron y respetaron aquel profundo dolor; calmóse Blanca de nuevo y la condesa enjugó sus lágrimas y tomó entre las suyas las manos de Ofelia y de María.

—Déjenme ustedes, dijo, déjenme olvidar mis propios infortunios aliviando los suyos; déjenme que me ocupe de su suerte: ¿quieren ustedes que sea su hermana, su amiga?

—Ah, señora! es usted un ángel! exclamaron á la vez las infelices niñas.

—¿Cómo no hemos de aceptar con gratitud sus generosas ofertas, continuó Ofelia, cuando nadie se interesa por nosotras?

—Aconséjenos usted, sí, añadió María; en todo la obedeceremos, aunque al parecer tiene usted casi nuestra misma edad.

—Conozco, sin embargo, mejor el mundo, mis queridas niñas, repuso la condesa con tristísima sonrisa. Pobres palomas! prosiguió mirándolas con ternura; ustedes que apenas han dejado su pacífico nido ¿qué pueden saber de las tormentas de la vida?

Calló Clotilde abismada en sus amargos pensamientos y luego haciendo un esfuerzo sobre sí misma, preguntó:

—¿Quién ha traído á ustedes esa carta de la duquesa

de Rio-Claro?

—El marqués de la Oliva, contestó María.

La condesa se estremeció.

—¿Cómo saben ustedes que se llama así? tornó á preguntar Clotilde.

—Porque él se lo dijo á Rosa, y esta nos le enseñó un día que pasaba por aquí.

—No vaya usted, pues, á casa de la duquesa, María; yo la escusaré á usted con ella; no vuelva usted á ver á ese hombre, ni le oiga bajo ningun pretesto; ahora haré á ustedes todavía dos ó tres preguntas mas: ¿quién ha traído á Blanca en este estado?

—Un caballero que la depositó en ese sofá y en seguida se retiró diciendo:

—He tenido la dicha de salvar á esta jóven de un riesgo mortal; si alguna vez necesitan ustedes amparo, piensen, señoritas, en el coronel Eduardo Velez que vive donde indican estas señas.

La condesa tomó la tarjeta que María le presentaba y la leyó.

—Conozco al coronel y le creo incapaz de mentir, dijo; su hermana de ustedes no ha padecido mas que un gran susto; ahora bien ¿qué vecinos hay en esta casa?

—Además de nosotras, el zapatero del portal que vive mas arriba con su mujer.

—¡Dios mio, qué desgracia! Porque es preciso que abandonen ustedes esta habitacion al instante; ¿quieren ustedes venir á mi casa?

—Señora, no podemos dejar la nuestra, dijo Ofelia con triste dignidad; mejor aceptaremos en ella los beneficios que usted quiera dispensarnos.

—Comprendo á usted, noble jóven, repuso la condesa estrechando su mano; tiene usted razon: ustedes no pueden vivir de limosna y quizá están aquí mas seguras que en el asilo que les ofrezco; mas ya que no hay mas vecinos que esos honrados viejos quiero verlos.

Levantóse María, desapareció y volvió á poco seguida de la pobre jorobada.

—Vé, Malvina, dijo Ofelia con dulzura, y dí al señor Martin que nos haga la merced de subir.

La condesa parecia meditar profundamente y solo la entrada del anciano la distrajo de sus reflexiones.

—Señor Martin, dijo; estas niñas necesitan mudar de habitacion durante algun tiempo; ¿podria usted cambiársela por la suya?

—Pero, señora, ¿ha visto usted mi habitacion? preguntó el buen hombre estupefacto.

—No la he visto; sin embargo, sea como sea, es buena.

—En ese caso, puede usted disponer de ella, repuso el zapatero.

—¿Dirá lo mismo la esposa de usted?

—Lo mismo; ella da por hecho cuanto hago yo.

—Déle usted, pues, la noticia, porque estas jóvenes deben acostarse allí en seguida.

—Yo les subiré las camas y bajaré la nuestra aquí.

El buen hombre puso al instante manos á la obra y la

condesa llevándose á Ofelia á un lado, le dijo dándole un bolsillo.

—Aquí hay dos mil reales en oro; guárdelos usted, mi querida niña, pues es la mitad del precio que destino á la obra del peinador de que he hablado á usted; de cuenta de usted corre el que los dibujos sean lo mejor posible. Venga usted acá, María, y oiga un consejo: esta noche enviaré á usted á mi médico; instálense ustedes en la boardilla del zapatero, y no abran ustedes mas que á él y á su mujer y al doctor; Ofelia, acuéstese usted y que se acueste Blanca tambien; Rosa vendrá á cuidar á ustedes, porque esa pobre niña no basta; adios, amigas mias, hasta mañana muy temprano.

La condesa abrazó á las jóvenes y salió dejándolas entregadas á las dulzuras de la esperanza; al pasar por el patio, dió cuenta á la señora Antonia del arreglo efectuado entre su esposo y las huérfanas, y la bondadosa anciana se mostró muy satisfecha de poderlas ser útil en algo.

Clotilde subió á su coche, y no bien llegó á su casa hizo llamar á Rosa, quien, como todas las noches, gritaba á la puerta del teatro mas concurrido:

—Ramitos de camelias! ya tengo yo en la mano la risa del buen tiempo! violetas! qué bonitas!

## XXV.

## ORGULLO QUE MATA.

Fernando de Silva, agobiado con la desgracia que acababa de experimentar, permanecía en su casa abatido por una profunda tristeza.

Amaba á su perdida esposa no con ese cariño tranquilo é inalterable, propiedad benéfica de las naturalezas apacibles; únicamente le habia profesado siempre una fria consideracion llena de hastío, que su insaciable naturaleza concedia á todo aquello que se le prodigaba mucho; cuanto era nuevo le hechizaba; cuanto le era conocido le fatigaba y le sumergia en un fastidio profundo y doloroso.

No obstante, y á pesar de lo gastado de su naturaleza y de sus sensaciones, conservaba en el alma bastante sanas aun sus creencias religiosas; era honrado y pundonoroso, pudiendo decirse que todas sus faltas provenian del esceso de fuerza de su imaginacion y de una facultad de sentir tan inmensa, que le empujaba con frecuencia á los abismos que abren las pasiones.

Tal vez Fernando no habia encontrado aun al ser que debia comprenderle y hacer dichosa su vida por medio de esos lazos del alma tan difíciles de formarse como imposibles de romperse; su esposa Isabel, buena, atenta, y afectuosa, quizás en demasía, jamás habia logrado ins-

pirarle otra cosa que estimacion sincera hácia su virtud y una aficion tranquila y agradecida.

Mas, ay! ¿qué era esto para hacer feliz á un ser nacido para las grandes pasiones? Fernando, á su lado, se fatigaba de inaccion y de falta de sentimiento, del mismo modo que el pobre pájaro, encerrado en una jaula de oro, que muere, aunque se la rodeen de flores si le falta el ambiente y la luz!

Una hija vino á hacer mas feliz la vida de Fernando; su corazon, dormido en el fondo de su pecho, animóse al oir el vagido de aquella criatura; mas pronto se acostumbró tambien á la dulzura monótona y siempre igual de esta nueva afeccion, y sin dejar de quererla volvió á suspirar por la vida del corazon, que se dormia de nuevo.

Clotilde era la única mujer á quien Fernando habia amado, si no con la intensidad de las pasiones exclusivas, al menos con todo el fuego y todas las ilusiones de un primer amor; en el alma de muchos hombres entra al menos por tanto el amor como el amor propio, y la hermosa, noble y opulenta Clotilde de Guzman podia envanecer con su cariño al hombre mas exigente.

No obstante, el orgullo era la pasion dominante en el alma de Fernando por lo mismo que tenia conocimiento de lo que valia; y ya se ha visto por la cándida y veraz relacion que hizo Clotilde á su esposo al principio de esta historia, como tuvo valor bastante para abandonarla y para casarse con otra.

Mas bien pronto cedió su resentimiento al verse unido



para siempre á una mujer, que era muy inferior á la hija del duque de B... Es verdad que la pobre Isabel creía á su esposo de una naturaleza y de un mérito superiores á los demás hombres; rodeábale constantemente de la mas tierna solicitud, y siempre estaba pendiente de sus ojos; si hablaba le oía con religiosa atencion dando continuamente apasionadas señales de su admiracion; pero tales muestras de cariño no podían halagar ni el amor ni el orgullo de Fernando, y solo le inspiraban una lástima desdeñosa.

No queria esponerse á ver de nuevo á Clotilde, cuyo casamiento habia sabido con profundo dolor; así pues, permaneció dos años encerrado en la ciudad donde habia nacido, entregándose con afan al estudio y deseoso de olvidar la idea fija de su alma.

Su vida era sedentaria y arreglada; trabajaba en su facultad con asiduidad y brillantez; y por lo que tocaba á su esposa é hija, el esposo y el padre mas ejemplar no hubiera podido menos de admirarse de su comportamiento.

Mas todas aquellas apariencias de tranquilidad no eran otra cosa que un deseo de matar su corazon demasiado fogoso y las aspiraciones que le ahogaban.

Un negocio imprevisto le obligó de repente á ir á Madrid; no bien llegó, su primera diligencia fué informarse de Clotilde; muy pronto tuvo ocasion de saber lo que sobraba para acabar de lastimar su orgullo; la condesa era una de las mujeres mas de moda de Madrid por su belle-

za, por su esplendidez y por su gracia, uniendo además á tantas ventajas una cosa muy rara, atendidos los rápidos y funestos progresos de la maledicencia: su reputacion de virtud era intachable, concediéndosela lo mismo los hombres que las mujeres.

Poco tiempo despues de estar Fernando en Madrid, recibió una carta de uno de sus amigos que, entre otras cosas, decia lo siguiente:

«Tu mujer se ha puesto estrañamente triste, y su salud se ha alterado de una manera notable; no puedes dudar que sabe cuanto has amado á Clotilde, y que esta se encuentra en Madrid; creo que siente unos terribles celos, exasperados aun por el humilde concepto que tiene de sí misma, y que en esta ocasion se aumenta su martirio, exajerándola las ventajas indisputables de su rival.»

Esta carta causó una viva sensacion á Fernando: escribió á su esposa de la manera mas tierna; pero poco despues tuvo ocasion de ser presentado en casa de Clotilde por el marqués de la Oliva y se olvidó de todo lo demás.

Algunos dias mas tarde, y en tanto que él buscaba con anhelo todas las ocasiones de ver á la condesa, recibió otra carta de su amigo:

«Vuelve, Fernando, le decia en ella; tu mujer está enferma; ha adelgazado considerablemente; no sé quién la escribe tu vida en esa; pero tú sabes que ella tiene ahí parientes; tú no amas ya á la condesa, y solo para satisfacer tu orgullo anhelas que ella vuelva á amarte; mas Isabel será la víctima de ese juego fatal; pues no puede soportar

la doble privacion de tu vista y de tus cartas.»

Fernando tomó un billete en la diligencia para volver á su casa aquella misma noche y así lo escribió á su esposa; mas su amigo el marqués de la Oliva le dijo que aquella noche estaba Clotilde sola en su casa, y la diligencia partió sin Fernando.

Sin embargo, Isabel, que no habia recibido aviso de su detencion, fué á esperarle á pesar de su enfermedad, y al saber que Fernando se habia quedado en Madrid, volvió á su casa transida de fatiga y de dolor.

Quince dias despues Fernando recibió otra carta en la cual se le noticiaba la muerte de su mujer; su amigo añadia en ella que al dia siguiente saldria con direccion á Madrid con el objeto de llevarle á su hija que habia quedado abandonada.

Fernando sintió un dolor profundo y maldijo un orgullo que habia sido el tormento de toda su vida y el verdugo de la excelente criatura que el cielo le habia dado por compañera.

Solo le habia obligado á perseguir á la condesa la mezquina satisfaccion de poderse decir á sí mismo:

—Esa mujer, á quien tuve que renunciar cuando era libre, olvida ahora por mí á su esposo y á sus hijos... estoy vengado!

¡Miserables satisfacciones de los mortales! Por ellas se renuncia muchas veces hasta á la tranquilidad de la conciencia!

Fernando de Silva se encerró en su casa; en medio

de sus punzadores remordimientos, confundía en un odio exajerado al marqués de la Oliva, que era el que le había conducido á casa de la condesa, y á la misma Clotilde.

Su constante malestar hizo una pausa para recibir á su hija y luego volvió á su tenebroso silencio y á su sombría y dolorosa calma, dejando libre á la condesa de sus persecuciones.

Ya era tiempo; Clotilde se consumía en la árdua lucha, y á poco mas que hubiera durado, Fernando de Silva hubiera tenido que dar cuenta al cielo de otra nueva víctima de sus pasiones.

## XXVI.

### LA NIÑA SIN PADRES.

Dos días despues del en que estuvo Clotilde en casa de las señoritas Valdés, y á eso de las once de la noche, el Nido de Palomas presentaba un aspecto digno de notarse, aunque algo distinto de aquel con que le hemos conocido.

Reunidas en la bohardilla del señor Martín y de la señora Antonia, se hallaban las tres hermanas, su compañera Malvina y Rosa, la linda vendedora de ramilletes.

Acompañábalas la señora Antonia que hacía calceta con suma agilidad sentada junto á la mesita que sostenía la luz.

Ofelia, acomodada en uno de los sillones que vimos en su habitación, estaba hablando con las personas que la rodeaban.

Frente á ella y recostada en el otro sillón igual, Blanca miraba tiernamente á María, que bordaba junto á la luz y que de vez en cuando sonreía á sus hermanas.

Malvina hacia dobladillos en una sábana de batista y Rosa cosía una camisa para Curro.

—Señoritas, dijo la ramilletera clavando de repente la aguja en su labor; ya es hora de tomar la leche y de recogerse; para convalecientes es velar ya demasiado.

—Yo no tengo todavía gana de beber leche, repuso Ofelia: la beberé cuando cene María y así la acompañaré.

—La señorita María tiene ya preparada su pollita asada y su dulce; con que pondré la mesa y á cenar todos.

—Rosa, la leche caliente me pone la cabeza pesada, dijo Blanca.

—Vamos, repuso la novia de Antonio el Curro, me lo pensaba. Ya anoche no le hizo usted muy buena cara y por eso le he preparado hoy leche de almendras!

—Cuánto nos mimas, Rosa! dijo María; pero mira que gastarás mucho dinero y el que tenemos ha de durar todo lo posible.

—Bah! siempre sale usted con lo *mesmo*! durará lo que pueda; en acabándose agur.

—Pero si no tenemos mas!

—¿Que no? ¿No gana Curro diez y ocho *riales*? ¿Y yo no saco un par de pesetillas diarias? Y á mas ahora que

gano por otro lado.

Las tres hermanas, por un movimiento espontáneo, se asieron á Rosa. Ofelia y María tomaron sus manos, Blanca la rodeó el cuello con sus brazos y todas le dieron gracias con el elocuente lenguaje de sus ojos.

—Yo probaré á bordar mañana, dijo Ofelia; ya estoy fuerte.

—Y yo también, añadió Blanca.

—Eal No hay que mentarme tan siquiera el trabajo por ahora! gritó Rosa enjugando con el revés de su delantal una lágrima que habían arrancado de sus ojos las caricias de las huérfanas. Caramba! Que no han de poder parar nunca!

—Pero Rosa, ayer nos trajo la condesa la batista para el peinador, y el dinero que gastamos es el que ella nos adelantó!

—Lo que es por eso no hay que pasar pena, señoritas: ese dinero no se ha tocado ni se tocará.

—¿Pues de qué comemos?

—Tomal ¡No gana Curro diez y ocho reales serrando madera y yo ocho vendiendo flores? Además, ¡no acabo de decir, señoritas, que ahora gano por otro lado?

—Pero Rosa...

—Vaya, vaya! exclamó la hermosa muchacha, para evitar la esplosion de la gratitud de las tres jóvenes; voy á poner la mesa, y mientras se cena contaré á ustedes mi nuevo negocio.

Rosa acercó una mesita, la cubrió con la ayuda de

Malvina y trajo una polla asada, un poco de dulce para María y dos vasos de leche caliente y azucarada para Ofelia y Blanca.

—Esta es de almendras, dijo sirviéndosela á la última; esta tiene una yema batida, añadió presentando su vaso á Ofelia.

—¿Y tú Rosa? ¿Y Malvina y la señora Antonia, qué van á cenar? preguntó Blanca.

—Yo, contestó la anciana, ya hace dos horas que despaché con Martin una buena racion de patatas con tocino; dentro de un ratito me bajaré á dormir.

—Patatas tengo yo tambien, que es lo que mas me gusta, dijo Rosa.

—¿Con tocino? preguntó la señora Antonia.

—No, solas; me gustan mas.

—Rosal Rosal ¿Es posible que te empeñes en hacer tales sacrificios por nosotras? exclamó Ofelia con dolorosa conmocion.

—¿Qué sacrificios? ¿el comer patatas?... señoritas, ese es mi manjar favorito; ea, la señorita María dará de su cena á Malvina, que es un alfeñique, y yo me voy á cenar á la cocina.

La generosa muchacha entró, en efecto, en la reducida cocina que antes hemos visto tan arreglada por las limpias manos de la señora Antonia, y que nada había perdido ahora de su brillante aseo en las de Malvina y Rosa.

Las jóvenes se pusieron á tomar cada una el alimento

que les habia sido destinado; mas, no bien le habian llevado á la boca, le dejaron temblando.

Llamaban á la puerta con fuertes y redoblados golpes.

—Dios mio! exclamó Ofelia juntando sus blancas manos: ¿quién será?

—Yo tiemblo! murmuró Blanca estremeciéndose con el temor de nuevas persecuciones.

—Eh! No hay que asustarse, dijo Rosa saliendo de la cocina. Caramba! Ahora estoy yo aquí y no es fácil que se meta en casa gente de mala intencion.

Y volviéndose á la señora Antonia, añadió:

—El señor Martin estará durmiendo á pierna suelta, ¿verdad?

—Sí, hija; ya sabes que hace poco se acostó abajo en la habitacion de las señoritas, y él acostumbra á cojer el sueño muy pronto.

—No hay que apurarse, repito.

Y Rosa, abriendo la ventanilla que daba al tejado, gritó con un tiple fuerte y agudo:

—¿Quién es?

—Abre, Rosa, contestó una voz robusta y varonil.

—Toma! Si es Curro! exclamó la muchacha separándose de la ventana; y luego, á pesar de su carácter animoso, palidieron un tanto las rosas de sus mejillas y murmuró:

—Ay! Dios mio! ¿Qué habrá sucedido?

—Baja á ver lo que quiere Curro, hija, dijo la señora Antonia; ya sabes que él no es amigo de incomodar, y



cuando viene á esta hora...

—Anda, Rosa, exclamó María á la suplicante mirada que le dirigió la ramilletera.

Esta no aguardó á que se lo repitieran; encendió un cabo de vela, tomó la llave de la puerta y bajó corriendo la escalera.

Las jóvenes, algo tranquilizadas, continuaron cenando á instancias de la señora Antonia.

Oyéronse á poco pasos cercanos: abrióse la puerta de la bohardilla y apareció Rosa con una niña pequeñita en los brazos, seguida de un gallardo mozo en traje de menestral, que llevaba la luz que aquella habia dejado.

—*Salú*, señoritas, dijo el recién llegado quitándose su gorra con respeto.

—Es Curro, mi novio; añadió Rosa cogiendo por la mano á su prometido y presentándole llena de orgullo; yo cuido de esta criatura, que acaba de quedarse sin madre, y como vengo aquí por las noches y me tengo que dejar á la *probecita* sola en mi bohardilla, le tengo dicho que vaya él á ver si llora; hoy fué algo mas tarde y dice que daba tales jemidos que me la trajo, no sabiendo qué hacer para acallarla.

—Angelito! exclamó María tomándola en sus brazos; está helada!

La niña, que ya habia callado, fijó sus ojos pardos y hermosos en el vaso de la leche que tenia Ofelia en la mano, y tendió hácia él los bracitos, gorgoando alegremente.

La jóven la tomó á su vez, y acercó la leche á los lábios de la niña, que bebió con avidez.

Luego se echó á reir y batió sus manecitas balbuceando gozosa.

Podia tener algo mas de un año; estaba envuelta en ricas mantillas, y su carita risueña estaba fiaca y descolorida, haciendo resaltar su palidez sus grandes ojos oscuros y los sedosos cabellos que se escapaban del borde de su gorrito de encaje, con esa gracia infinita que solo pertenece á la infancia.

—Tenia hambre! murmuró dolorosamente María.

—Nada tendrá de estraño, señorita; le dí sopas al venir aquí, que fué al anochecer, y son mas de las doce; pero qué caramba! yo no puedo hacer mas por esta pobre niña; hasta hoy nada me han dado por su cuidado, porque su padre está enfermo de muerte y ni siquiera sabe de su hija; sin embargo, este es el nuevo medio de ganar dinero de que yo hablaba hace poco, porque estoy segura de que, ya se muera ó no su padre, cuando salga de ese estado, no dejarán de darme una buena gratificacion.

—¿Y cómo has conocido tú á su padre? preguntó la señora Antonia, que, á fuer de mujer de experiencia, era maliciosa.

—Nada hay en ello de estraño, *señá* Antonia, exclamó Curro; y el que lo dude que se entienda conmigo ¿estamos? Esta chica tiene alquilada—con su *trabajo*, se ende—una bohardilla en una de las mejores fondas de Madrid; por las mañanitas baja con sus canastos de flores y

le compran para adornar las mesas del comedor; por las noches los huéspedes de la fonda le compran tambien para regalar á las señoras en el teatro y por eso le conviene vivir en la fonda; todos la conocen y la estiman por honrada, pues no hay reputacion mas limpia que la suya, no agraviando lo presente.

—Vaya!... ¿Y *pa qué* habia de ser mala? ¿No gano yo ocho y hasta doce *riales* cada dia con la venta de mis flores? y á mas de eso ¿no me entregas tú enterito tu jornal? Casi todas las que son malas lo son por no tener que comer y á mí me sobra...

—Vamos á ver si me dejas acabar de contar como has conocido al padre de la niña, que no quiero que las señoritas sospechen, ni esta buena mujer tampoco; pues, como iba diciendo, en la fonda donde vive Rosa, vive tambien hace cerca de tres meses un caballero muy rico llamado don Fernando de Silva, vaya! pues apenas estoy yo informado! Este señor, ya muy delicado de sí, empezó á ponerse peor; luego supo la muerte de su mujer y se puso peor que peor; mandó que le trajesen su niña, que es esta; pero, cuando llegó, ya no conocia á nadie; echaba la sangre por la boca á caños y los médicos decian que se moria; la pobre criaturita estaba abandonada, porque la pícara fondista la entregó á las criadas que tienen alma de judíos y no le daban ni aun sopas. Rosa, que aunque tiene mal génio, tiene el mejor corazon del mundo, cansada de oirla jemir y de ver que ya hasta le faltaba la voz de pura *nesejada*, entró un dia en el cuarto donde la tenian abando-

nada, la cogió y se la subió á su cuarto; ya hace cuatro días que la tiene; por las mañanas lleva á la niña y la cesta; pero por la noche la deja en casa para no incomodar á las señoritas; con que ea! ahora que ya está alimentada, la cojo y me voy, que no son horas estas de que esté yo aquí charlando.

—Llevarse al pobre angelito! murmuró María; volverá á llorar cuando se vea sola y sin luz! Y luego, como herida de una idea súbita, se volvió á sus hermanas y les preguntó:

—¿No os parece que nos la podríamos quedar aquí?

—Sí, dijo Ofelia: quédatela, María.

—¿No nos cuida Rosa á nosotras? añadió Blanca; pues es muy justo que nosotras cuidemos á la niña hasta que la reclamen; entonces se la llevará Rosa.

—¿No te decía yo que eran buenas como unos ángeles? dijo esta á su novio muy ufana.

—Sí que lo son, contestó Curro; por eso Dios no les faltará; gracias, señoritas, por la caridad que usan ustedes con la pequeñita Septimia, y muy buenas noches; si algo ocurre, aquí está Antonio el Curro en cuerpo y alma.

Salió el horado menestral; Rosa le alumbró y así que volvió, lavó y arregló á la niña, acostándola con María, que quiso cuidarla.

Acostáronse también Ofelia y Blanca en sus camas cerradas con cortinas. Rosa y Malvina ocuparon un lecho estendido en medio de la habitación que les era comun, y la señora Antonia, despues de apagar la luz, cerró con

cuidado y se fué á reunir con su esposo que roncaba tranquilamente en la alcoba de la habitacion de las jóvenes que antes ocupaba María.

## XXVII.

## IR POR LANA.

La señora Antonia abrió con cuidado la puerta del *nido de palomas*, para no despertar á su esposo; colocó la luz en una de las cómodas, pues las señoritas Valdés habían dejado el cuarto conforme estaba, y se puso á rezar sus devociones cómodamente sentada en el sofá.

Mas de una hora duró esta piadosa ocupacion; despues se dirigió al dormitorio en que estaba su cama conyugal, se acostó sin producir el menor ruido y se durmió en seguida, con esa tranquilidad profunda é inalterable que disfrutan las personas sujetas á continuos trabajos corporales, y cuya conciencia está limpia de toda mancha.

De repente se oyó un rumor extraño á la parte exterior del balcon; pareció como que afianzaban una escala, y á poco un sonido leve y estridente indicó que cortaban los vidrios con un diamante.

Despertóse el zapatero; pero su mujer, que acababa de dormirse, permaneció inmóvil.

El señor Martín se incorporó con el mayor cuidado posible y asió un palo enorme que toda su vida había colocado á la cabecera de la cama antes de acostarse, y que

era la única arma que sabia manejar con todo primor.

Pronto cesó el chirrido de los cristales; pasó una mano por la abertura y se oyó descorrer el pestillo con cautela.

Luego se abrió el balcon; á la claridad de la luna se vió á un hombre, caballero en el antepecho, quien saltó hácia dentro con la mayor destreza.

Guiado por las cortinas blancas de las alcobas se hizo cargo de su posicion y despues entornó el balcon.

El silencio y el cuidado con que practicó estas varias operaciones indicaban que estaba bastante familiarizado con ellas; el señor Martin, por la cortedad de su vista, no pudo reconocer sus facciones.

Sintió, no obstante los cautelosos pasos del desconocido, que se acercaba lentamente y con infinitas precauciones á la alcoba.

—Ah, infame! pensó el honrado zapatero; la hermosa señora que dispuso que las señoritas mudasen de dormitorio conocia el mundo mejor que yo; pero aquí encontrarás lo que mereces.

Entre tanto que el señor Martin hacia estas reflexiones, se había ido aproximando cada vez mas el desconocido; un penetrante perfume llegó al olfato de aquel y se dijo:

—Holal este es algun pájaro gordol... pero no por eso se librá de mi garrote.

El anciano fué interrumpido por la voz del desconocido que habia llegado á apoyar una mano en el lecho.

—María, dijo este por lo bajo, María!

Nadie contestó.

—Soy el marqués de la Oliva, continuó la voz; hace días que espero para hablarte á que vayas á casa de la duquesa de Río-Claro, y no has querido acudir á la cita que te dió; por eso me he arriesgado á todo y vengo á hablarte: escúchame con tranquilidad.

Un tremendo garrotazo fué la contestacion que recibió el asendereado galan; pero tuvo bastante fortaleza para no quejarse y para averiguar el enredo de que era víctima; empezó á tocar y apoyó sus manos en la áspera cara del señor Martin, quien respondió á esta caricia con otro terrible golpe.

Tampoco se quejó el marqués; y el señor Martin saltó de la cama y empezó á perseguirle á su sabor golpéandole con horrorosa destreza.

Por fin oyó el ruido de un cuerpo que se desplomaba en el suelo, y entonces encendió la luz.

Vió al marqués tendido sin movimiento; brotaba la sangre de su cabeza y de sus piernas, lastimosamente heridas.

Nada puede dar mejor idea del silencio que presidió á aquella escena, que el sueño de la señora Antonia, en la cual solo despertó al encender su marido la vela.

—¿Qué es esto? ¿qué sucede? exclamó asustada.

—Mujer, respondió el señor Martin, vístete al instante, que te vas á subir á la bohardilla; yo voy á cerrar con llave y á dar parte de que he molido á palos á un ladron.

Al oír la palabra ladron alzó el herido su ensangren-

tada cabeza.

—No, no! murmuró per un desesperado esfuerzo; no, yo no soy un ladrón! soy el marqués de la Oliva!

—Un marqués no escala así los balcones de las familias honradas; contestó severamente el zapatero.

—Es que yo queria ver á una jóven que vivia aquí.

—¿Sí, eh? pues en vez de la jóven se ha hallado usted con un viejo de mal genio.

El señor Martin salió diciendo esto, precedido de la señora Antonia, que subió á su antigua bohardilla; el zapatero, despues de cerrar la puerta, fué á dar parte á la autoridad de cuanto habia ocurrido.

Un cuarto de hora apenas habria pasado, cuando el marqués fué conducido á su casa; dióse á conocer; confesó que solo se trataba de una intriga amorosa y que en efecto habia escalado el balcon; aseguró que el señor Martin no mentia y, como vulgarmente se dice, *se echó tierra al asunto*.

## XXVIII.

¡POBRE PAULINA!

Algunos dias despues de lo que acabo de referir, se hallaban reunidos en casa del coronel Velez el conde D... y el príncipe Cellemare con el dueño de la casa y el pintor que habia rogado al príncipe que fuese á visitar su taller.



Eran las once de la mañana y se habían reunido para almorzar; sentados juntos á una ventana del elegante aposento en que se hallaban, leían periódicos el pintor y el coronel, en tanto que algo mas léjos conversaban á media voz el príncipe Cellemare y el esposo de Clotilde.

El coronel estaba pálido y decaído; ya no era aquel hermoso y arrogante jóven que proclamaba en voz alta su buena fortuna con las mujeres; una triste gravedad había reemplazado á su vivaz alegría; la lectura parecía ocuparle poco porque de vez en cuando separaba su vista del periódico y quedaba profundamente abstraído.

El conde, por el contrario, parecía reanimado, había vuelto á recobrar una gran parte de su energía, y aunque la espantosa flacura, que había demacrado su cuerpo durante los días de dolor, no había desaparecido por completo, se reconocía que su sangre circulaba con nuevo vigor y nueva actividad.

—Ya por fin es usted casi feliz, le decía el príncipe apretándole la mano.

—Por lo menos, amigo mio, no soy tan desdichado como antes; todos los días veo á mis hijos por espacio de una hora; y además me he convencido de que, si el corazón de mi mujer no es mio, tampoco pertenece á otro.

—Dice usted bien: si Clotilde amase á Silva, como suponía usted, ¿no hubiera ido á hacerle mas dulce su agonía?... ¿No la ha visto usted serena, tranquila, digna y resignada?

—Es verdad, su método de vida, tan puro siempre, no

se ha alterado en lo mas mínimo; la dignidad de su conducta para conmigo me admira profundamente, y conozco que solo puede nacer de una conciencia completamente tranquila; no ha buscado ni ha huido con afectacion mi presencia; no la he visto llorar ni gemir; cuando por la mañana entro en la habitacion de mis hijos la encuentro allí y en ella permanece como diciéndome:—este es mi sitio:—mas cuando acaricio á estas criaturas permanece apacible, serena y prosigue su ocupacion como si no entendiese que á ella es á quien dirijo ese mudo lenguaje.

—¿Qué quiere usted, amigo mio? La ha ofendido usted cruelmente, y por mas que su decoro le aconseje no tomar las mezquinas venganzas que, por lo regular emplean todas las mujeres irritadas, su corazon debe estar profundamente lastimado de la dureza de usted.

—Oh! y de cuán buena voluntad le pediria yo el perdón! Pero aun dudol...

—Es posible!...

—Sí... sí! aun dudol ¿Quién sabe si ella ama á Silva en el fondo de su alma?

—¿Quién le impedia entregarse á ese amor, puesto que se ve abandonada por el de usted? No seria yo ciertamente quien la acusara! Así como por lo regular, la paz de la casa y de la familia dependen de la mujer, del mismo modo hay ocasiones en que el hombre se precipita en el abismo de la desesperacion; créame usted, amigo mio, prosiguió Cellemare con aquella dulce y penetrante voz, que era uno de sus mayores encantos; créame usted, abra

de nuevo los brazos á su esposa y será usted feliz, porque ella jamás ha dejado de ser digna del amor de usted.

—Déjeme usted esperar aun... ¿quién sabe?

—Como usted guste; mas me duele que el orgullo y la irresolucion de usted le impidan ser feliz cuanto antes; pero mire usted á Eduardo! Qué semblante tan contraido! Debe padecer alguna pena muy profunda!

—Sí por cierto; son tambien penas de amor; nos hemos encontrado en competencia con una jóven y en poco estuvo que aquel dia nos separásemos enemigos para siempre.

—¿Se habrá enamorado sériamente?

—Sí, muy sériamente; ¿y sabe usted de quién? De una paloma de las de aquel hermoso nido donde tambien ha estado usted alguna vez.

Palideció densamente el príncipe y luego preguntó con voz insegura.

—¿De cuál de ellas?

—De la mas jóven; y debo decir, en honor de la verdad, que, si sus hermanas se le parecen, son tres ángeles de pureza; estoy seguro de que ese miserable marqués es quien las ha difamado; y á propósito, ¿hace mucho que no le ha visto usted?

—Ya hace dias.

—No puede usted suponer la horrible suerte que le ha deparado el cielo; yo no sé en qué lance se ha quebrado las dos piernas.

—¿Qué dice usted?

—Sí, sí, ha habido necesidad de amputárselas.

—Es posible!

—Pero no es esto lo mas horrible; sino que su violenta desesperacion le ha hecho perder el juicio.

—¿Con qué está loco?

—Para siempre; el cielo ha tomado á su cargo la venganza que yo le juré en la noche de su desafio con usted. Ah! prosiguió el conde estrechando la mano de Honorio; cuando recuerdo la conducta de usted en aquella ocasion no sé de qué modo debo admirar á usted.

—Señores, esto es horrible! exclamó de súbito el coronel mostrando un periódico que tenia en la mano; sí, verdaderamente horrible!

—¿Qué es?

—Dice este periódico que la locura del marqués de la Oliva es horrorosa; se le figura que siempre le están apaleando y que es de noche y está á oscuras y corre como un desesperado.

—¡Desgraciado! murmuró el conde ¡bien castigado está sin que yo le persiga!

—No me admira lo que le sucede, dijo Cellemare; él fiaba su orgullo todo en su belleza y en su talento; dotado funestamente de una hipocresía refinada, el culto de sí mismo era su única religion; así nada puede consolarle en infortunio tan acerbo, porque su orgullo no le permite creer en la Providencia, ni adorarla, y su talento solo ha contribuido ahora á amargar su aciaga suerte quitándole la razon.

La puerta se abrió en este momento y un criado se presentó.

—Ha llegado una persona, dijo, que desea hablar al señor coronel.

Este se levantó y después de haber pedido permiso á sus convidados, siguió al criado.

—¿Sabe usted que me caso? dijo el príncipe al conde D...

—¿De veras? Buena falta le hace á usted, porque vegeta en la mas completa soledad. ¿Y puedo saber con quién?

—Sí; mas pregúnteselo usted á su esposa, pues ella conoce á la mujer á cuya mano aspiro.

Entretanto el coronel habia entrado en una habitacion apartada, en la cual se hallaba una mujer, cuya cabeza y facciones ocultaba un velo muy espeso.

No bien vió al coronel se lanzó hácia él y descubrió su rostro.

—Paulina! exclamó sorprendido el coronel.

—Es un milagro que me haya usted reconocido! dijo ella con amarga sonrisa; ¿no le parece á usted que la cárcel y el hambre han hecho espantosos estragos en mi semblante?

En efecto: la infeliz estaba pálida y enflaquecida; componia su traje un vestido de lana negro muy viejo y una mantilla en tan deplorable estado como aquel.

—¿Qué busca usted aquí, Paulina? preguntó el coronel visiblemente contrariado; dígalo usted pronto porque tengo gente y...

—¿Qué busco?... interrumpió ella con vehemencia; busco, en primer lugar, tu amor; y luego pan, porque no tengo casa, ni dinero.

—¿Y la casa que yo te hice amueblar?

—Debía mas de lo que valian los muebles y se los han llevado todos, arrendando el cuarto á otro inquilino.

—Toma, dijo el coronel, sin meterse en mas investigaciones; y sacando su bolsillo lo presentó á Paulina.

Mas esta retrocedió dos pasos.

—No quiero dinero solo; dijo con cierta nobleza.

—¿Qué mas quieres? Acaba de una vez.

—Quiero tu amor.

—Déjate de locuras, Paulina; contestó el coronel, cuya impaciencia iba haciéndose cada vez mas visible; lo pasado no existe ya; olvídalo como yo.

—¿Es decir que me abandonas?

—Te daré ahora cuanto necesites para remediar las pérdidas que has sufrido; pero despues no cuentes mas conmigo; mi regimiento sale de Madrid.

—Te seguiré.

—Te repito, Paulina, que no pienses en locuras.

—¿Luego amas á otra mujer?

—Sí.

—¿Vale mas que yo?

—Voy á casarme con ella.

—¿A casarte?

—Sí.

—¿Es con aquella jóven que el conde D... hizo venir

engañada á mi casa?

—Sí.

Paulina rechazó con el pié el bolsillo de Eduardo, que este habia dejado caer, y arregló de nuevo los pliegues de su mantilla, dirigiéndose á la puerta; mas se detuvo en ella como si le faltaran las fuerzas y volvió hácia el coronel.

—Eduardo, dijo con acento suplicante; no te cases... no des tu vida y tu corazón á otra mujer... no por eso te pido yo que te cases conmigo; ¡oh! ¡no!... Aunque tú quisieras, jamás consentiría yo que unieras tu nombre al mio... pero al menos, permanece libre... yo seré tu esclava... te seguiré á donde quieras y nunca me separaré de tu lado!

La miserable, al pronunciar estas palabras, se dejó caer de rodillas á los piés del coronel; mas este se apartó de ella.

—Paulina, dijo, el hombre solo se casa con una mujer á quien ama sobre todas las demás mujeres; y usted que es mujer, conocerá que no cabe en el corazón mas que un amor; así, pues, debe usted comprender que, desde el instante en que empecé á querer á otra, todo ha concluido entre nosotros.

—¿Me quita usted, pues, toda esperanza?

—¿Por qué habia de engañar á usted? Daré á usted ahora cuanto dinero le haga falta, y muy pronto me olvidará usted.

—¿No me quiere usted siquiera para criada suya?

—No puede usted vivir bajo el mismo techo que mi esposa.

—Es verdad, mi presencia la mancharía; repuso la viuda del torero, levantándose con la energía de la desesperación.

Acercóse á la puerta con paso firme, y desde allí se volvió para dirigir al coronel esta sola palabra:

—¡Adios!

Eduardo la dejó salir sin tratar de detenerla, y después volvió al lado de sus amigos.

—El almuerzo espera á los señores, dijo un lacayo abriendo de par en par las dos hojas de la puerta.

El coronel y sus convidados pasaron al comedor, y aunque durante algunos instantes vió el coronel ante sus ojos la sombría figura de Paulina, no tardó en desaparecer para dar lugar á la radiante imagen de Blanca.

## XXIX.

### LA DEMANDA.

A las tres de la tarde terminó el almuerzo; el príncipe de Cellemare, al salir de casa del coronel, hizo que su cochero le condujese á las hermosas arboledas del Retiro; apeóse allí y paseó durante algun tiempo sumergido en profundas reflexiones.

Luego volvió á subir al carruaje y dijo al cochero:

—A casa del conde D...



Pocos instantes despues era conducido á la habitacion de Clotilde.

Era una hermosa tarde de marzo; el aire templado y embalsamado por los perfumes de las muchas violetas que adornaban el aposento de la condesa, parecia transmitir á los sentidos una dulce embriaguez.

Clotilde se hallaba en su saloncito de labor; vestia un traje de seda de color gris perla, que dejaba ver los graciosos contornos de su cuello y de una parte de su espalda por su cuadrado escote.

No tenia mas adorno en la cabeza que las hermosas trenzas de sus cabellos oscuros prendidas con largos alfileres de oro.

La habitacion en que se hallaba formaba la mas perfecta armonía con su seductora figura; las paredes cubiertas de una tela de seda blanca con flores azules, como la sillería y las cortinas, la imprimian un carácter encantador de frescura; grandes maceteros de porcelana blanca con flores azules contenian hermosos ramilletes de violetas, resedá y jeranio; y en una jaula de marfil y plata cantaba un lindo y diminuto canario.

La condesa trabajaba en una labor de tapicería; un veladorcito de laca, colocado delante de ella, contenia una caja de concha llena de estambres y un libro.

A sus piés y sobre la alfombra jugaban sus hijos vestidos de blanco.

Quedóse el príncipe inmóvil á la puerta, contemplando este cuadro encantador, y fué menester que Clotilde le

llamase para sacarle de su arrobamiento.

—¿En qué piensa usted, príncipe? preguntó Clotilde sonriéndose, en tanto que los dos niños encaminaban sus vacilantes pasos hácia Cellemare, como si adivinasen que era un amigo.

—Pienso, señora, en admirar el hermoso cuadro que me ofrecen usted y sus hijos, contestó el príncipe tomando á los dos niños de la mano.

Clotilde suspiró sin contestar nada y señaló un asiento á Cellemare.

—Comprendo lo que ese suspiro significa, continuó este; quiere decir:—hay un hombre á quien este cuadro debía halagar mas que á nadie y huye de él!

—Es verdad! murmuró Clotilde con tristeza.

—Sin embargo, señora, ese hombre va sintiendo ya la falta del amor de usted, y no tardará mucho en rogar á usted que se lo devuelva.

Clotilde guardó silencio, y el príncipe continuó:

—Esperemos á que el iluso vuelva á una realidad demasiado dulce, para que no procure conservarla en adelante, y hablemos de mí, condesa.

—¿De usted? repuso Clotilde admirada.

—De mí, sí; ya conoce usted mi vida; necesito crearme una casa y una familia como usted misma me lo ha aconsejado tantas veces, y voy á casarme.

—Oh! Qué bien hará usted, príncipe! Mientras no tenga usted una esposa, siempre estará solo en el mundo.

—Vengo, pues, á rogar á usted, condesa, continuó el

príncipe, que pida para mí la mano de la mujer á quien amo: la mano de Ofelia de Valdés.

—Cómo! será posible! ¿quiere usted casarse con la señorita Valdés, siendo su nacimiento inferior al de usted?

—¿Qué me importa su cuna? Hará unos dos meses que dije á su esposo de usted que juraba unirme á la mujer que se pareciese á mi madre, fuese pobre ó rica, noble ó plebeya; pues bien, condesa: Ofelia es el retrato perfecto en virtudes y en belleza de mi santa madre; ¿cree usted que ella querrá concederme su mano?

—Ah! sí, sí, por cierto! lo creo; exclamó Clotilde con enternecimiento; aun digo mas, estoy segura de ello.

—Yo no, repuso Cellemare; yo la creo con demasiado noble orgullo para dar su mano á un hombre á quien no conoce mas que bajo un aspecto poco favorable y á quien no ha visto mas que una sola vez en su vida; pero únicamente le ruego por mediacion de usted que me consienta verla todos los días, hasta probarle mi amor.

—Pero, príncipe, repuso Clotilde confusa, usted no sabe que, para reprimir las demasías que, perdida su fama, podía acarrearles la maledicencia del marqués de la Oliva, me he visto obligada á ponerlas bajo la proteccion de un anciano zapatero, vecino suyo, y de su mujer. Ah! cuán arrepentida estoy de no haber seguido mi primera intencion trayéndolas á mi casa!

—Esas jóvenes son tan orgullosas que no hubieran consentido en abandonar la suya, aunque fuese mas miserable de lo que es; en cuanto á mí, ¿qué me importa te-

ner que ir á ver á Ofelia á la infeliz bohardilla del anciano zapatero? Ella embellece todo cuanto la rodea.

—Ah! cuán bueno y generoso es usted! exclamó la condesa; no puede usted menos de ser feliz! La elección de usted le hace justicia, y se la hace tambien á la que le inspira ese amor tan noble; pues ambos son ustedes los séres mas superiores que he conocido sobre la tierra.

La condesa, al acabar de decir estas palabras, tiró del cordon de la campanilla.

—Un sombrero y una manteleta, dijo á la doncella que se presentó. Voy á cumplir el deseo de usted ahora mismo, añadió dirigiéndose á Honorio; quédese usted aquí esperando á mi marido, que no puede tardar en venir.

—Plegue á Dios, condesa, que pueda yo recompensar á usted lo que le voy á deber, haciendo algo por su felicidad.

El príncipe besó con entusiasta reconocimiento la mano de Clotilde; y esta, viendo entrar á su doncella con las prendas que le habia mandado traer, enlazó su sombrero delante del espejo, prendió su manteleta, y salió despues de besar tiernamente á sus hijos.

## XXX.

## LA DICHA EN LA TIERRA.

Poco despues de haberse perdido en la distancia el ruido del carruaje de Clotilde, paró á la puerta el de su esposo.

Como de costumbre se dirigió este al aposento de su mujer para ver á sus hijos.

No imitaba Clotilde en la manera de cumplir con sus deberes de madre ni á la mayor parte de las damas del gran tono ni á muchas otras que pertenecen á una clase menos elevada; cada uno de sus hijos tenia para su cuidado una nodriza y una criada de edad madura; mas estas mujeres solo desempeñaban con los niños cuidados materiales, y aun estos bajo la inmediata inspeccion de la condesa.

Durante el día y escepto las horas en que sus ocupaciones y las exigencias de la sociedad á que pertenecía, le impedian rodearse de sus hijos, permanecia siempre con ellos; no pudiendo negarse á recibir á ciertas gentes habia creido que ellos eran la mas santa, mas segura y mejor compañía para una madre de veinte años.

En las dos visitas particulares que le habia hecho Fernando de Silva y á las cuales no habia querido negarse, calculando y con razon que no era este el medio mejor de demostrarle indiferencia, le habia recibido en el salon-

cito en que ahora la hemos visto, rodeada de los niños; dos veces, durante aquellas breves conferencias, trató Fernando de hacer revivir en su alma los dulces recuerdos de lo pasado; Clotilde guardaba para sus largos ratos de soledad su lucha y sus lágrimas y respondía solo á Fernando mostrándole á sus hijos que jugueteaban á sus piés.

—Soy madre; no profane usted con culpables palabras el aire que respiran mis hijos.

De este modo, y sin mas esfuerzos ahogó la condesa el culpable amor de aquel hombre convirtiendo poco á poco en una estimacion respetuosa y sincera los conatos de una pasion fatal,

El conde habia podido persuadirse de esta verdad que tan consoladora debia ser para su alma herida por los celos de un orgullo exaltado y cruel; por mas que él hubiera dicho á Clotilde en el arrebato de su dolor que la abandonaba á sí propia y que todas sus acciones le eran indiferentes, mentíase á sí mismo, pues desde luego siguió con ávidos ojos todas las acciones de su mujer.

La conducta de Clotilde, llena de una dignidad tranquila y reposada, le irritó dolorosamente en un principio, porque su valor demostraba el exceso de su dureza y la injusticia con que la habia tratado; mas poco á poco la benéfica influencia de su virtud fué desterrando del alma del obcecado esposo las ácras emociones de los celos y las amarguras de un imaginado desengaño.

Aun guardaba una esperanza baja y vengativa, la de

enamorarle de otra mujer y resistir así el encanto de Clotilde; mas en vano buscó entre las damas del gran tono alguna que con sus gracias le hiciera olvidar su invencible amor; la imágen de su esposa, presente sin cesar á sus ojos, hacia palidecer con desventaja á todas las demás imágenes, por bellas que fuesen.

Creyó mas tarde hallar en otra clase y en emociones mas groseras el infeliz desencanto que con tanta ansia buscaba; pero bien pronto se hastió convenciéndose de que buscaba un imposible.

Blanca de Valdés fué la última víctima de su exasperacion; en su tenacidad por encontrar lo que Dios, por su infinita bondad, rehusaba darle, se ha visto con cuán atrevida dureza la trató; quizá aquella niña era la sola criatura capaz en el mundo de hacerle olvidar á Clotilde; la virginidad y frescura de sus sensaciones hubieran sido para el conde un encanto poderoso y quizá irresistible; mas al ver lo que sufría se despertaron sus nobles sentimientos y la compadeció profundamente.

Esta fué su última tentativa para buscar otro amor; y desengañado al fin de que no podia encontrarle, su corazon se volvió hácia su esposa y hácia la vida doméstica.

Avergonzado del lance ocurrido con Blanca, no creyó rebajarse dando una satisfaccion de él al coronel que se habia manifestado tan decidido protector de la jóven; vióle triste y preocupado y comprendió que la amaba.

Sin embargo, su orgullo no le habia permitido aun mostrarse de nuevo afectuoso con su mujer; todas las tar-

des, al entrar en la habitacion de Clotilde para buscar á sus hijos, dirigia á esta algunas palabras corteses y frias, y luego se entregaba enteramente á sus juegos y á sus caricias.

Al entrar en la tarde de que nos venimos ocupando, su primera mirada fué para buscar á Clotilde; luego vió al príncipe y se sonrió amistosamente.

Los dos niños se asieron á su levita gritando á un tiempo con su gerga infantil.

—Pápá, papá! No está mamá!... Se ha ido!

—¿Dónde anda Clotilde? preguntó el conde poniendo á los niños sobre sus rodillas.

—Ha salido, contestó el príncipe; ha salido á ruegos míos, pero va á volver.

—¿Le ha encargado usted alguna compra?... pero, querido, ¿qué es lo que tiene usted? me parece que está usted muy agitado!...

—Amigo mio, exclamó Honorio, Clotilde está decidiendo en este instante de mi suerté!

—Clotilde! ¿qué quiere usted decir?

—Ya lo sabrá usted cuando vuelva! por ahora, permítame usted callar en cuanto á lo que me concierne y que le pregunte ¿por qué desperdicia usted esta dicha doméstica que tan escasa es en la tierra y que con tanto afan busco yo?

—Ya no la huyo, Honorio, contestó el conde algo confuso; nó, no la huyo; es ella, ella la indiferente á mí y á mi cariño!



—Augusto, lo que dice usted es tan frio y tan egoista que no puedo creer salga de su corazon por mas que lo pronuncien sus labios; razonemos en tanto que vuelve Clotilde y ¡ojalá al traerme ella mi dicha, pueda yo darle la seguridad de la suya!

—No comprendo á usted, amigo mio.

—¿Piensa usted, Augusto, que el corazon de la mujer es invulnerable? ¿Cree usted que Clotilde, despues de los insultos con que la atormentó y que sufrió con tanta paciencia y sumision, ha de pedir á usted aun perdon?

—No pretendo que se me humille, ¿pero no puede comprender que me humillo yo al entrar en su habitacion?

—¿Por qué ha de comprender eso? ¿No tiene su conciencia pura? ¿Qué honor le dispensa usted entrando en su cuarto? Yo creo mas bien que ella se le dispensa á usted al recibirle.

—Severo está usted, repuso el conde pensativo, ¿pero no puede comprender, cuando abrazo á sus hijos, que creo en su virtud? ¿No le dije en medio de mi desesperacion que renegaba de ellos? ¿Y no es confesarme tácitamente arrepentido el venir á buscarlos? Oh! Si la viera usted helada, silenciosa é impasible, sin levantar los ojos de su labor ó de su libro mientras permanezco aquí...

—¿Contesta á usted con dureza cuando usted le habla?

—No; ¿acaso conoce ella la dureza?

—Entonces, ¿de qué se queja usted, conde? una mujer buena necesita algo mas que demostraciones mudas de que se la estima; una mujer ofendida necesita pruebas de

arrepentimiento; vió usted á Clotilde suplicando mientras creyó que su amor podia convencer á usted; pero le anunció que usted iba á emprender una vida azarosa y desenfrenada y ha cumplido usted su promesa; ha tenido noticia de las escandalosas aventuras de usted, de sus noches de orgía; al saber que iba á ver á las señoritas Valdés, le dijo usted que amaba con ceguedad á la mas jóven, y ella debia hacer lo que ha hecho; aparecer á los ojos de usted indiferente y digna con toda la severidad compatible con su dulce carácter; despues ha ido todos los dias á ver á esas jóvenes y habrá sabido los insultos de usted á la pobre Blanca... Augusto, créeme usted: mucho tiene usted que hacer para que su esposa le perdone.

—¿Dice usted que vá todos los dias á ver á esas jóvenes?

—De su casa viene ahora, dijo el príncipe haciendo notar al esposo de Clotilde el rumor de un carruaje que se acercaba.

Augusto alzó los ojos hácia su amigo y se sobresaltó al advertir la alteracion de sus facciones; habíase levantado Cellemare y se apoyaba con la mano trémula en el respaldo de su sillón.

—Sosiéguese usted por Dios! exclamó el conde. ¿Qué nueva es esa que debe traer á usted Clotilde?

El príncipe pronunció algunas palabras ininteligibles y ahogadas por el exceso de su emocion, al mismo tiempo que Clotilde abrió de golpe la puerta.

—Albricias! albricias! gritó desde el umbral y ten-

diendo sus dos manos al príncipe. Ofelia es de usted.

El príncipe dió un grito de gozo; asíó aquellas manos que le enviaban la ventura y las besó trasportado, dejándose caer despues en un sillón, mientras que Clotilde, pareciendo reparar por primera vez en su esposo, le saludaba con amable indiferencia.

### XXXI.

#### LAS PETICIONES.

Permitidme, mis queridos lectores, que os refiera lo ocurrido en casa de las señoritas Valdés durante la visita de la condesa.

Al entrar esta en la mísera bohordilla del señor Martín, ocupada por las jóvenes, un cuadro muy extraño se ofreció á sus ojos.

En un lado se hallaba sentada Ofelia teniendo en la falda una carta abierta; á sus piés y sentada en un taburetillo de enea estaba Blanca con las manos entre las de su hermana, á quien miraba con ternura, en tanto que ella le hablaba en voz baja.

Algo mas léjos se veía á María teniendo en sus brazos á la niña Septimia, la cual saltaba alegremente, recobrada ya, sonrosada y ostentando esa encantadora robustez de los niños.

Enfrente de ese grupo, sentado y pálido aun y enflaquecido, se hallaba Fernando de Silva, contemplando em-

belesado á María, que se parecia á la *Virgen de la Silla*.

Malvina cosía en la cocina.

Al ver entrar á la condesa, levantóse Fernando y saludó á las jóvenes.

—¿Ya se va usted, señor Silva? preguntó cándidamente Ofelia.

—Sí, señorita, contestó Fernando; bien sabe usted que esta es la tercera vez que salgo de mi casa despues de mi enfermedad y me siento en estremo fatigado.

—Pèrmítame usted, pues, antes de retirarse, que le presente á la señora condesa D... nuestra bienhechora, añadió la jóven que se habia levantado para saludar á Clotilde, señalando á esta con encantadora dignidad.

—Conozco á la condesa, contestó Silva inclinándose con respeto; y luego añadió: señora, vea usted si puede lograr de su esposo que la acompañe aquí dentro de tres meses á contar desde hoy.

Silva, despues de pronunciar estas palabras, saludó á las jóvenes, abrazó á su hija, inclinóse delante de la condesa y desapareció.

—Este pobre padre, dijo Ofelia, ha venido, no bien le ha sido posible, en busca de su hija.

—Nada podia hacer mejor para manifestar á ustedes su gratitud por la generosidad que han usado con esta desgraciada criatura, contestó la condesa; cuando me la refirieron ustedes, quedé yo misma absorta de tanta nobleza y abnegacion.

—Ah señora! Tenemos una buena noticia que dar á

usted, dijo Ofelia, mostrando á Clotilde la carta que tenia en la mano: vea usted lo que me escriben.

Clotilde tomó la carta y leyó lo que sigue:

«El coronel Eduardo Velez saluda á la señorita Ofelia de Valdés, y tiene el honor de pedirle la mano de su hermana la señorita Blanca, y al mismo tiempo permiso para pasar á ofrecerles sus respetos.»

—Oh, Dios justo! exclamó la condesa alzando al cielo sus ojos en los que brillaba un júbilo sublime. Oh, Dios mio! tú eres siempre el protector de la inocencia!

En seguida se acercó á Blanca, que ocultaba su semblante en el hombro de María, tomó sus manos y murmuró en voz baja y tiernísima:

—Hija mia, no rehuse usted ser feliz!

—Señora, contestó Blanca alzando su encantadora cabeza y mostrando sus mejillas cubiertas de carmin; señora, ese hombre es el que me sacó de aquella casa infame... librándome...

Calló confusa y palideciendo ante aquel horrible recuerdo.

—Librando á usted de las persecuciones de mi marido; sí, sí; lo sé, pobre niña, y esto basta para que le ame usted. Conteste usted, Ofelia, prosiguió volviéndose á la joven.

Esta se acercó á la mesita y se puso á escribir en tanto que María abrazaba á Blanca que habia vuelto á su bordado.

Encantador era el aspecto que presentaba aquella ha-

bitacion tan pobre: las cuatro mujeres reunidas en ella se asemejaban á cuatro ángeles por su juventud y su hermosura y la belleza de sus almas.

Los últimos rayos del sol de aquella hermosa tarde de marzo acariciaban el jardinillo plantado en el tejado por el señor Martin y cuidado con tanto esmero por la señora Antonia

Las yerbas de olor se habían vestido de copudas hojas y en algunas de sus apiñadas ramas brillaba como un diamante una gota de agua, caída del pico de un pajarillo, encerrado en una jaula de cañas que habia en la ventana.

Todo parecía allí risueño, alegre, vivificante; todo tenia un perfume de poesía y de dulzura imposible de describir.

El gran lecho con el cobertor de indiana, las blancas sábanas, y las nevadas almohadas; la mesita con su tapete de tela de flores con franja blanca; el magnífico crucifijo de yeso; las limpias sillas de pino; todo en fin, tenia una belleza particular y santa.

Ofelia terminó su carta y dijo levantándose:

—Mira, Blanca, lo que he contestado al coronel y dime si estás conforme; véalo usted tambien, señora, y dígame si lo aprueba.

Blanca tomó la carta y la dió á la condesa antes de verla; esta leyó en alta voz:

«Señor coronel: ante todo déjeme usted que le dé gracias con la efusion de mi alma por el honor que dispensa

usted á mi hermana y que, á pesar de las calumnias con que se ha querido empañar nuestra reputacion, juro que lo merece.

»Ahora debo decir á usted que Blanca guarda de usted un tierno y agradecido recuerdo; mas no debe bastar á usted esto como garantía de su felicidad futura, pues que mi hermana no ha conocido ningun hombre con quien pueda comparar á usted.

»Venga usted, pues, á que le ame: venga usted, si no le espanta una pobre bohardilla, á ver como trabaja mi hermana para ganar honradamente su sustento; y cuando esté usted convencido de su amor y la inspire usted un sentimiento profundo y durable, será de usted su mano.

»Hoy puede usted disponer de toda su consideracion y gratitud, así como la de su hermana.

»OFELIA.»

—Solo usted podia escribir esta carta tan noble, amiga mia; dijo la condesa abrazando á la jóven; démela usted que yo la haré llegar á su destino; y ahora deje usted que le explique el objeto de mi venida.

Ofelia, el príncipe de Cellemare me ha encargado que pida á usted en su nombre su mano.

Palideció Ofelia; mas de una vez habia visto entre sueños la noble, fgrave y dulce figura del príncipe.

—¿No me responde usted? dijo sorprendida la condesa.

—Señora, repuso la jóven dominando su sorpresa y sin manifestar alegría ó admiracion; señora, repítale us-

ted lo que acabo de escribir al coronel; que necesito tiempo para amarle; pero, como el príncipe entró en nuestra casa haciéndonos una ofensa, ruego á usted que le diga algo mas; dígale usted que nos hemos puesto voluntariamente bajo la tutela del anciano zapatero del portal y que solo en su presencia ó en la de su honrada esposa podrá verme.

—Ofelia, eso ya es demasiado orgullo, dijo tristemente la condesa; no sabe usted lo que vale el príncipe.

—Por lo mismo que vale mucho debo yo elevarme hasta su altura; señora, mi resolución es irrevocable.

La condesa salió sin esperar mas; cuando llegó á su casa, y despues de dar al príncipe las primeras seguridades de su dicha, añadió:

—Esta tarde escribiré á usted detalladamente cuanto ha ocurrido y desde esta noche puede usted verla.

Trastornáronse las facciones del conde; su esposa tenia secretos para él! Esta penosa idea iba unida al temor de perder su cariño y le destrozaba el corazon. . . .

. . . . .

Los periódicos del dia siguiente dieron á luz estas líneas:

«Anoche uno de los guardas del canal se encontró el cadáver de una mujer jóven y bien parecida.

»La infeliz quiso suicidarse y quedó asida á unos arbustos de la orilla por el traje; pero la sacaron privada de la existencia.



»Estaba pobremente vestida de negro, y en su ropa blanca interior se ha encontrado marcado con todas sus letras el nombre de PAULINA.»

### XXXII.

#### FELICIDAD.

Tres meses pasan muy pronto para el que vé la esperanza de un porvenir risueño, ó para los que viven en el seno de la dicha.

Corrieron, pues, velozmente para el príncipe de Cellenmare y para el coronel; mucho mas lentos para Clotilde, su esposo y Silva, y eternos para el marqués de la Oliva que, encerrado en su casa, solo salia de sus furiosos accesos de locura para caer en una sombría y amarga desesperacion.

—¡Y qué! se decia: ¿soy yo aquel hombre lleno de fuerza, de vida y de talento? ¿aquel hombre á quien brindaba, tan poco hace, la fortuna con todos sus dones y el mundo con todos sus homenajes? ¡Este pobre ser mutilado ha perdido su fuerza moral y física, apaleado por la mano de un rudo zapatero!... ¿Soy yo aquel que se burlaba del género humano y para el cual no habia mujer que se resistiese ni empresa que no lograrse? ¿Qué demonio vengativo ha desencadenado el infierno contra mí? ¡Ah! ¡Ya lo veo!... ¡Es una mujer rubia y hermosa como una vírgen de Murillo!... ¡Es quizá la única mujer, hácia la cual he

sentido un verdadero amor, muy distinto de esos caprichos que las demás mujeres, inclusa Clotilde, me han inspirado!... ¡Ah! ¡Pero tiene cara de ángel y es un demonio que ha tomado forma para seducirme mejor!... ¡Quiero huir léjos... léjos... muy léjos de ella!...

Retorcíase el desgraciado jóven entre convulsiones horribles y caía en espantosos accesos de demencia.

En vano se consultaron los médicos mas famosos; todos declararon que aquel cerebro estaba corroído, abrasado por una desesperacion sin cura.

El desgraciado huía con espanto de todo cuanto le recordaba su pasion por María Valdés; la primera vez que Antonio el Curro, á quien, como saben mis lectores, habia colmado de pruebas de generosidad cuando le informaba de todo lo que concernía á las huérfanas, la primera vez que le vió, digo, empezó á lanzar tan terribles gritos, que Antonio huyó horrorizado de su casa y no volvió á parecer por ella.

Ofelia y sus hermanas fueron enteradas de lo ocurrido por el señor Martín, y luego supieron el deplorable estado en que se hallaba el marqués por la condesa.

Un día que esta habia ido, segun su costumbre, á ver á las señoritas Valdés durante las primeras horas de la mañana, vió á Rosa que habia ido á llevarles flores frescas y á ver como lo pasaba *su niña*, pues así llamaba á la hija de Silva.

—Rosa, ¿cuándo te casas? le preguntó la condesa.

—Ah, señora! contestó la jóven; necesitamos Curro y

yo reunir cien duros para arreglar nuestra casita y poner yo un buen puesto de flores.

—¿Cuántos tienes ya reunidos?

—Muy pocos, señora; no llegan á veinte.

—Rosa podía tener mucho dinero, repuso Blanca, á cuyos ojos asomó una lágrima, sin su generosidad para con nosotras.

—Rosa, dijo la condesa mientras la vendedora de flores se apresuraba á cambiar de conversacion; ven mañana temprano á verme y te daré lo que te falta para que te cases en seguida.

La jóven no pareció comprender al pronto las palabras de Clotilde; pero cuando esta las repitió dió un grito de alegría y se arrojó á sus piés besándole las manos con transporte.

Al día siguiente fué Rosa á casa de Clotilde y recibió de su mano ochenta y cuatro hermosas piezas de plata de valor de veinte reales cada una, en un lindo bolsillo de seda carmesí.

Rosa corrió á buscar á Curro y ambos volvieron á ver á la condesa á casa de las huérfanas, donde repitieron los estremos de su gratitud.

¿Qué hacian entretanto el príncipe de Cellemare y el coronel? Ah! Ellos solos pudieran decir la dicha que puede contener una mísera bohardilla. Allí, en aquel pobre cuartito, cuyo único lujo eran los frescos ramos que cada día llevaba Rosa y cuyas solas galas eran la belleza y la inocencia de sus preciosas habitadoras, conocieron ambos

la verdadera, la única felicidad.

Ofelia había rogado al príncipe y al coronel que solo fuesen á verlas durante las horas de la velada, por ser estas las únicas en que sus ancianos huéspedes podían acompañarlas.

Espiraba junio; la señora Antonia abría la ventana del jardinillo por las noches, y el fresco aroma de las plantas embalsamaba la pobre habitacion.

Ofelia, María y Blanca, vestidas con batas blancas de muselina, sujetas con cinturones azules, trabajaban á la luz de un quinqué, regalo de Clotilde, colocadas en torno de su velador, que habia subido de su habitacion el señor Martin para que trabajasen con mas comodidad.

Inmediata á María, y en una linda cunita de mimbres blancos, dormía Septimia; si por acaso se movía, la jóven empujaba la cuna con su piececillo, y sin soltar la labor la mecia con suavidad.

Enfrente de este grupo encantador, y contemplándole absortos, se sentaban Honorio y el coronel; la hermandad de su amor les habia hecho hermanos del corazon.

Ambos leían en voz alta, alternando entre sí, para hacer mas llevaderas á las jóvenes las horas de su trabajo.

De vez en cuando una observacion de las oyentes interrumpía al lector; las pobres niñas nada sabian; nada mas que ser buenas, y no se avergonzaban de pedir al amor que ilustrase su entendimiento.

Junto á la mesilla que sostenía la celda en miniatura de Santa Teresa, se sentaban la señora Antonia, el señor

Martin y Malvina; el anciano leía la vida del santo del día en el *Año cristiano* que le prestaban las religiosas de cuyo convento era mandadera su esposa; hasta entonces habia trabajado por la noche en sus zapatos; pero ahora decia que trabajar en labor tan ruidosa delante de las señoritas y de los señores era faltarles al respeto é incomodarles no dejándoles leer.

La señora Antonia hacia calceta y Malvina cosía.

Fernando de Silva pasaba tambien las primeras horas de la velada con las jóvenes, y muchas veces Clotilde venia ya muy tarde; no queria encontrarse con Fernando, aunque sobrado conocia el actual estado de su corazon.

¿Para qué he de repetir yo lo que pasó durante tres meses en *El nido de Palomas*? Aquellos de mis lectores que hayan amado adivinarán fácilmente las sensaciones de mis héroes y la ventura que disfrutaron.

El conde D... no era tan feliz; en vano procuraba por todos los medios posibles hacer comprender á Clotilde que la amaba como antes; la joven tan perspicaz siempre en materias del corazon, parecia no conocer el del conde.

Siempre suave é igual, habia dejado de ser apasionada; si le hablaba su esposo respondia con dulzura, pero con laconismo, y el conde no podia equivocarse lo que no era mas que cortesía con la pasion de que antes habia sido objeto.

Un dia, en la mesa, le dirigió Clotilde algunas palabras que hicieron saltar su corazon de gozo.

—¿Quiere usted acompañarme esta noche? le preguntó.

—¿Puede usted dudarle? se apresuró á contestar el conde sin preguntarle á donde iba.

—Esté usted, pues, dispuesto para las nueve, dijo Clotilde levantándose de la mesa y pasando á su cuarto donde tomaba el café sola, sin que el conde hubiera logrado penetrar en él ni una vez desde hacia cuatro meses.

A las nueve subieron á un carruaje muy sencillo, sin que la condesa diese las señas del sitio á donde debía conducirles.

Durante el camino la jóven guardó silencio; mas su esposo, cuyo corazon palpitaba, le tomó una vez la mano, murmurando con indecible y suplicante ternura:

—Clotilde...

—¿Qué quiere usted, *amigo mio*? contestó la jóven con dulce pero glacial sonrisa.

La palabra espiró en los labios de Augusto, que soltó la mano de su esposa y bajó la cabeza tristemente.

Llegaron, por fin, á la calle de San Bernardino, y el cochero detuvo el carruaje enfrente de la casa señalada con el número tres.

Palideció el conde ante la idea de que iba á ver á Blanca, avergonzado con el recuerdo de su criminal tentativa; mas una mirada de su mujer, á la cual creía ignorante de cuanto habia ocurrido, le decidió á seguirla, temiendo ante todo infundirla sospechas.

Cuando entraron en la bohardilla, hallábanse en ella todas las personas que componían la reunion que ya conocemos.

Fernando de Silva, sentado junto á María, la miraba con una expresion inequívoca de ternura entusiasta y reconocida.

Su salud, tan decaída antes, parecia haberse recobrado por completo; vestia aun de riguroso luto, y sus graciosas y delicadas facciones habian adquirido un tinte de tranquilidad que jamás habian ostentado.

El conde se apresuró á alargarle la mano, despues que el príncipe y el coronel estrecharon las suyas.

—Condesa, dijo Silva levantándose con cierta expresion solemne; rogué á usted que viniese hoy acompañada de su esposo á fin de que ambos pidan para mí la mano de la señorita María.

Palideció densamente esta al escuchar estas palabras, y en seguida se cubrió su rostro de un rosado rubor.

El conde estrechó de nuevo la mano de Silva.

—Gracias, le dijo; tiene usted un noble corazon.

—Si es así, mi nobleza es obra de María, repuso Fernando; el influjo de su virtud ha estinguido las bramadoras pasiones que se agitaban en mi pecho; su suavidad ha refrescado mi corazon; su pureza ha refrigerado mi alma. Ruéguele usted, pues, conde, que no abandone su obra, si no quiere que la destruya la desesperacion.

—Señorita, dijo el conde: ¿quiere usted dar su mano á mi amigo?

María clavó en su hermana una tímida mirada.

—Yo confiaré de buena gana la felicidad de toda tu vida al señor Silva, hermana mía, dijo Ofelia.

—No desampare usted á mi hija, María! añadió Fernando juntando las manos con un suplicante ademán; es de usted también, puesto que la ha salvado la vida, sacándola del abandono en que yacía; su salvación y la mía son obra de usted, y no es posible ya que quiera usted separarse de nosotros!

Una lágrima de enternecimiento rodó por las mejillas de la jóven, que alargó su diestra á Fernando con un movimiento encantador de rubor y dignidad.

—Gracias, María! exclamó Silva besando apasionadamente aquella mano; ahora, añadió, escuche usted una confesión que debo hacer para su felicidad, y que no importa que escuchen todas las personas aquí presentes, porque las almas nobles se comprenden.

Yo, continuó Fernando, no he amado verdaderamente en el mundo más que á usted; uníme á otra mujer con eternos lazos porque así lo exigieron las conveniencias sociales y mi familia; la madre de mi hija era buena; pero no era la mujer capaz de llenar mi corazón y mis aspiraciones; en tanto que estuve unido á ella, creí amar á otras mujeres; así, pues, que no le sea á usted dolorosa ó importuna su memoria; jamás volverá á nombrarse entre nosotros; las cenizas de los muertos son sagradas y no seré yo quien las revuelva!

María, que no traiga á usted mi hija ningún recuerdo doloroso, al menos por la vírgen que ha hallado usted el corazón de su padre; por mi parte, si su vista hace á usted daño, yo la separaré para siempre de usted; mas para eso



es preciso que la separe tambien de mí, porque yo no puedo vivir mas que al lado de usted!

Inclinóse María hácia la cuna y tomó á Septimia entre sus brazos.

—Yo seré para ella la madre que ha perdido, dijo con dulce voz.

Promesa heróica! Su cumplimiento es el sacrificio mas inmenso que puede hacer la mujer!

—Ofelia, dijo la condesa, Blanca, ya es tiempo de que hagan ustedes dichosos á nuestros amigos y de que lo sean ustedes tambien. Silva necesita casarse en seguida, ¿quieren ustedes, ya que tanto se aman, casarse las tres en un mismo dia?

—Como usted lo disponga, señora, dijo Ofelia con su tierna sonrisa.

—¿Me perdona usted, Blanca? preguntó el conde en voz baja á la jóven.

—La condesa, nuestra bienhechora, ha rescatado la culpa de usted, contestó risueña la niña.

### XXXIII.

#### LAS BODAS.

Quince dias despues de estos acontecimientos, un inmenso gentío se apiñaba en la solitaria calle de San Bernardino, presentando un espectáculo muy estraño.

Delante de la casa número tres se estendia una triple

hilera de carruajes, ocupados por la mas alta nobleza; cuatro carretelas descubiertas, tiradas por soberbios caballos, se destacaban de los demás carruajes por su riqueza y suntuosidad; dos de ellas estaban forradas de raso blanco y los tiros eran de caballos blancos tambien; los lacayos lucian la librea color de perla galoneada de oro, del príncipe de Cellemare.

Las otras dos carretelas estaban forradas de raso azul, y los caballos eran bayos; la servidumbre vestia la librea azul galoneada de plata de la opulenta casa de Silva, una de las mas nobles y ricas del hermoso reino de Valencia.

Aun se veian otras dos carretelas llenas de jefes militares, forradas de brocatel verde y tiradas por hermosos caballos negros; los criados ostentaban la librea verde con galones oro y carmesí del marqués Eduardo Velez y sus hermosos y antiguos escudos de armas.

Los demás coches, todos de la alta nobleza, lucian los trenes y servidumbre de las respectivas casas á que pertenecian.

Acababan de dar las siete de la tarde cuando aparecieron en el umbral de la pobre casita los condes D... seguidos de las señoritas Valdés, del príncipe de Cellemare, de Fernando de Silva y del coronel.

Las tres hermanas llevaban vestidos de gasa blanca recogidos con ramos de jazmines y velos blancos con grupos de azahar entre sus hermosos cabellos.

La condesa habia querido que el triunfo de aquellas pobres criaturas, tan perseguidas, tan abatidas, tan ca-

lumniadas, tuviese lugar en su mismo casto *nido*, tan pérfidamente infamado por el marqués de la Oliva.

La estremada sencillez de sus trajes realzaba admirablemente su peregrina belleza, y cuando las divisaron los circunstantes se oyó un prolongado murmullo de admiración y de entusiasmo.

La condesa subió á una de las carretelas blancas con María, y el conde y Silva se colocaron enfrente de ellas.

Una de las azules fué ocupada por Ofelia, Blanca, el príncipe y el coronel.

En las demás se acomodaron los testigos y convidados.

En seguida se puso en marcha la comitiva.

Los novios, por una concesion especial, debian ser desposados en la Colegiata de San Isidro por el venerable Patriarca de las Indias.

Al pasar por la calle de la Montera se oyó una carcajada seca y estridente, que no pudo ahogar del todo el ruido de los carruajes, en un balcon del piso principal de una suntuosa casa.

María y Clotilde, cuyo coche pasaba á la sazón por debajo, levantaron la cabeza y vieron con profundo horror un espectro sin piernas, con los cabellos erizados y los ojos encendidos y delirantes, que luchaba á brazo partido con algunos hombres que trataban de separarle del balcon.

—No, no!... gritaba con ronca voz; déjenme ustedes... quiero verla!... ahí va!... va á casarse!... lleva la diadema de novial...

Al decir estas palabras, el desgraciado no separaba la

vista de María, que, casi desmayada, ocultó su rostro en el seno de la condesa.

Cuando volvieron á pasar de vuelta de la iglesia, el desgraciado loco estaba ya maniatado y metido en un coche de camino que debía conducirle á Leganés. . . .

Algunos dias despues los príncipes de Cellemare, los señores de Silva, los marqueses de Velez, la niña Septimia con su aya y los condes D... con sus hijos, salieron de Madrid con un hermoso tren de viaje para el palacio de verano que los príncipes poseian en Verona.

Durante el camino venció el conde su orgullo hasta pedir perdon á Clotilde, cuya indiferencia le era imposible soportar por mas tiempo.

—Te perdono, respondió la generosa jóven, porque tu injusticia te ha hecho sufrir tanto como á mí . . .

¿Se estinguió de golpe la afeccion que Clotilde profesaba á Silva? No me atreveré yo á asegurarlo: lo que sí puedo afirmar es que la de este murió para siempre.

Es indudable tambien que Clotilde batallaria consigo misma; no vence fácilmente una alma como la suya los recuerdos de un primer amor; pero no hay pasion que se resista en el corazon de la mujer, cuando se le oponen las leyes de la honra, del deber y de la propia dignidad, ni

hay mujer que merezca el glorioso renombre de buena, si antes no ha luchado y vencido. . . . .

Malvina quedó durante el viaje de las cuatro familias, en compañía de Curro y de Rosa, quienes llegaron á ser absolutos propietarios de la habitacion ocupada antes por las huérfanas.

Cellemare había comprado la casa donde había estado *El nido de palomas* deseoso de que ninguna persona extraña le profanase con su presencia, y había encomendado su cuidado á la buena Rosa y á su esposo.

Silva y el príncipe señalaron al señor Martín y á la señora Antonia una renta vitalicia de diez mil reales anuales, y el marqués de Velez que, al casarse con Blanca, había renunciado á su carrera militar, dotó á la angelical Malvina en dos mil duros que se entregaron á Antonio el Curro para que los hiciese producir con su inteligencia, honradez y laboriosidad.

Los ancianos esposos y el jóven matrimonio no formaban mas que una sola familia: la señora Antonia y el señor Martín amaban á Antonio y á Rosa como á sus hijos y á Malvina como á su nieta; esta, sobre todo, era objeto de su cariño y á duras penas conseguia Rosa que se la dejasen algun rato.

Rosa fué madre de dos niños que se criaron entre flores, pues su madre tenia un hermoso puesto en el Prado.

Malvina, á pesar de su figura, se casó con un hermano

de Curro, ebanista de mucho mérito, que supo apreciar, como debía, las angelicales dotes de su compañera.

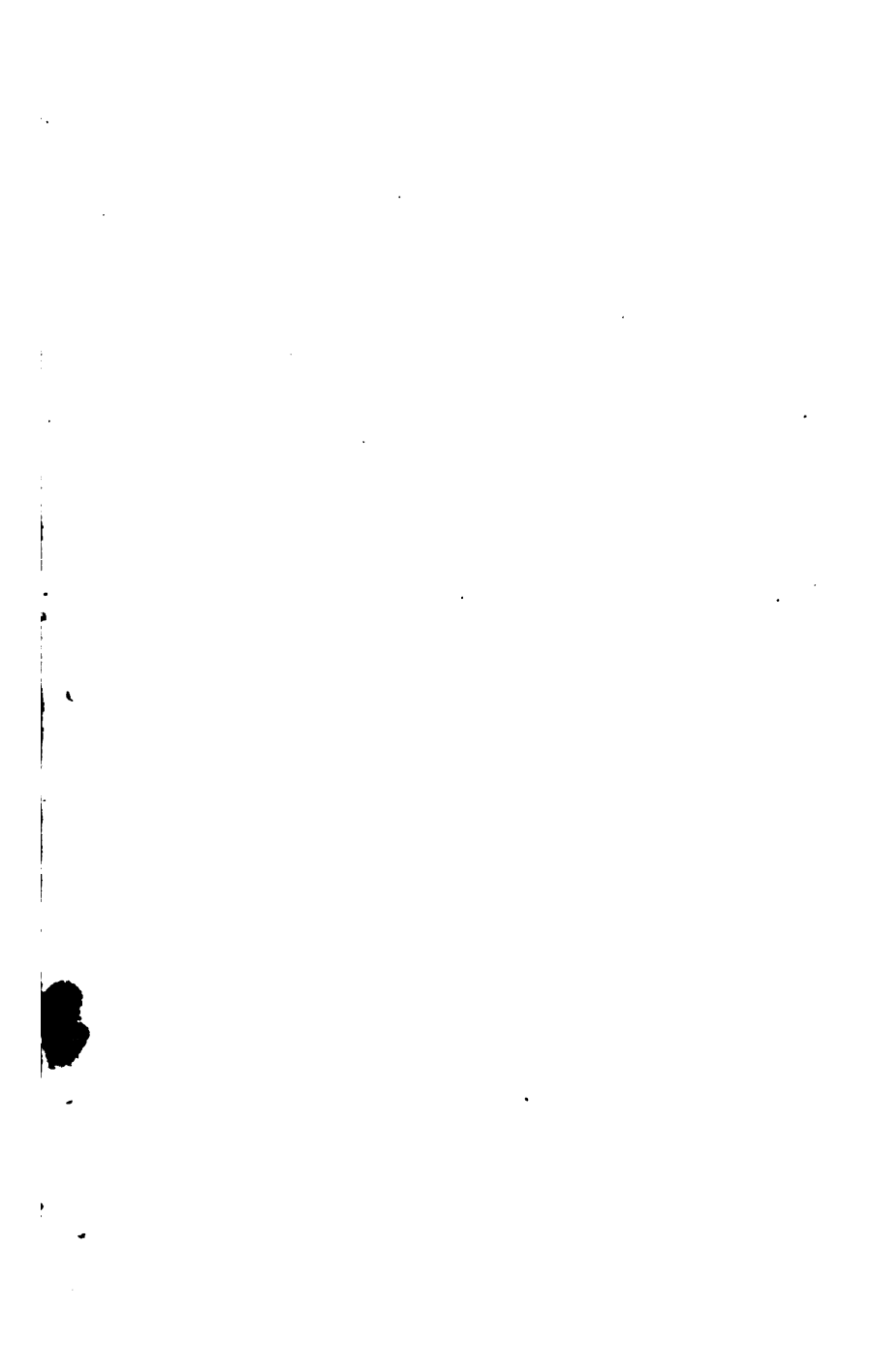
Rosa y Málvina cerraron los ojos del señor Martín y la señora Antonia, y fueron siempre modelos de fidelidad y adhesión para sus generosos bienhechores.

FIN.

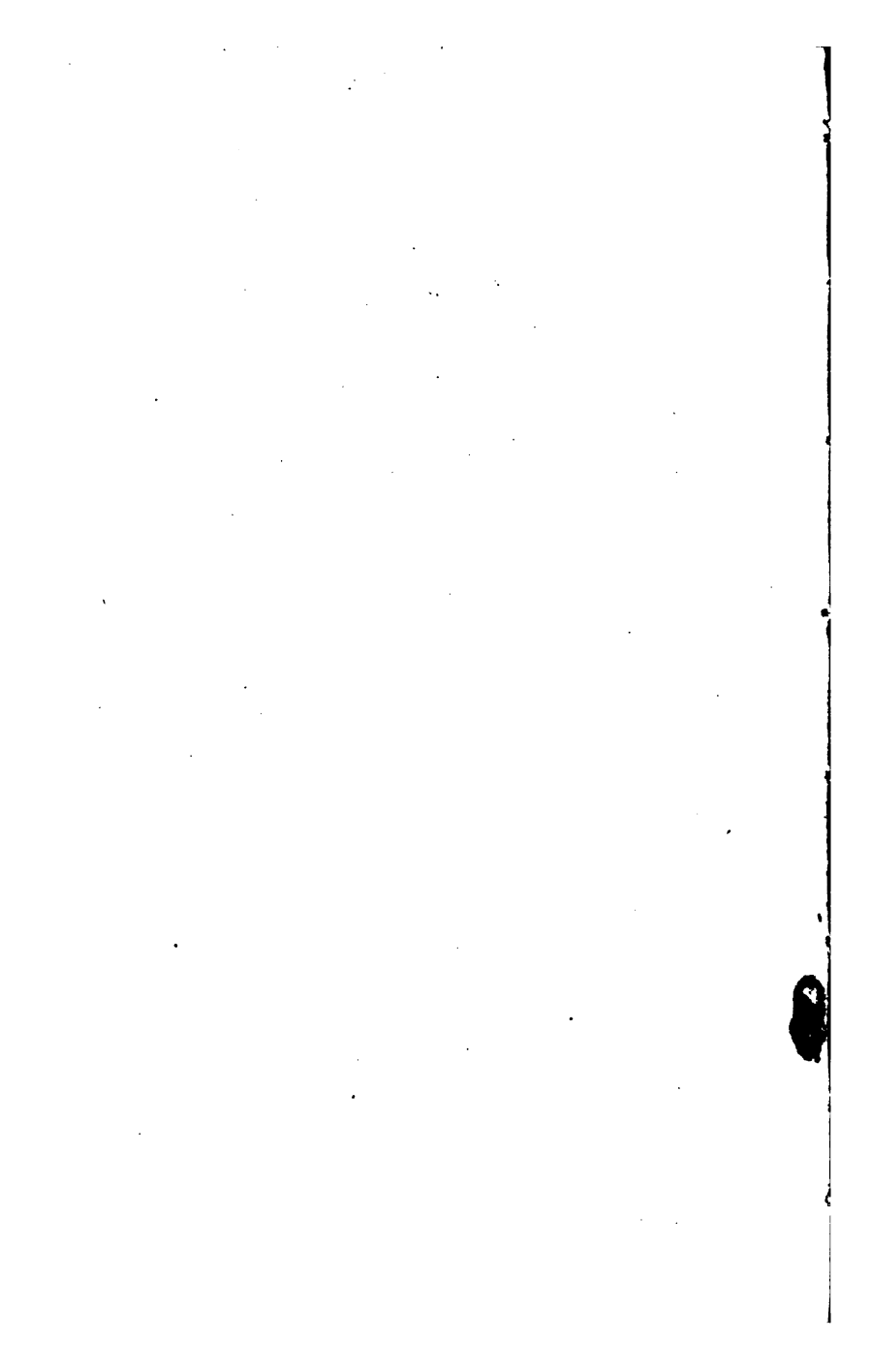
# ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
I.—Una comida de hombres solos. . . . .	5
II.—La Ramillettera. . . . .	12
III.—La sala de fumar. . . . .	24
IV.—Clotilde. . . . .	38
V.—La ópera. . . . .	49
VI.—Páginas del corazón. . . . .	65
VII.—Lazos rotos. . . . .	78
VIII.—El Duelo. . . . .	85
IX.—Malvina. . . . .	95
X.—Caridad. . . . .	101
XI.—Un nido de palomas. . . . .	108
XII.—Las tres Gracias. . . . .	114
XIII.—La velada. . . . .	119
XIV.—La sombra de la princesa. . . . .	127
XV.—El doctor. . . . .	132
XVI.—La autora á sus lectores. . . . .	147
XVII.—Mas esplicaciones de la autora. . . . .	154
XVIII.—Doña Sinforosa. . . . .	160
XIX.—Paulina. . . . .	168
XX.—Los dos amantes. . . . .	179
XXI.—El modelo. . . . .	185
XXII.—El padre. . . . .	195
XXIII.—Ofelia. . . . .	205
XXIV.—Una amiga. . . . .	215
XXV.—Orgullo que mata. . . . .	224
XXVI.—La niña sin padres. . . . .	229
XXVII.—Ir por lana. . . . .	238
XXVIII.—¡Pobre Paulina! . . . . .	241
XXIX.—La demanda. . . . .	249
XXX.—La dicha en la tierra. . . . .	254
XXXI.—Las peticiones. . . . .	260
XXXII.—Felicidad. . . . .	266
XXXIII.—Las bodas. . . . .	274

107









THE NEW YORK PUBLIC LIBRARY  
REFERENCE DEPARTMENT

This book is under no circumstances to be  
taken from the Building

JAN 2 1917		
JAN 2 2 1917		
JAN 25 1917		
JAN 28 1917		
MAR 23 1917		
MAR 29 1917		
MAR 29 1917		
MAR 30		

MAY 1951

